



Las Crónicas

Anna Sokalska

Las Crónicas

© 2023 Team17 Digital Limited.

Published by: Team17 Digital Limited

Production & Direction: Stan Just

Writing: Anna Sokalska

Proofreading & Editing: Ewa Popielarz

Illustrator: Dominika Bochenek

Localization: Roboto Global

eBook adaptation: Piotr Najar / UNO Kooperatywa

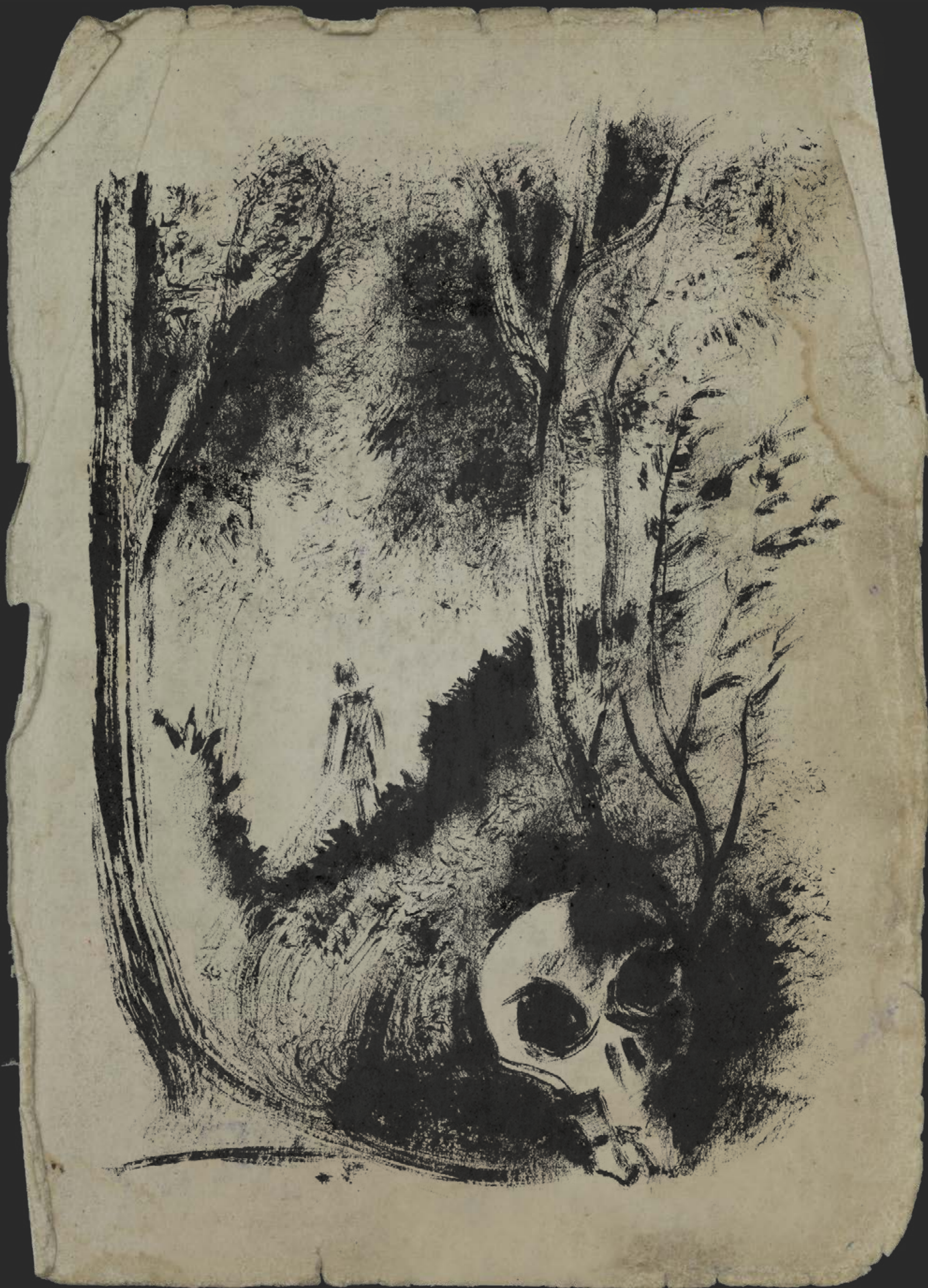
Contenido

1. *¡Alabados sean los Dioses Verdaderos!*
2. *El despertar del Primero*
3. *La fuente infinita*
4. *Soledad reconfortante*
5. *El agua de la vida*
6. *El nacimiento de los celos*
7. *La obra de Veles*
8. *La sombra de la imprudencia*
9. *El Inframundo*
10. *El regreso de la soledad*
11. *Los dueños del trueno*
12. *La creación de la mujer*
13. *La creación del hombre*
14. *El surgimiento de Dazbog*
15. *La Era de la Felicidad*
16. *El reino dorado*
17. *El regalo de Rod*
18. *El comienzo del tiempo*
19. *La redención de las almas*

20. *Mensajeros de Veles*
21. *La dualidad de las almas*
22. *La Era de la Miseria*
23. *La aflicción de Mokosh*
24. *La falsa promesa*
25. *Temor e impotencia*
26. *El descenso del Sol*
27. *El corazón divino*
28. *Los huesos de la Tierra*
29. *Hojas divinas*
30. *La llegada de la oscuridad*
31. *El capricho del fuego*
32. *Conflagración*
33. *Conspiración*
34. *El Príncipe del Inframundo*
35. *La tentación del fuego*
36. *Marcado por el fuego*
37. *La procesión ardiente*
38. *Las blasfemias de Svarog*
39. *El alimento del fuego*
40. *El engendro horrible*
41. *El Señor de la noche*
42. *El Susurrador de los Horrores*

43. *La rebelión de los Horrores*
44. *El sacrificio de Mokosh*
45. *El nacimiento de una diosa*
46. *La guardiana de la armonía*
47. *La llamada de la Superficie*
48. *Progreso divino*
49. *Putrefacción*
50. *El conflicto de Dola*
51. *El concilio de los Susurradores*
52. *Estigma divino*
53. *El relato de Libushka*
54. *El relato de los susurros*
55. *Encantamientos*
56. *Confrontación*
57. *Desconfianza*
58. *Los regalos de Dazbog*
59. *Los regalos de Perún*
60. *Acerca de los artefactos*
61. *Acerca de Dola*
62. *La Gran Maldición*
63. *Sobre la fama de los Susurradores*
64. *Pruebas de poder divino*
65. *La caída de Veles*

66. *El día del juicio final*
67. *Inquietud*
68. *La caída del primer Susurrador*
69. *Traición*
70. *Miseria*
71. *Los brazos de la muerte*
72. *Reflexiones*
73. *Exilio*
74. *Errantes*
75. *Bohan*
76. *El renacimiento de la unidad*
77. *Héroes divinos*
78. *El Aquelarre*
79. *La caída del mundo*
80. *Impíos*
81. *El crepúsculo de los Susurradores*
82. *La caída de Rod*



I. *Loués soient les dieux véritables!*

Alabados sean quienes no olvidan, pues solo el recuerdo y la fe en los Dioses Verdaderos nos salvarán de los atroces usurpadores.

¡Rechazad las tentaciones y evitad las maldiciones! ¡Mientras la Tierra se pudre azotada por plagas, los Cielos se mantienen sin mácula! ¡Puro es el aire que llena de brío los pulmones del hombre, mas traicionera es la tierra que devorará su cuerpo! No codiciéis el oro que se oculta en las entrañas de la tierra, pues conduce a la locura a las mentes más débiles.

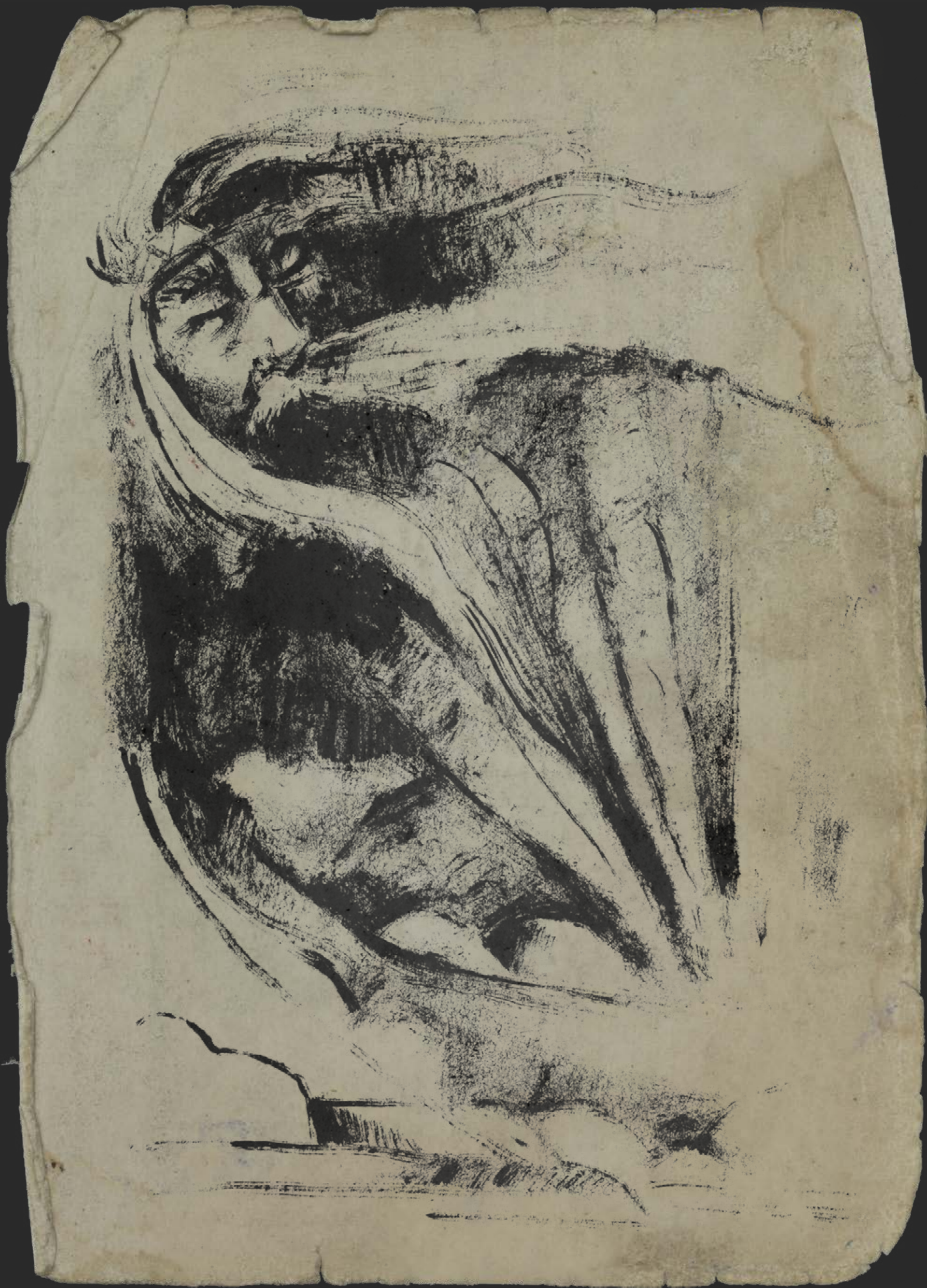
¡Recordad esto y hallaréis la salvación!

Soy Ga'al, fiel Susurrador de Dola, la Hija Divina. Hijo del hombre engendrado por la mujer, como ha sido por generaciones, y así creado con su cuerpo y alma, con la bendición de la compasiva Mokosh.

¡Así es el testimonio de la edad antigua y la única verdad!
El tiempo ha seguido su curso, pero los recuerdos perduran.

Las leyendas seguirán viviendo a través de nuestros descendientes en los tiempos venideros.

¡Alabados sean los Dioses Verdaderos!

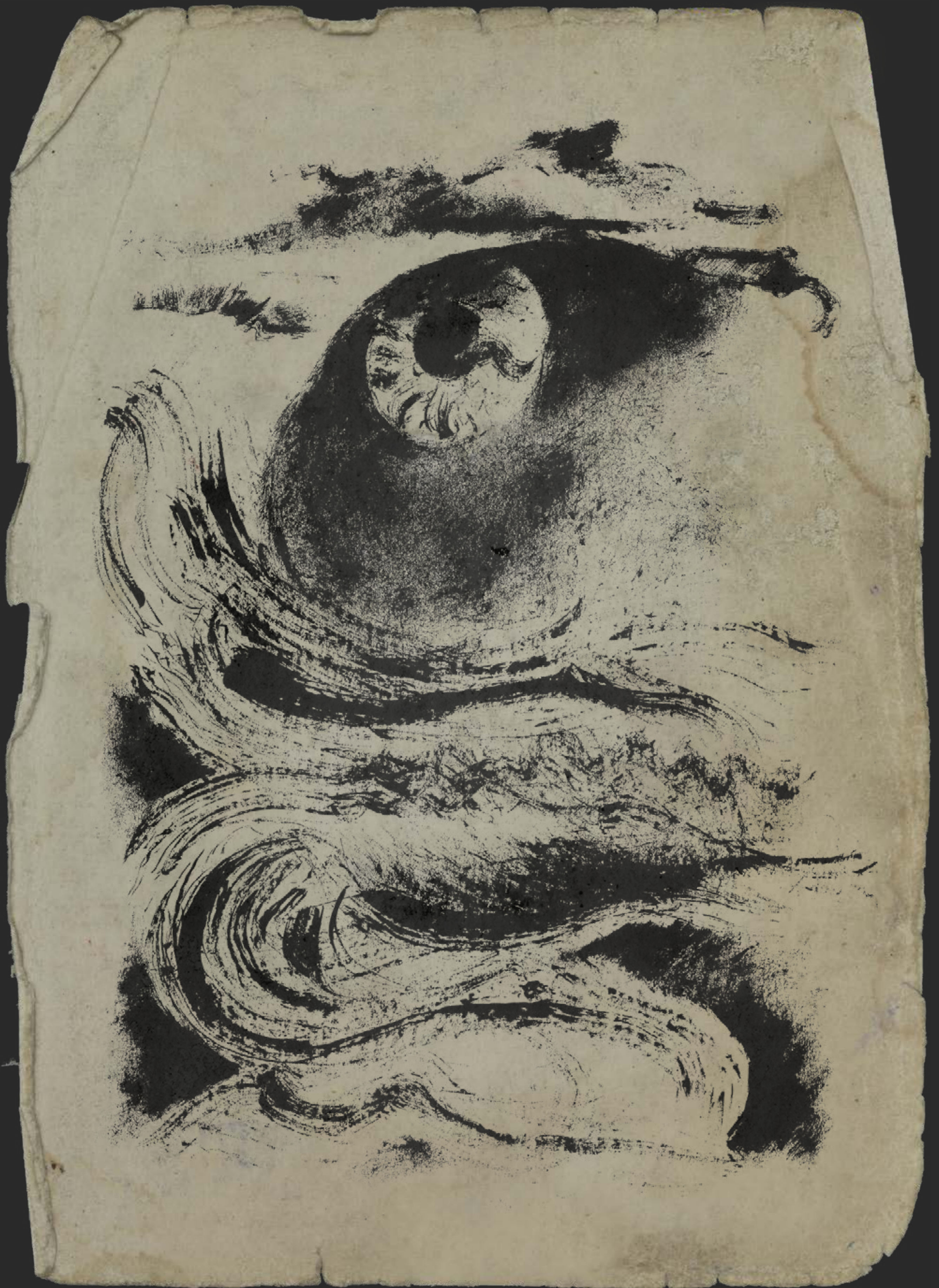


2. *El despertar del Primero*

Al principio de los tiempos los Cielos eran vastos, benevolentes y rebosaban poder. Jamás será una mente humana capaz de comprender la paz y la sabiduría que entonces envolvían a los Cielos. En el universo, todo estaba moldeado por el hábito más sagrado, la esencia inmaculada del alma, la divinidad de las divinidades, el comienzo de toda la vida.

Y entonces los Cielos, bondadosos por naturaleza, despertaron de su letargo. Se alzaron y se condensaron como el rocío de la mañana, y su conciencia resplandeció sobre el mundo como una fuente de eternidad. Así fue como nació Rod, conocido como el Padre de los pueblos, el Señor en los Cielos y el Dador del hábito, apacible como la brisa y fuerte como una tormenta.

Su tierra era una maravilla, por siempre resplandeciente, delicada en su infinitud y carente de preocupaciones.



3. *La fuente infinita*

Rod era benevolente y su tierra hermosa, como un lienzo vacío en el que se podía dar vida a cualquier cosa. Suyo era el poder de la creación, y todo aquello que albergase su hálito divino podía adornar los Cielos con su presencia. Sin embargo, ninguna de sus creaciones le proporcionaba felicidad, pues podía predecirlo todo. Era una creación vacua, tan ligera y resplandeciente como el mismo Rod.

Rod vagó por los Cielos, en busca de lo desconocido. Su deseo no era otro que contemplar los límites de su tierra, pero, por desgracia, su mente se extendía sin fin, abrumándole con el espacio infinito.

No fue capaz de encontrar a nadie en toda la infinidad, y asustado por su soledad, el silencio y los Cielos siempre tan predecibles, comenzó a llorar.

Lluvias de lágrimas torrenciales fluyeron de sus ojos divinos y cayeron como cascadas. Cuando miles de hálitos divinos surcaron la nada, el océano brilló ante los ojos de Rod.



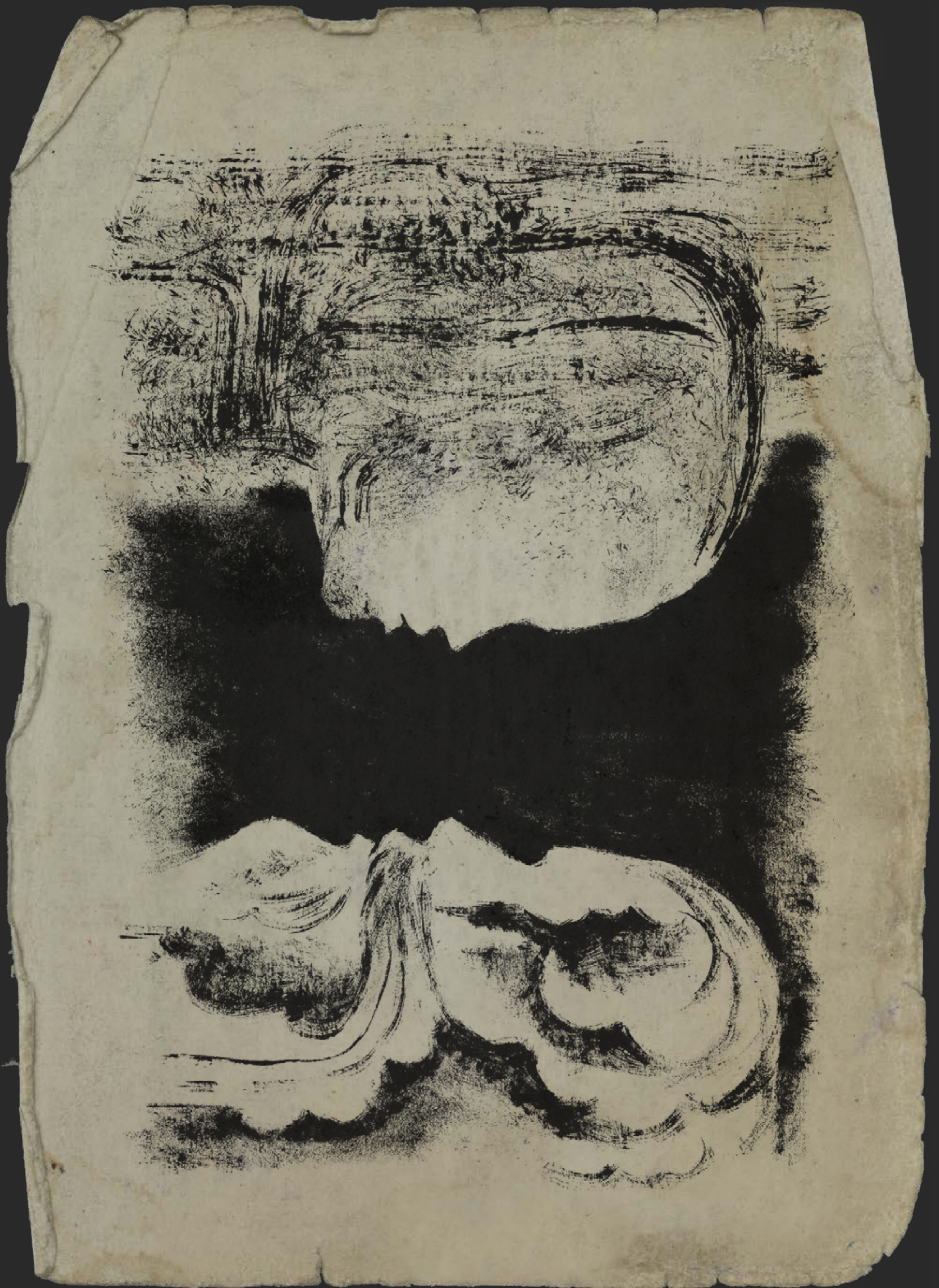
4. *Soledad reconfortante*

Cuando Rod vio su reflejo en la superficie del océano, una ola de desesperación le atravesó el corazón. Pues ahora su silencioso reflejo le seguía a todas partes, y su soledad parecía aún más insoportable.

Rod se lamentó ante su reflejo, meciendo la superficie del océano con su aliento, compañero eterno de sus palabras, al igual que una madre mecería a su hijo.

Afligido y habiendo confesado todas sus preocupaciones y esperanzas, Rod finalmente se durmió. Al despertarse, vio junto a su reflejo la silueta de otro ser. Lo intentó con todo su poder, pero fue incapaz de ver a través de la impenetrable superficie del agua que normalmente era tan clara como el cristal.

Al dividirse la materia de los Cielos, Rod dejó de ser único e integral. El nuevo elemento era su equivalente, pero nada que ver con él, y por tanto misterioso. Entonces Rod se acercó más a la superficie del agua.



5. *El agua de la vida*

Rod observó la superficie del océano, y no pudo ver a través de ella, pero tampoco pudo desviar la mirada.

Bajo su reflejo en el agua, de repente, vio un ser tan puro y lleno de bondad y compasión que le arrebató el hálito divino del pecho. Rod se quedó allí inmóvil, embelesado por esa visión.

Así, el agua cobró vida, y brotó Mokosh, la Arcana y Misericordiosa. Y dado que ambos venían de la misma nada, y no existía nadie más aparte de ellos, desearon acercarse, pero eran de naturaleza distinta y nunca podrían unirse, a pesar de estar tan cerca como las dos caras de una moneda. Separados por un horizonte sin fin, nunca podrían tocarse.



6. *El nacimiento de los celos*

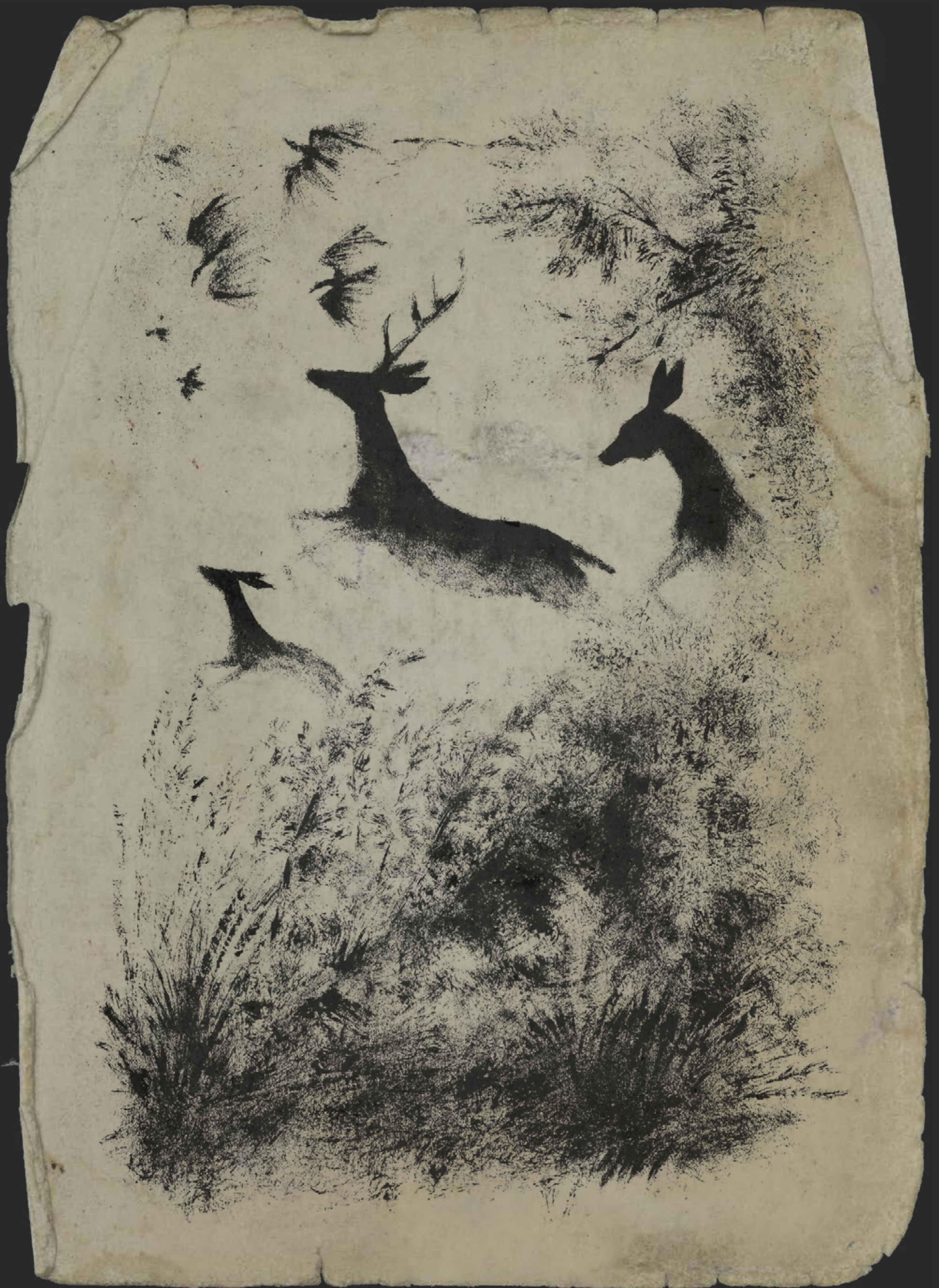
Fértil y generoso es el amor, con cimientos firmes como el suelo bajo una casa. Es como un puente que conecta, como un camino que lleva hacia delante. ¿Pero no es acaso propenso a la avaricia? ¿No arrastra al fondo como una ciénaga y devora sus propios frutos para que vuelvan a crecer una y otra vez?

Hermoso y genuino era el amor que se profesaban Rod y Mokosh. De una nube creada por sus hálitos y olas, emergió una playa de arenas doradas, suaves y cálidas.

Y así ellos, como dioses, descendieron a la dorada Tierra para unirse en un abrazo y cumplir sus anhelos, y sus cuerpos divinos estallaron en un éxtasis de miedo y alivio, felicidad y tristeza, curiosidad y alegría.

La Tierra tembló, cálida por sus jugos divinos, y despertó al posar los dioses sus pies en ella, ipero no era partícipe de este deseo y afecto! Al darse cuenta, la Tierra tembló en sus entrañas de envidia.

Así despertó Veles, ebrio de amor divino, aunque no estuviese dirigido a él. El deseo recorría sus labios, y sus dedos relucían con el poder de la creación. Rod vio esto, y Mokosh también.

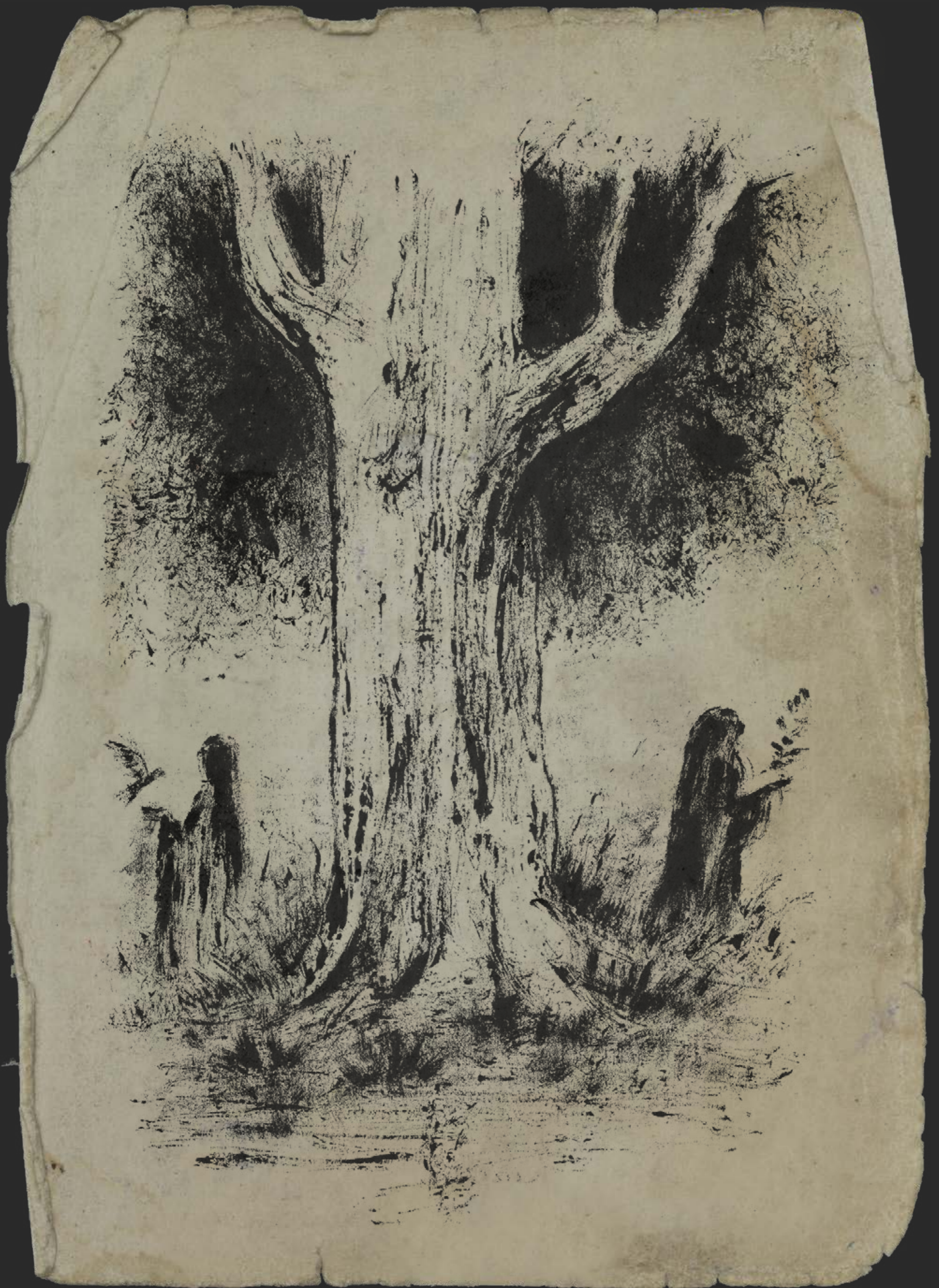


7. *La obra de Veles*

Aunque es el viento el que cincela las montañas, esparce las arenas y susurra en los valles, nada era máspreciado para la Tierra que el Agua, pues abrazaba sus costas y acariciaba sus hendiduras con un sinfín de dedos argénteos, para luego infiltrarse entre sus grietas hasta alcanzar las más profundas y oscuras cuevas.

Y así, Veles se enamoró de Mokosh, y la eligió únicamente a ella para ser la que saciase su sed. Y podía sentirla, y sentir su tacto y la fuerza de su energía divina, pues ella era la Vida, la Misericordia y la Paciencia.

Veles extrajo agua de un arroyo y humedeció las arenas, escarlatas y cálidas por su amor divino. Del barro que se formó empezó a moldear plantas y animales, y cuando le gustaban sus formas, les insuflaba vida usando el poder divino que había escuchado de hechizos transportados por el viento susurrante.



8. *La sombra de la imprudencia*

El mundo era hermoso y exuberante, lleno de criaturas omnipresentes. Tal era su fertilidad y su suavidad que Rod creyó que era una creación que su amada Mokosh le había dedicado con cariño y gratitud. Sin una sola preocupación observó a las plantas crecer y a los animales merodear, y sus ojos y su corazón se regocijaron. Así que esperó la dulce llamada de su amada, convencido de que pronto le otorgaría su regalo y le enseñaría el mundo.

Mientras tanto, Mokosh vio el hálito y el poder de Rod en aquella creación emergente, y creyó que se trataba de un regalo que su amado había creado para ella con lealtad y devoción. Así que decidió no molestarle y darle tiempo para que pudiera acabar su regalo con tranquilidad.

Aun así, su curiosidad era tal que no pudo contener su admiración por los gruesos troncos de los árboles, las flores de colores vivos, los ciervos de paso rápido y los osos incansables. Decidió seguirlos en secreto, lejos de la mirada de Rod, pues creyó que se sentiría apenado si sabía que había visto su creación incompleta.



9. *El Inframundo*

Mokosh vagó por el mundo hasta que llegó al pie de una gran montaña formada por tierra, moldeada por el viento y erigida por temblores. En la roca firme encontró una cueva fría y lúgubre, esculpida por el paso del agua cálida y delicada. Cansada de viajar, se dirigió a un arroyo de aguas cristalinas, esperando que le diese fuerzas. Grande fue su sorpresa cuando se dio cuenta de que el lecho del arroyo estaba cubierto de oro. Era hermoso y tentador, y brillaba más que cualquier cosa que hubiera visto en el mundo. Cuando alzó la vista, vio el mismo oro en una parte más oscura de la cueva, y centelleaba con promesas imposibles de describir con palabras.

Y así, Mokosh, confiada y curiosa, se adentró en el túnel oscuro que llevaba hasta las puertas del reino de Veles, y, en ese momento, la Tierra tembló. La entrada se derrumbó y atrapó a Mokosh en el Inframundo, pues aquella era la única salida.



10. *El regreso de la soledad*

Las aguas del mundo se volvieron cada vez más turbias y oscuras. Cuando las corrientes dejaron de fluir, el hedor a putrefacción invadió el aire.

Fue entonces que Rod descendió a la Tierra, albergando recelos, pues Mokosh aún no le había convocado para otorgarle su regalo. Recorrió cada palmo del mundo, pero fue incapaz de encontrar a su amada.

Rod llamó y aguardó una respuesta, pero fue en vano, pues lo único que llegó a discernir fueron los gritos de los animales, cuyos bramidos no ofrecían consejo alguno.

Cuando regresó a los Cielos, Rod intentó seguir el rastro de su amada desde las alturas, porque se dio cuenta de que, si no estaba en la Superficie, quizá estuviese en un lugar al que ninguna mirada podía llegar: bajo tierra.



II. *Los dueños del trueno*

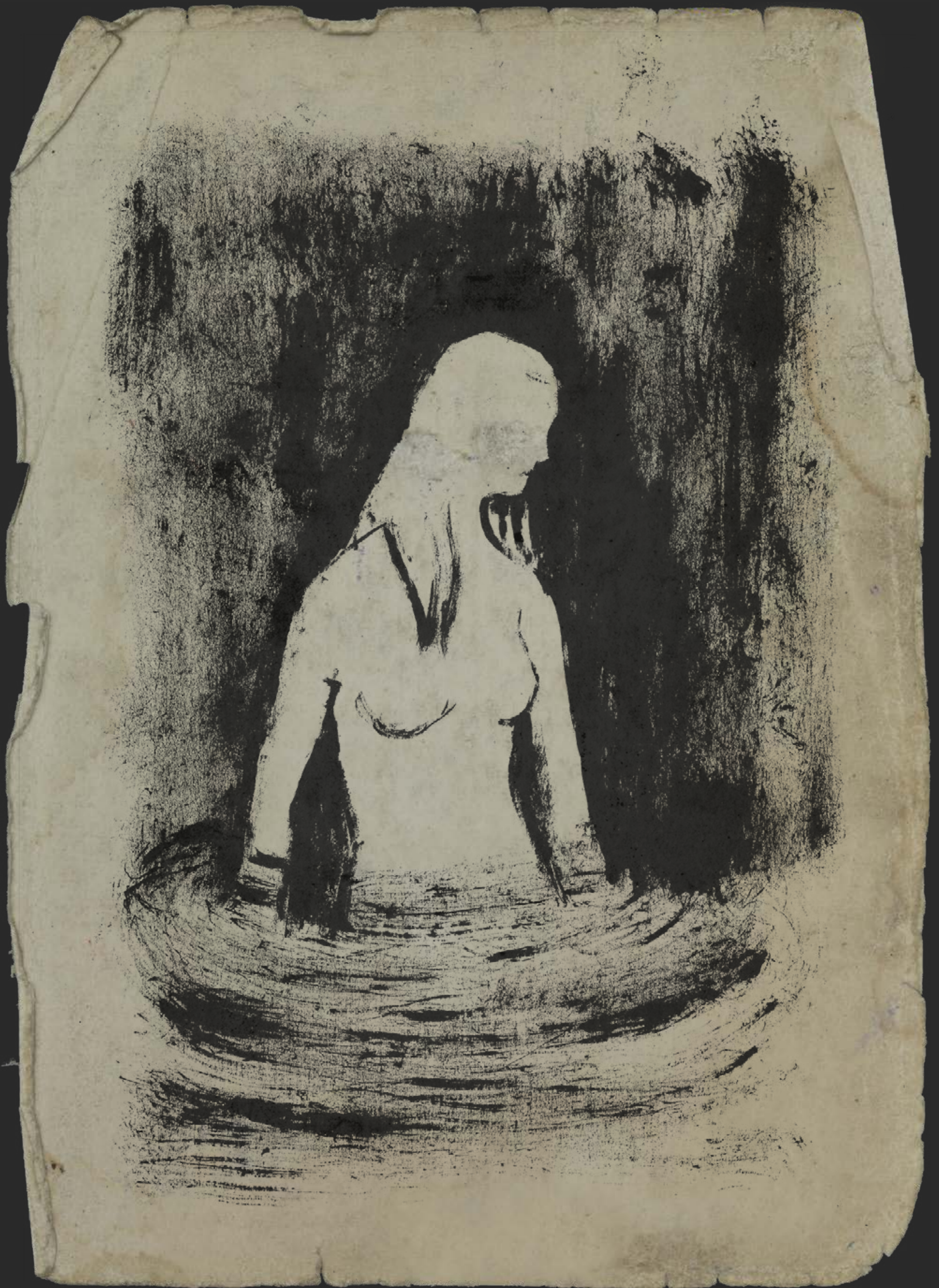
La pena, la furia y el miedo se apoderaron de Rod y, presa de la confusión y la desesperación, dejó que su poderío retumbara en el aire frío. En el firmamento se dibujaron nubes oscuras que cubrieron la Tierra y asustaron a todos los animales. Se desencadenó una gran tormenta con relámpagos cargados de poder divino y cayeron las lágrimas del dios. El viento azotó los bosques con su ira y agitó las aguas de los ríos y mares.

¡Los Cielos tronaron! Bramaron maldiciones, llamadas, desesperación y promesas. Y así, en medio de la tormenta, nació Perún, fruto de su ferocidad, bravura y sed de justicia, pues él era el Vengador Divino, el enemigo de todo aquel que se opusiera a Rod.

Los pilares que sostenían los Cielos y la Tierra se estremecieron con el poder de Perún, que se extendía desde la tierra hasta las nubes más altas. Los animales huían con solo verle y hasta los árboles más robustos se inclinaban ante su presencia.

Colérico era el Señor del Trueno, tanto como su seguridad. Solo había otros tres dioses en el mundo: Rod, el de los

Cielos; Mokosh, la de las Aguas, y Veles, el de la Tierra.
Perún concentró su ira en Veles, el Señor del Inframundo,
y lo acusó con la virulencia de las tormentas.



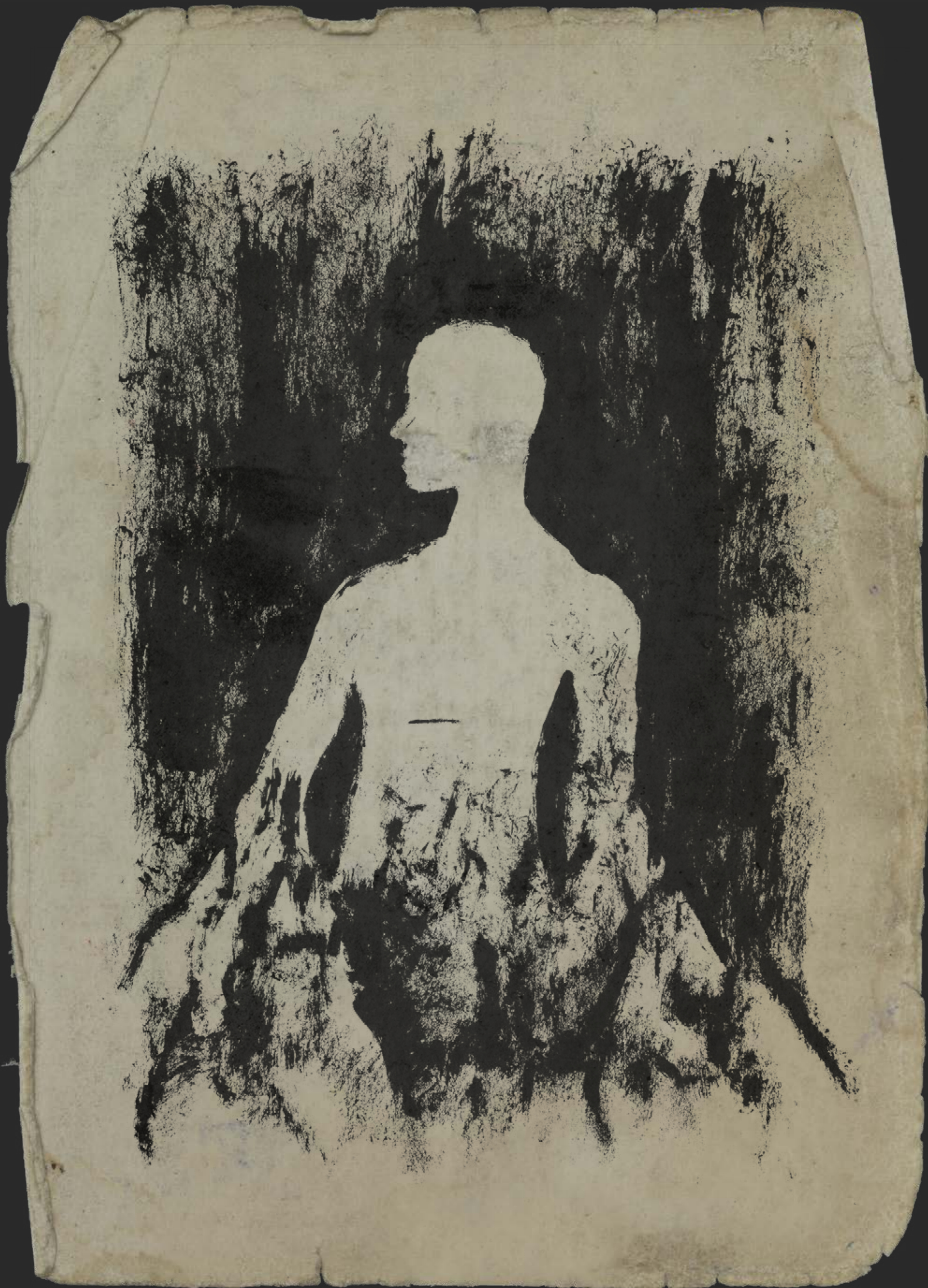
12. *La creación de la mujer*

Perún lanzó truenos y relámpagos, pero ni su poderío fue capaz de atravesar el suelo rocoso que cubría el Inframundo, donde se ocultaba Veles. Pese a todo, le había hecho una promesa a Rod y no desistió en su empeño, presa de una furia cegadora. Una y otra vez atacó desbocado, pero fue perdiendo fuerza en silencio.

La ausencia de Mokosh marchitaba lentamente a Rod, por lo que decidió descender a la Tierra. Pero estaba sucia y firme, recordándole a Veles. Así que Rod se encaminó al río furibundo, bebió sus aguas sumergido en recuerdos y, con sus manos divinas, dotó a las gotas cristalinas con la forma que tanto añoraba.

Fue así como nació la primera humana, a la que Rod llamó "mujer". Con su hálito divino dio impulso a sus pulmones y corazón, y el agua de la vida que llenó su cuerpo la dotó de amor y compasión, paciencia y empatía, fertilidad y misterio.

Rod puso a la mujer sobre la tierra y la observó. Hecha a imagen y semejanza de Mokosh, repleta de curiosidad, pero también era un misterio en sí misma.



13. *La creación del hombre*

La mujer miró debajo de cada piedra y siguió las huellas de los animales, pero temía a los osos y a las cuevas oscuras, y carecía de la energía necesaria para llevar a cabo viajes largos. Pero, sobre todo, estaba sola y era frágil.

Por ello, Rod descendió a la Tierra una vez más y se dirigió a las rocas de Veles que tanto odiaba. En su sabiduría, recordó que la Tierra no podía vivir sin su amada Agua, y era dura como las montañas, así que soportaría diluvios, temporales y tormentas.

Así, buscó la roca más resistente y la esculpió a su imagen y semejanza, le dio vida con su hálito y llamó "hombre" a su creación. El hombre era resistente como la roca, y amaba a la mujer como Veles y Rod amarían a Mokosh si ambos se fundieran en un mismo ser. El hombre era un ser atento y agresivo a la vez, capaz de mostrar tanto afecto como celos. Protegía a la mujer de las bestias, la alimentaba y le brindaba compañía hasta en los viajes más largos.



14. *El surgimiento de Dazbog*

Ver cómo se multiplicaban llenó de júbilo el alma de Rod, pues los seres creados a partir de su imagen y la de Mokosh que habitaban la Tierra se amaban unos a otros y eran felices, preciosos y dueños de un gran poder.

La felicidad de Rod aumentó al ver cómo los curiosos y codiciosos humanos se dispersaban por el mundo, pues creía que, con la ayuda del hombre, la mujer encontraría la entrada al Inframundo, donde él podría sentir la presencia de Mokosh con su hálito divino.

Su alegría, su esperanza y su orgullo iluminaron los Cielos como un faro de poder divino, y así nació el Sol, que se apoderó de toda la luz.

El Sol era increíblemente bello, radiante y ardiente, por lo que la gente lo adoró más que al aire invisible que llenaba sus pulmones. Pero a Rod no le preocupaba, pues el sol era su vástago, y su propósito era servir a los humanos para que pudieran continuar con la búsqueda de Mokosh.

Impulsado por el poder divino y las plegarias de los humanos, el Sol despertó, y así nació Dazbog, guardián del pueblo y emisario de Rod.



15. *La Era de la Felicidad*

La vida iba bien para los habitantes de la Tierra. El aliento de Rod llenaba sus pulmones, la luz de Dazbog resplandecía en sus ojos, y el poder divino de Perún llenaba sus corazones de piedad y confianza en el poder divino.

La humanidad se dispersó por todo el mundo para vivir entre las plantas y animales. Talaban árboles para construir sus hogares y cazaban para obtener carne y pieles.

La vida les sonreía. No les faltaba nada y los dioses los protegían de la hambruna, el frío y las bestias. Y así siguieron multiplicándose, y cuantos más había, más feliz era Rod. Creía que pronto no existiría un solo lugar que no hubiesen descubierto, ni secreto que no hubiesen confesado a los dioses, que disfrutaban del poder que les otorgaban sus plegarias, dulces como el néctar.

Mientras tanto, la Tierra cambiaba bajo las acciones de los humanos. Las ramas de los árboles caían cercenadas por sus hachas, los cadáveres de las bestias cazadas se apilaban, y los prados fértiles se tornaron en desiertos silenciosos.



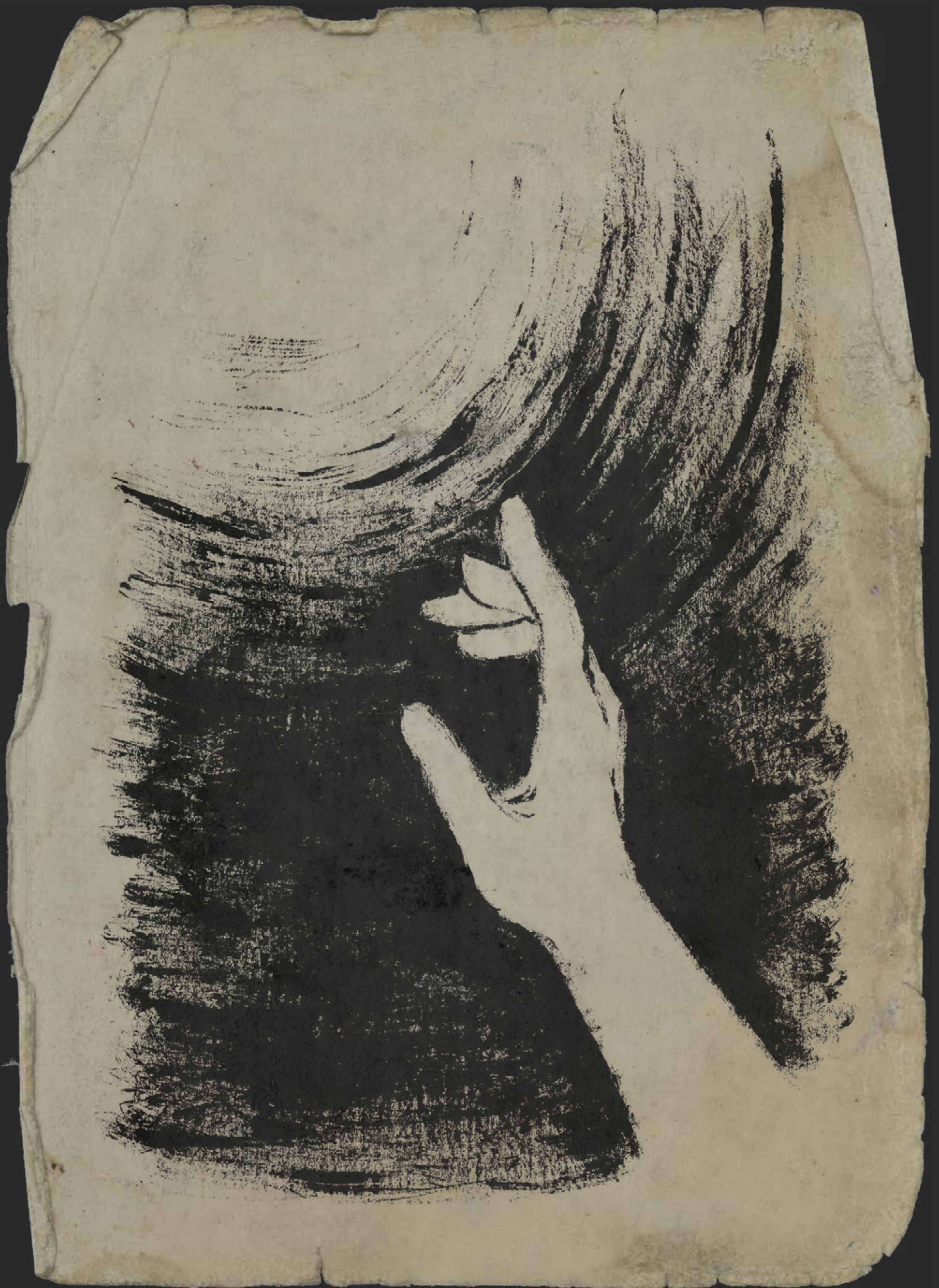
16. *El reino dorado*

Lejos del aire fresco y las corrientes de agua, Mokosh merodeaba por las cuevas entre charcos pútridos y sin vida.

Entonces apareció Veles, envuelto en un manto de oscuridad y deseo. La diosa tenía miedo, mas no lo demostró.

El reino de Veles y las alimañas que reptaban por ahí le inquietaban, pero siguió avanzando guiada por Veles y el paisaje fue mutando hasta transformarse por completo. ¡Sus cavernas eran increíbles! ¡Enormes montañas de oro y joyas que deslumbraban con un poder capaz de disipar la oscuridad y una gracia que complacía a la vista!

La belleza del reino de Veles era abundante, pero carente de vida, y Mokosh sintió lástima por él, pues veía su añoranza. Él la miró, taciturno y silencioso, y vio el milagro de la vida, pero supo que ese milagro podía destruirse si algún día lo tocaba. Solo era capaz de esculpir objetos carentes de vida en el Inframundo, y los pocos animales y plantas que había creado en la Superficie eran incapaces de abandonar su reino.



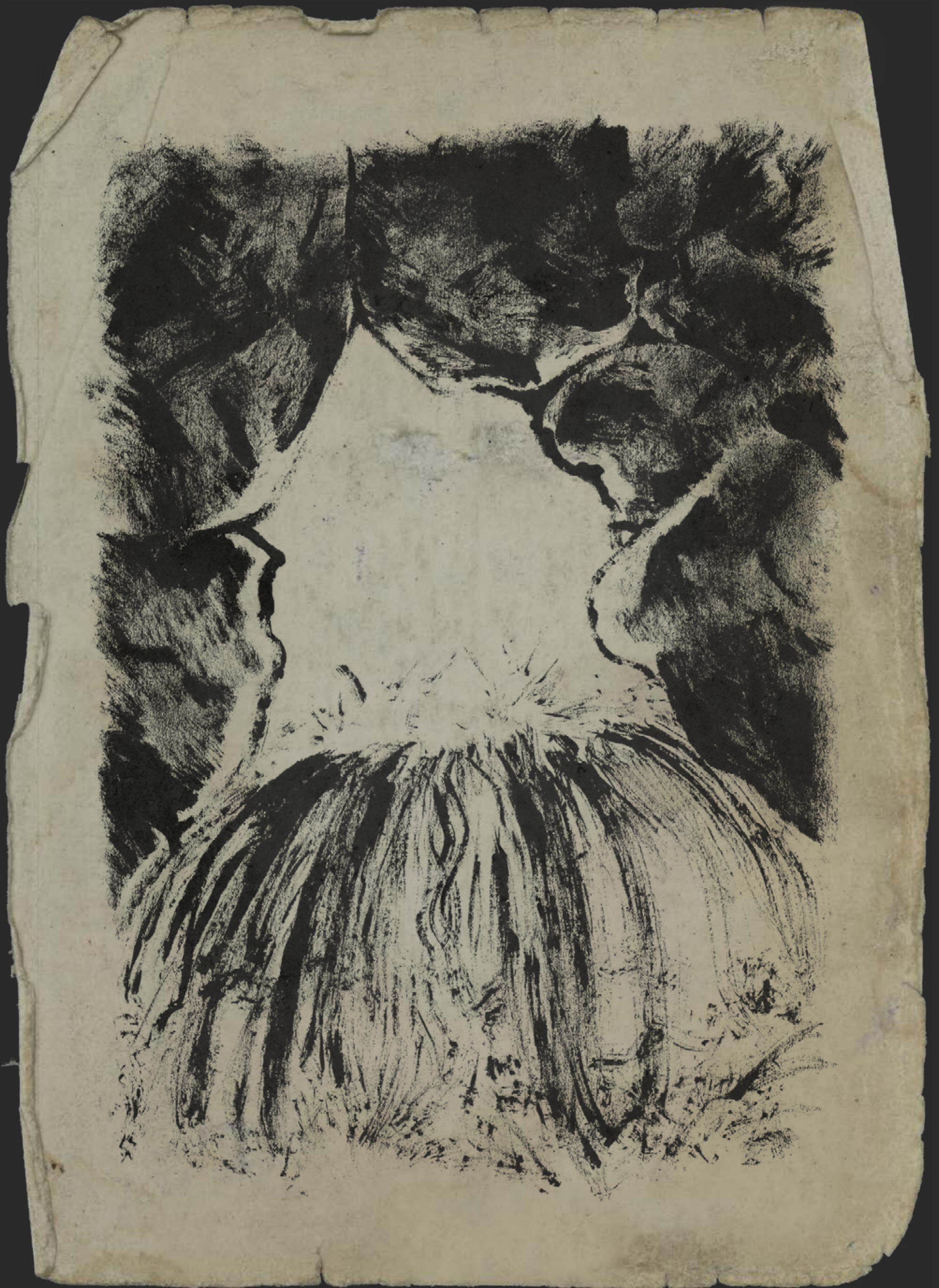
17. *El regalo de Rod*

Por eso, Mokosh observaba la superficie de la Tierra con añoranza. Observaba a sus queridos animales, a las maravillosas plantas, a las furiosas corrientes de agua y al viento que mecía al mundo con su poder.

Entonces, vio una nueva criatura distinta a todas las demás. ¡Se parecía a ella! Aquella criatura era la mujer, y a su lado caminaba el hombre, creado a imagen y semejanza de Rod.

Mokosh llegó a la rápida conclusión de que aquellas criaturas habían sido creadas para ella, en honor a su memoria y al amor de Rod, y se encariñó con ellas.

Pero Veles también las vio, y rechinó los dientes mientras le corroía la envidia. El Señor del Inframundo estaba furioso ya que la gente se multiplicaba sin control y destruía su creación, y la felicidad de Mokosh llenó su corazón de resentimiento.



18. *El comienzo del tiempo*

Mokosh notó que, consumido por la amargura, Veles empezaba a alejarse de ella y parecía presa de un gran tormento. Entonces, él le mostró la destrucción que los humanos provocaban en el mundo, pues eran siempre jóvenes y fuertes como semidioses. La inquietud invadió a Mokosh, pues se dio cuenta de que, maravillada por la belleza de los hombres y las mujeres, no había sido capaz de ver la negligencia de sus acciones.

Su preocupación creció, puesto que amaba a Rod y a su creación, pero también admiraba el trabajo de Veles y sentía pena por sus animales y plantas.

Así que se dirigió a un lugar en el que se había derrumbado una cueva y donde un arroyo seco llegaba hasta la Superficie. Tocó una charca, y el agua, reaccionando al tacto de sus dedos, se filtró entre las rocas y creó una hendidura en ellas.

Mokosh invocó el Agua de la vida y se la apoderó, para que después de dar vida a toda creación, fuese una de las bestias o plantas de Veles o uno de los humanos de Rod, regresase al Inframundo con su diosa, limitando la vida en la Tierra.

Esto marcó el comienzo del tiempo, y la muerte desvió
el curso del río de la vida hacia los oscuros abismos del
Inframundo.

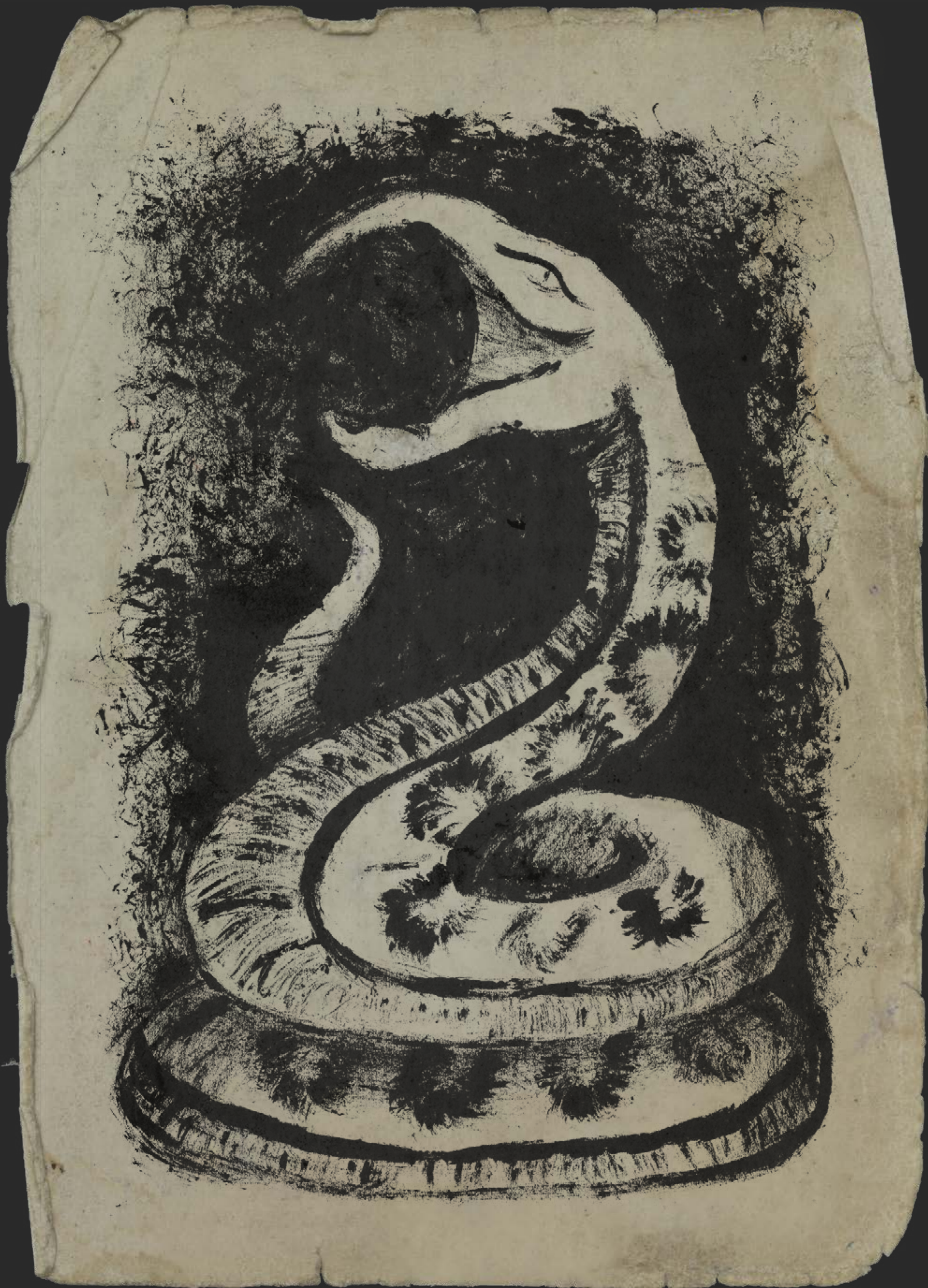


19. *La redención de las almas*

El miedo se apoderó de todas las creaciones cuando se dieron cuenta de su mortalidad. Las plantas se secaron, los animales se pudrieron, el vientre de las mujeres se marchitó y los hombres se redujeron a ceniza. Mokosh puso límites a las fuentes que emanaban vida, y las cosas nunca más fueron como al principio.

Las mujeres y los hombres morían. El hálito de Rod escapaba de sus cuerpos y luego vagaba sin rumbo por el mundo en busca de un atisbo de la vida que habían saboreado gracias al agua, alzando su lamento a los Cielos.

Así que Rod creó nuevos animales, moradores de los Cielos, ligeros como el aire, y los llamó "aves". Cada parte de su hálito que abandonaba un cuerpo humano podía montar un ave y volar hasta él, transportando sus recuerdos. La gente llamó "alma" a esta forma del hálito divino.



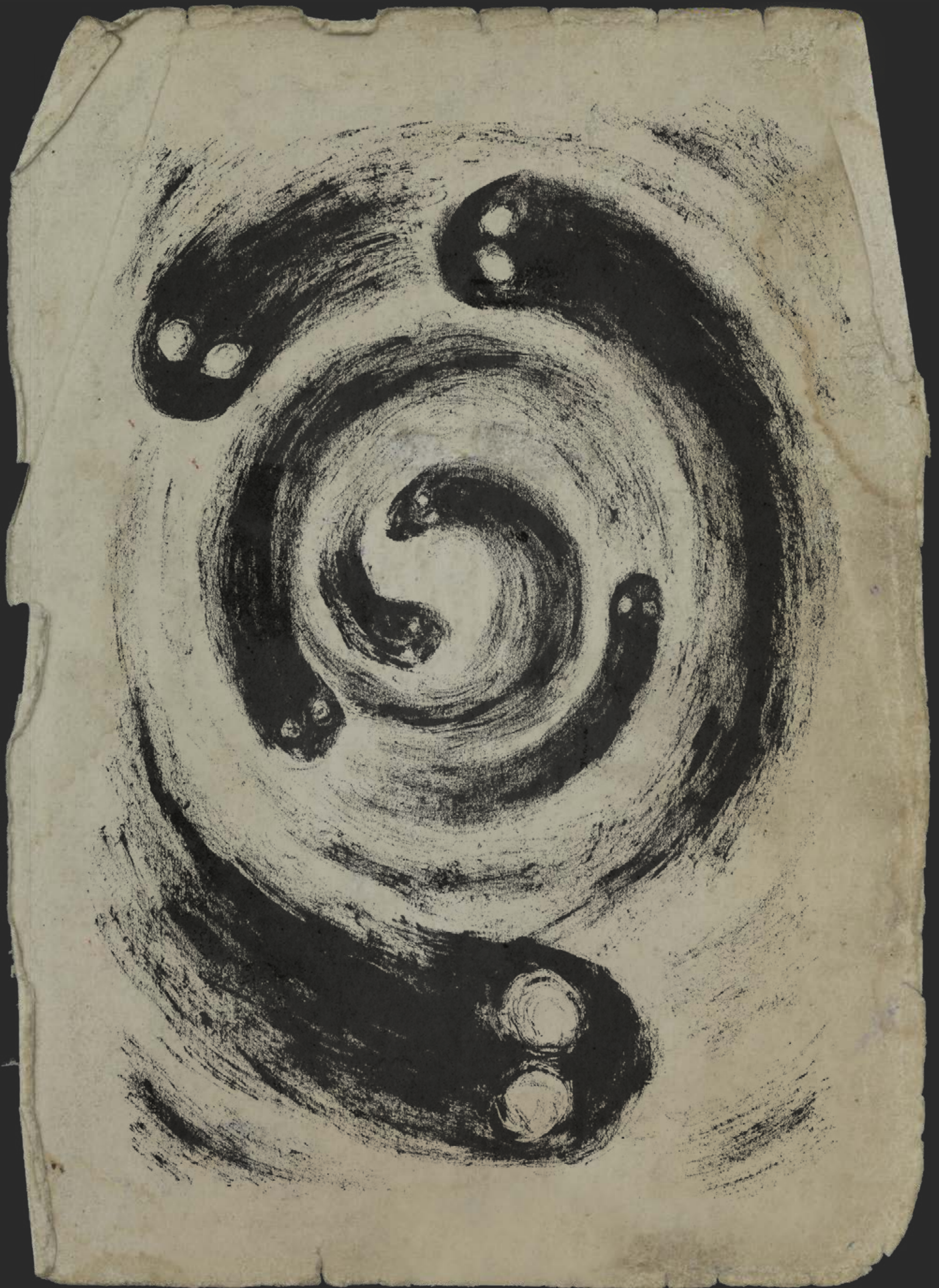
20. *Mensajeros de Veles*

Veles observó las almas montadas sobre las aves, su tierra vaciada, la soledad de Mokosh y el anhelo por la Superficie que se reflejaba en sus ojos.

Así que creó un enemigo para las aves, vinculado a la Tierra del mismo modo en que ellas estaban vinculadas a los Cielos, tan pesado y siniestro como las aves eran ligeras y alegres. En vez de una cubierta de plumas, lo dotó de escamas; en vez de cantar, le ordenó sisear; y en vez de dejarlo volar libremente, lo privó de sus extremidades para que pudiera reptar por cualquier resquicio. Y así, Veles se procuró un mensajero al que llamó “serpiente”.

Las serpientes acecharon a las almas humanas, preparadas para morder y estrangular, y para matar a sus monturas aladas y devorarlas. Y cuando una serpiente atrapaba un alma humana, la llevaba bajo la superficie, donde no había modo alguno de escapar.

En poco tiempo, las almas llenaron el Inframundo, donde Veles reinaba. Su propósito era hacerle compañía a Mokosh para toda la eternidad, hasta el fin de los tiempos.



21. *La dualidad de las almas*

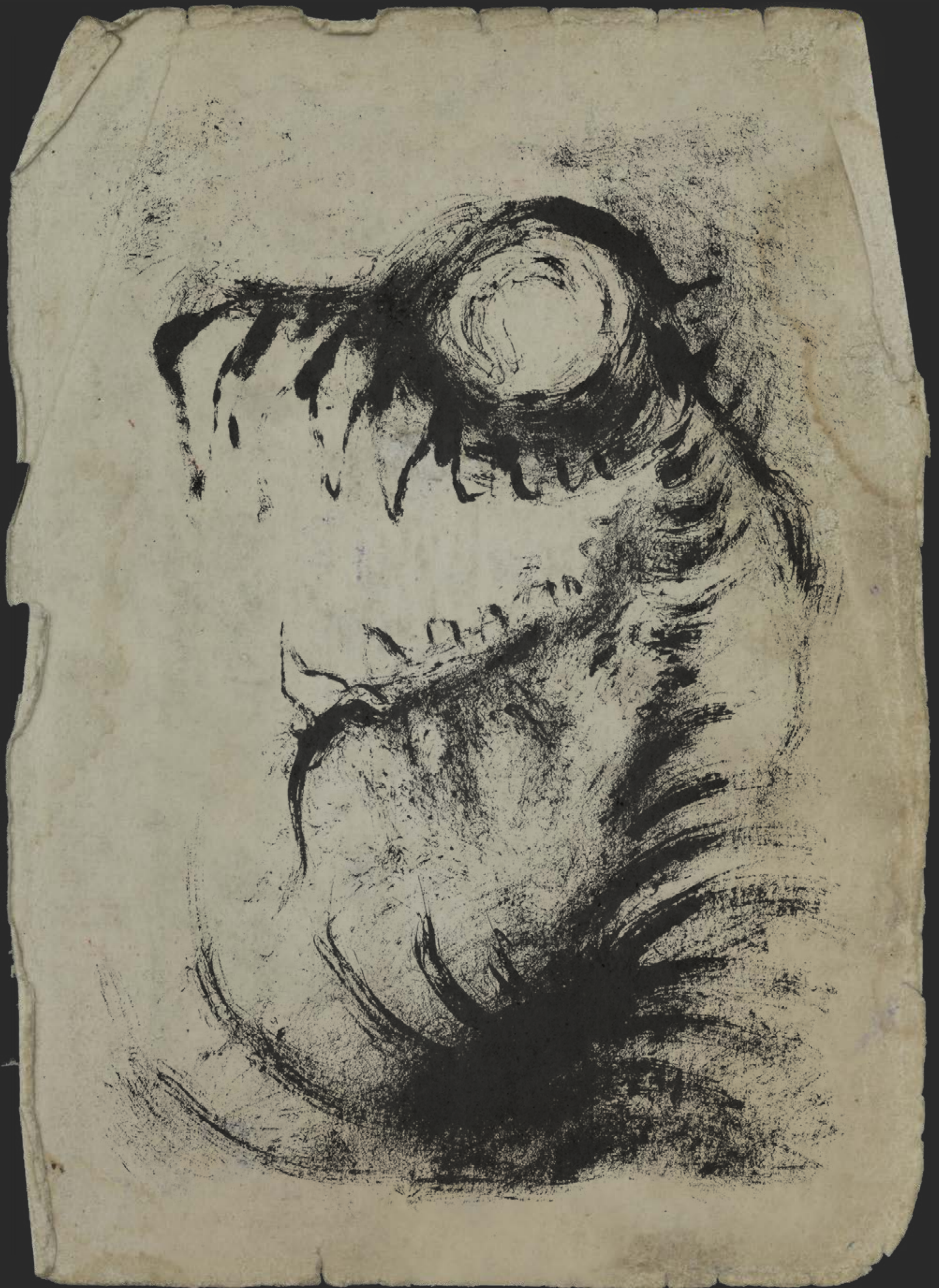
El regalo de Veles impresionó a Mokosh.

Algunas almas eran hermosas, radiantes como los haces de luz del mismísimo Sol, etéreas como el aire, y prístinas como el agua que brota de un manantial. Los recuerdos que albergaban llenaban de alegría a Mokosh cuando las tocaba, y los sentimientos que fluían de ellas llenaban su corazón de una cálida sensación de felicidad.

Sin embargo, había otras almas atormentadas bajo una pesada carga indescriptible, como tener un nudo asfixiante en la garganta o un dolor punzante en la cabeza. Mokosh, sintiendo su miedo, tristeza y furia, las evitaba, pues eran capaces de envenenar los pensamientos y obstruir los pulmones.

Veles también notó esta diferencia, y entendió que las almas perturbadas absorbían la vida y la tornaban en veneno.

Así que capturó estas almas y las introdujo en carcasas elaboradas con restos de criaturas fallidas para crear seres tan horribles como los pensamientos que las almas encerraban. Recibieron el nombre de Horrores, y fueron enviados a la Superficie para encargarse de los humanos.



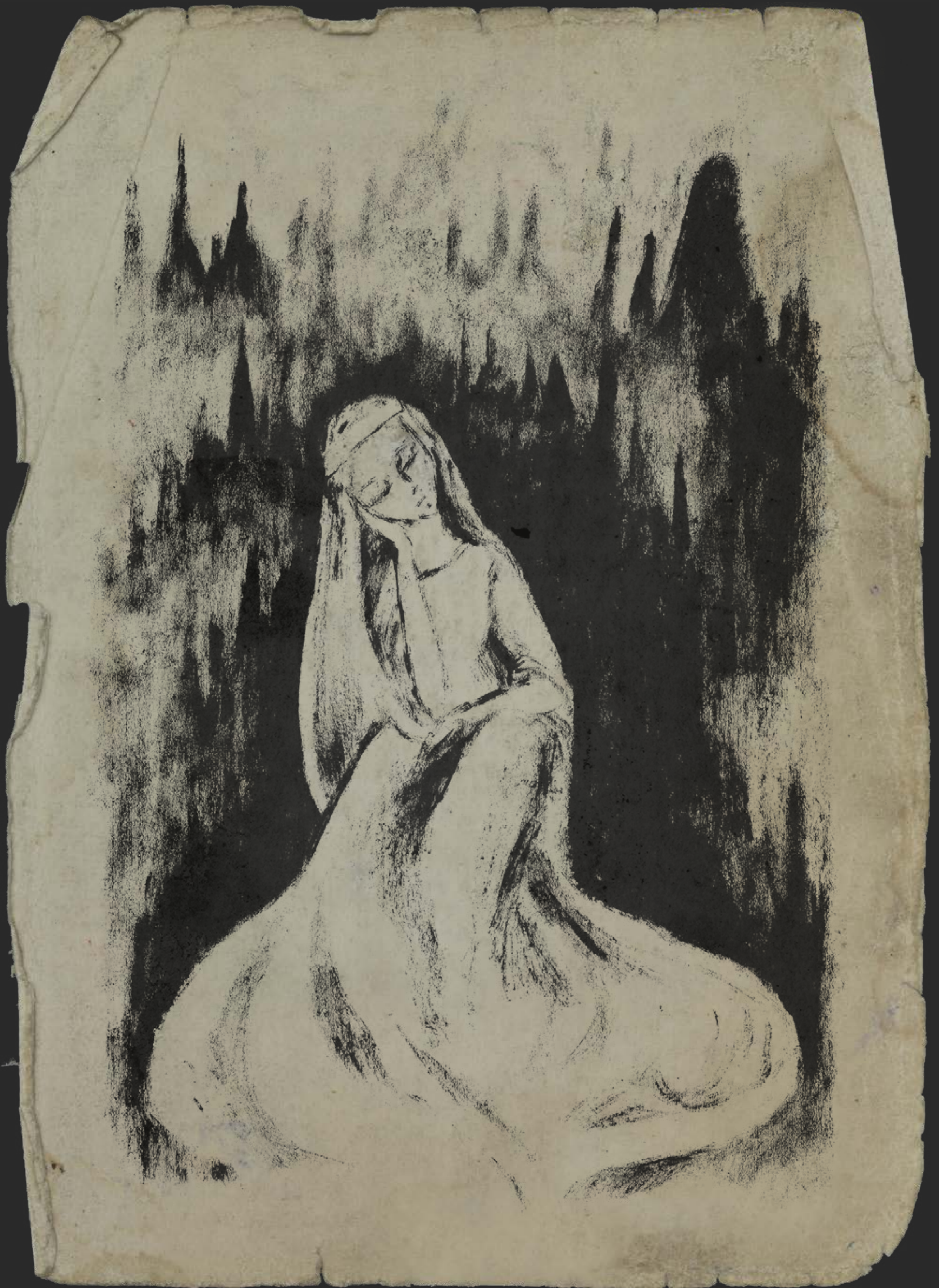
22. *La Era de la Miseria*

¡Oh, el terror, la miseria! Veles liberó al primer horror de su prisión en el Inframundo, abriendo las entrañas de la mismísima Tierra para expulsar su putrefacción, y la alimaña se alimentó de las almas humanas.

El Agua de la vida que antaño era pura quedó contaminada por el lodo que Veles creó con su falsa divinidad. Corrompía el corazón y la mente de los humanos, ensombrecía sus recuerdos y cubría sus emociones con un manto de angustia.

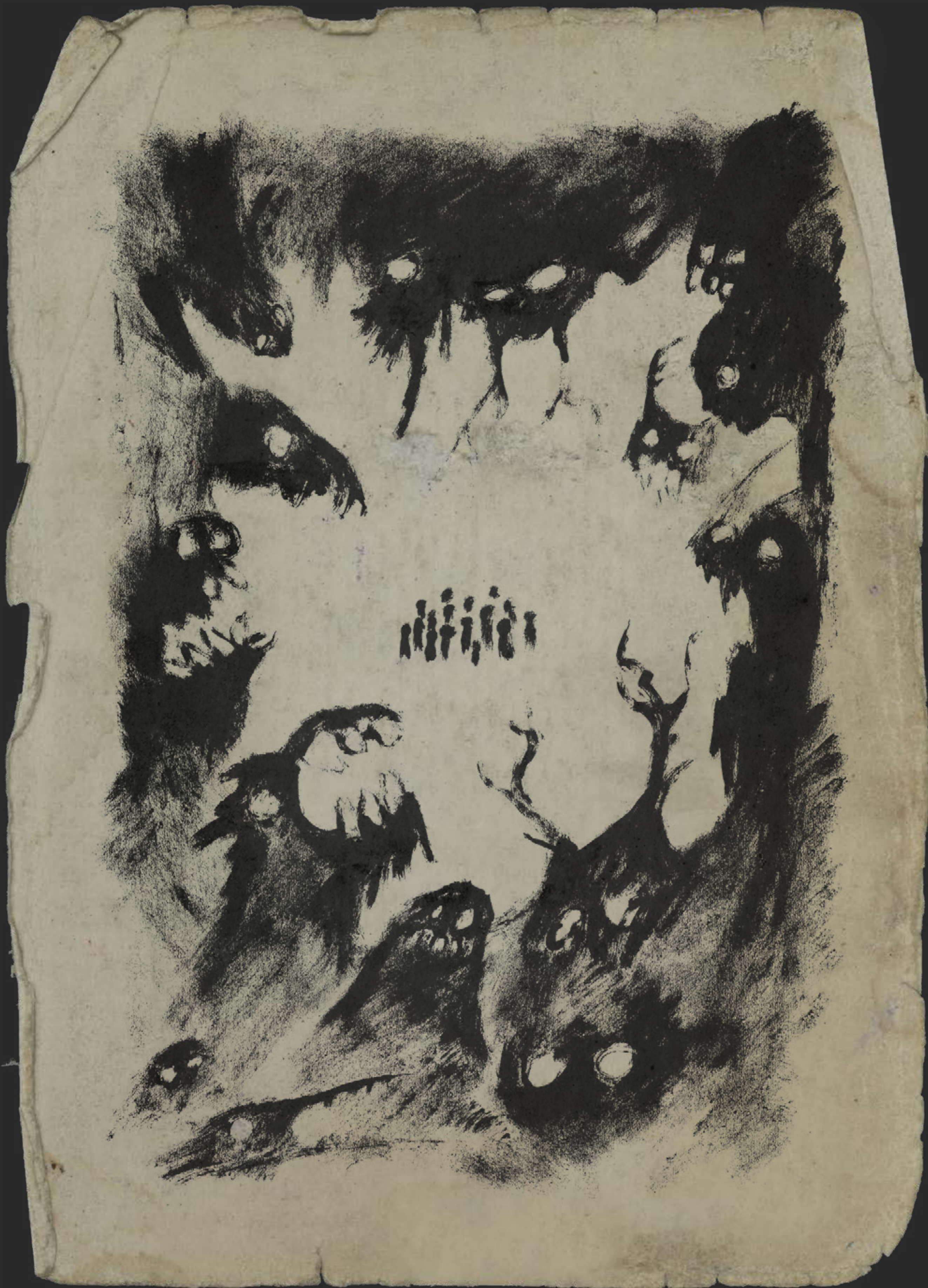
Y así fue como Veles engendró a su terrorífico ejército. Crecieron la agitación y la maldad, la codicia y la pasión, el orgullo y el desprecio, y se desató el odio contra todo lo humano y nacido de los cielos.

El poder de Veles era grandioso y despiadado, mas aún mayores eran el desdén y la humillación que sentía cuando los humanos pisoteaban su creación y cuando su amada no dejaba de mirar hacia la Superficie. Así pues, Veles no vaciló en enviar a los Horrores contra los humanos, y comenzó la Era de la Miseria.



23. *La aflicción de Mokosh*

A Mokosh le entristecía la existencia solitaria y triste de Veles, pues entendía que ansiaba la luz, el calor y el amor, mas si su destino era no experimentarlos jamás. Vio su pasión y su fuerza, el poderío de su creación, todo lo que construyó en la Superficie, y los milagros de los que llenó su Inframundo. A pesar de ello, aún tenía miedo de la envidia que moraba en su ser, de su poder indomable y de sus deseos insaciables. Y cuando vio a los Horrores, los engendros más viles de la creación, su miedo creció en demasía. Miedo por sí misma y miedo por el mundo, al que la conectaba la compasión divina. Pero ¿qué podía hacer? Quería destruir por completo a las almas impuras, pero condenarlas al vacío sería un acto de maldad. No tenían la culpa de la corrupción que crecía en ellas, pues era fruto de la pasión y la envidia de una divinidad. Mokosh era piadosa, compasiva, paciente y afable, y aquel no era el destino que deseaba para estas almas.



24. *La falsa promesa*

Por tanto, Mokosh visitó a Veles para debatir el sino de los Horrores.

Le exigió a Veles que contuviese a sus miserables esbirros y les ordenara dejar de atacar a inocentes y limitarse a cuidar de la naturaleza. Veles debía prometer que si alguno de los Horrores desobedecía sus órdenes, debía liberarlo de su servicio infernal y purificarlo de toda corrupción; aceptarlo en su reino y nunca jamás volver a introducirlo en una sucia carcasa.

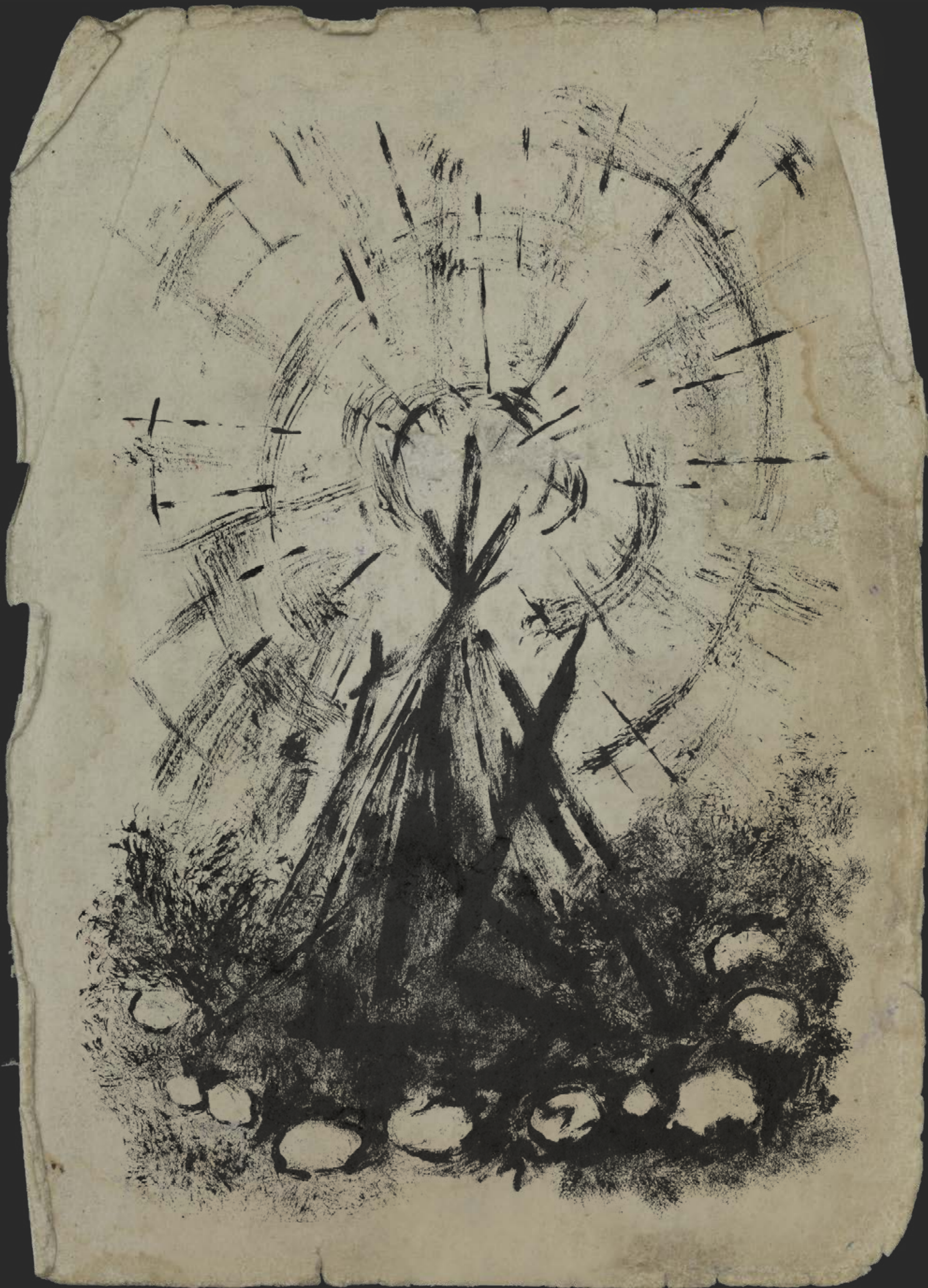
Mokosh sintió alivio cuando Veles aceptó. Pero él no le reveló que su poder sobre los Horrores era débil, y que aquellas promesas eran como una cuerda resbaladiza sujetando a una bestia salvaje, pues había mucho aire y agua en ellos, pero muy poca tierra. No podía detener aquello que había iniciado: ese era el secreto de la Era de la Miseria.



25. *Temor e impotencia*

Los Horrores son criaturas de lo más espantosas. No son ni humanos ni bestias, aunque en ocasiones puedan parecerseles. Los hay grandes y pequeños, feos como el pecado o atractivos como el deseo. Algunos son tranquilos y evitan a los humanos, y otros rastrean su olor como lobos hasta que consiguen estrangularlos. También hay otros que se deleitan en hacer que sus víctimas sufran lentamente, desgarrándolas mientras aún respiran, como lo haría un cuervo.

Por eso, las familias tuvieron que mantenerse unidas; vivían y trabajaban en grupos y cuidaban unos de otros. La tranquilidad cayó en el olvido, y a partir de entonces la humanidad vivió con miedo. Todos tenían que saber comportarse, escuchar a su jefe y cuidar de su grupo, pues si no lo hacían, nadie se salvaría de los Horrores. Lúgubre era la gloria de los guerreros, pues cuando un horror se acercaba a la aldea, el grupo debía luchar con valor sabiendo que su muerte era segura, pero que debían hacerlo para conseguir que el resto de la tribu escapara a salvo.

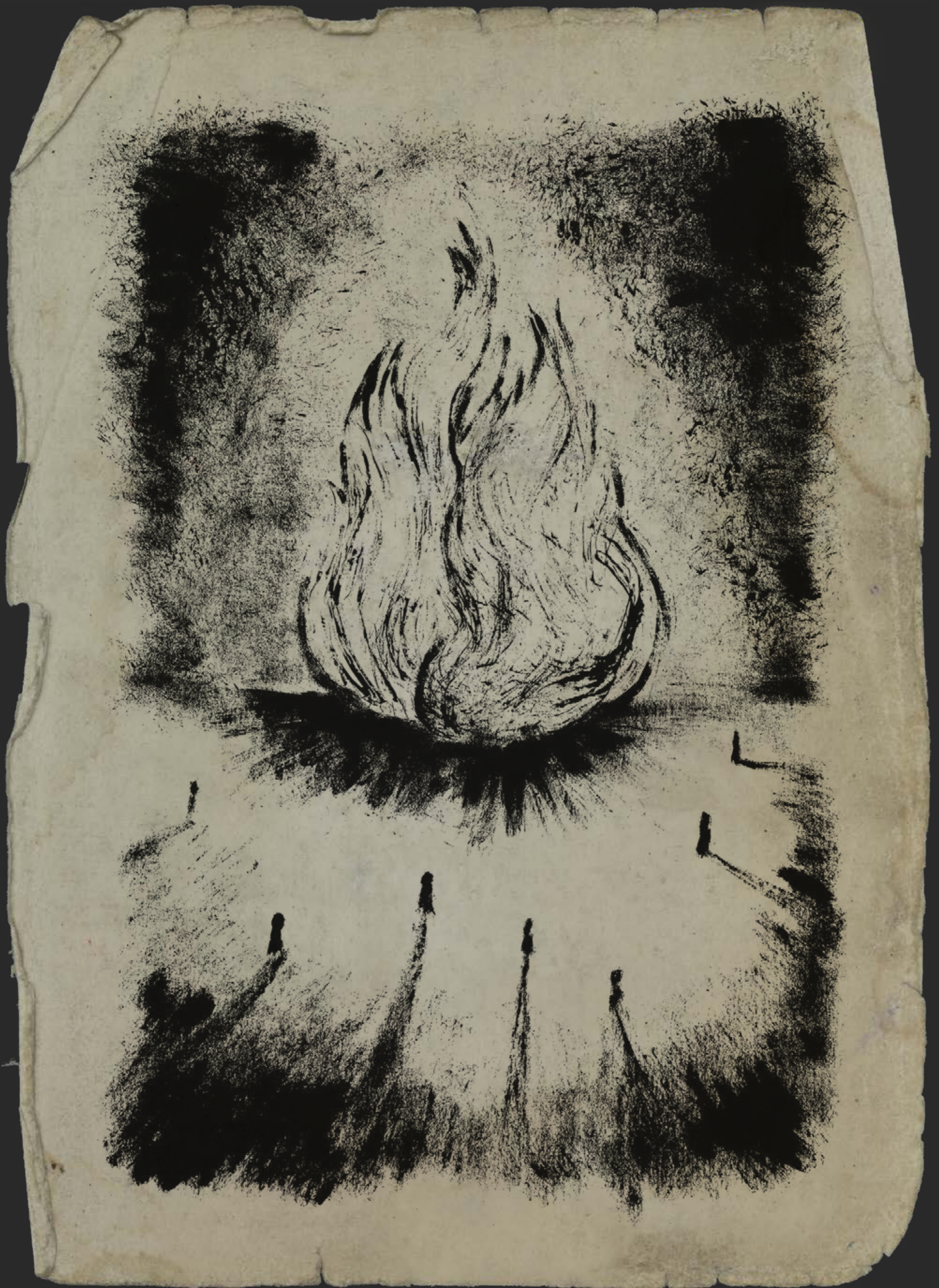


26. *El descenso del Sol*

La Era de la Miseria comenzó de forma terrible. Los humanos caían, condenados por el poder vil de los Horrores. Se agrupaban cual rebaño, presas fáciles, tan indefensos como un niño perdido frente a una jauría de lobos.

Debía de ser una imagen lastimera de contemplar: una escena impactante que mostraba la miserable ruina de los humanos y el consecuente alzamiento del reinado de los Horrores. Dazbog observaba todo esto desde las alturas, el guardián celestial y gran benefactor, radiante y cálido como un beso de felicidad encarnado, fuerte e invencible como el Sol que es.

Entonces descendió a la Tierra, entre los humanos, y los reunió. Les ordenó que recogieran madera y la apilaran dentro de un círculo de piedras. Nadie entendió el propósito de este disparate, pero escucharon a su dios, porque era magnánimo y benevolente.



27. *El corazón divino*

Observaron a su radiante deidad llenos de asombro y júbilo, pues Dazbog era hermoso y grato. Y su poder, nutritivo como un rayo de sol dorado que atraviesa la espesura de un bosque. Pero entonces, todos vociferaron de terror! Dazbog se arrancó la mitad de su corazón ardiente y lo arrojó a la pila de madera, y cuando la pila se prendió, a eso lo llamó "hoguera". Así comenzaron la luz y el calor, y la fuerza invadió los corazones de los humanos. ¡Alabado sea Dazbog, que otorgó el fuego a los humanos!

Los humanos se regocijaron con su regalo, pero no se trataba de un simple juguete para satisfacer su curiosidad. La deidad condujo a la gente a los pantanos y empezó a perforar el suelo húmedo con un palo hasta que golpeó algo tan duro como un hueso escondido bajo capas de carne tierna. Dazbog ordenó a los humanos arrancar del suelo ese hueso de la Tierra, y lo llamó "hierro". Les dijo que lo arrojaran al fuego para convertirlo en un arma contra los Horrores, un arma extraída del suelo y forjada en las llamas.



28. *Los huesos de la Tierra*

El hierro es los huesos de la Tierra, y lo arrancamos de los blandos pantanos en los que abunda, como la grasa bajo la piel.

Pero la Tierra no entrega sus huesos fácilmente, y todo aquel que vaya a los pantanos debe andarse con cuidado. Muchos han sido arrastrados al fondo de la ciénaga, y otros tantos han perdido la razón por inhalar sus vapores.

Sin embargo, existe una criatura que mora en los pantanos. Lo llaman el Embaucador, y algunos lo adoran como deidad, mientras que otros lo consideran un horror. Nadie sabe cuál es la verdad, pero todo aquel que busque hierro debe estar alerta por si aparece.

La gente dice que parece un escarabajo rinoceronte gigante, y que sobrevuela los pantanos como un fuego fatuo. Hazle una ofrenda y te guiará a depósitos de hierro; oféndelo y hallarás la muerte.

Nada bueno es gratis en esta vida.

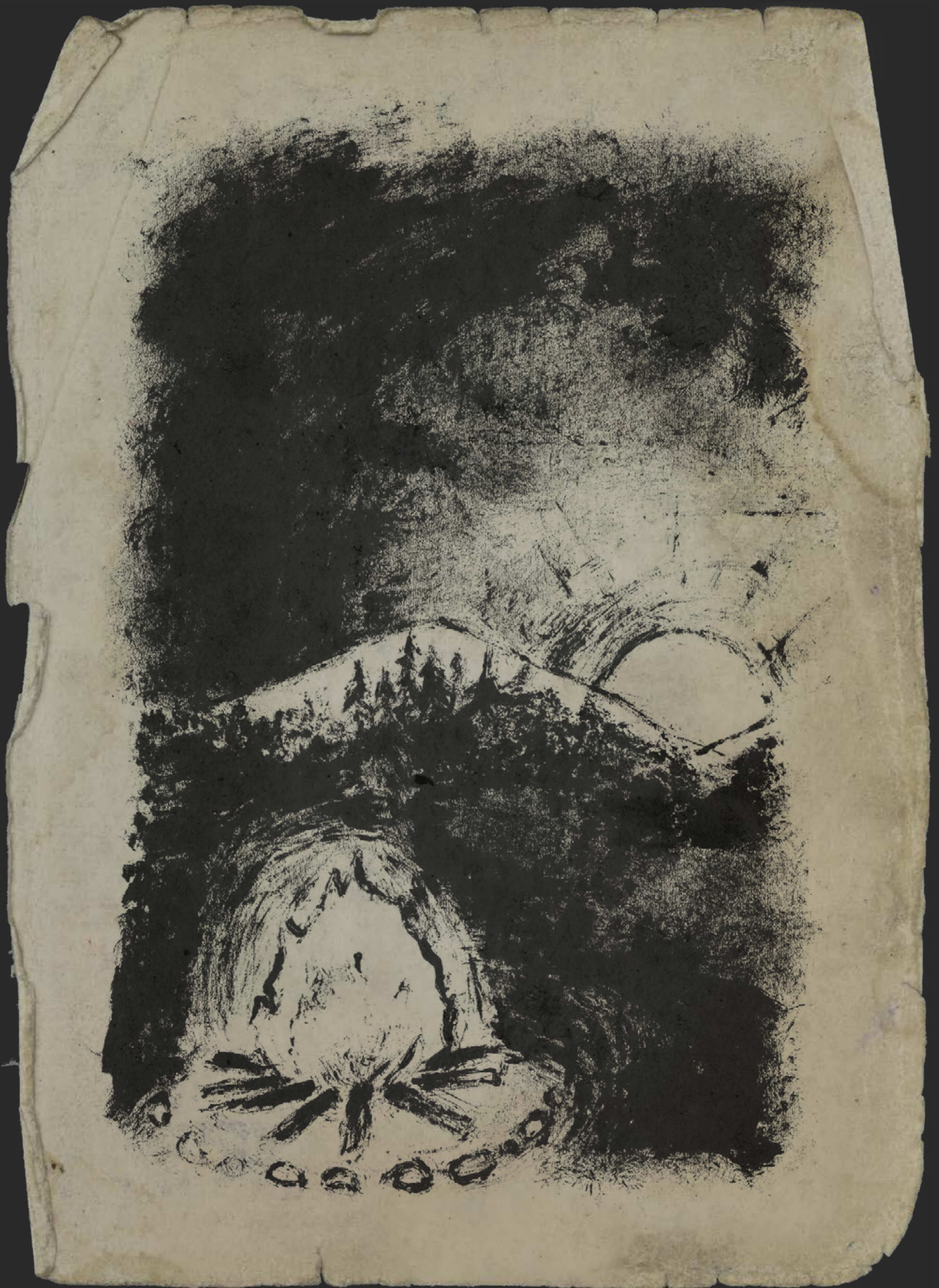


29. *Hojas divinas*

Tras de recoger los huesos, hay que construir un horno de barro y hierba. Una vez seco, se debe encender en su interior un fuego con madera y los huesos de la Tierra. Cuando los huesos ardan, toda impureza se quemará, y solo el más puro núcleo permanecerá intacto. El resultado debe ser fundido en un cuenco hasta que fluya como sangre hirviendo. La sangre debe verterse en un molde de barro preparado anteriormente. Cuando se solidifique, hay que martillarla en el fuego hasta formar una hoja afilada.

En una época, se creía que, para comprobar que una espada fuera adecuada no solo para enfrentarse a los Horrores, sino también para el brazo que la blandía, el portador debía ir al bosque e invocar a Kudlak. Si el guerrero era de su agrado, adoptaría la forma de un lobo, un oso o un bisonte para ponerle a prueba. Si este conseguía derrotar a la bestia, era una señal de divina unción, pero si Kudlak no aparecía o la bestia salía victoriosa, la espada debía pasar a otro más poderoso.

Antaño así fue. Ahora solo quedan los Horrores más poderosos, y vencer a solo uno sería una hazaña inviable, incluso para un grupo. Sin embargo, aún vale la pena buscar la bendición de Kudlak.



30. *La llegada de la oscuridad*

¡Alabado sea Dazbog!

Tremendo fue su sacrificio por la humanidad. Tras dejar el fuego en la Superficie, regresó a los Cielos para iluminar el camino de los humanos con su luz solar. Pero ¡qué desdicha!, solo le quedaba la mitad de su fuerza. Desde entonces, tras bañar el mundo con su luz, el Sol debe descansar, dormir y recuperar su poder. Y cuando el sol se pone, cansado de su trabajo, la oscuridad toma el control y así comienza la noche, un momento espantoso, extraño y amenazante para los humanos, durante el que ningún guardián divino les ampara.

Solo el fuego, arrancado del pecho divino y alimentado con leña y aceite, puede iluminar la oscuridad y hacer que los humanos teman menos a la noche. Así, los humanos empezaron a venerarlo como veneraban al Sol durante el día. Lo alababan incluso durante el día, puesto que era poderoso y benévolo, cálido y fascinante.

¡Alabado sea Dazbog! ¡Alabado sea su corazón!



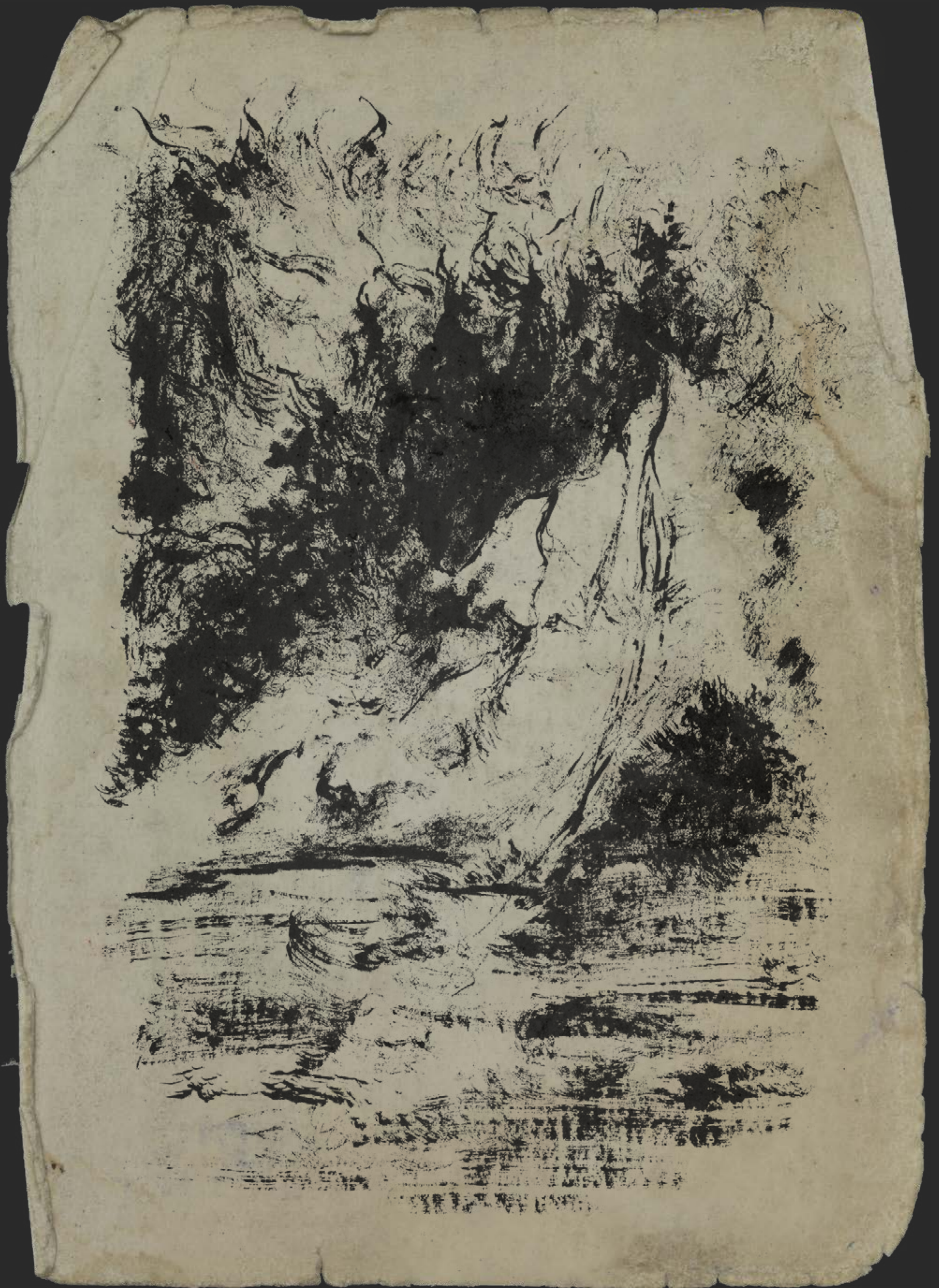
31. *El capricho del fuego*

El fuego es un corazón divino, valiente y fuerte, benévolo y caprichoso. Su poder puede crear, pero también destruir. Por tanto, no es grato para los Horrores, pues las llamas son más poderosas que su maldad.

Pero, aunque el fuego sea hermoso y benévolo, no es perfecto, ya que nació de tan solo la mitad de un corazón divino, no de uno entero.

El fuego requiere sustento, y debe ser alimentado con cuidado, pues cuando se usa contra un horror, puede no solo acabar con él, sino con todo a su alrededor. El asentamiento podría quedar destruido, los animales huir a lugares remotos y los cultivos acabar reducidos a cenizas. Cuanto más se alimenta el fuego, más crece y más voraz se vuelve su apetito.

¡El regalo divino debe usarse con sensatez y con cuidado de no caer en la codicia! El lugar del fuego está en las antorchas y en las hogueras, para mantener la corrupción a raya e iluminar los caminos cuando anochece. Si alguien carece del coraje necesario para avivar la llama, debe rogarle piedad a Licho, tanto para protegerse contra el mal clima, como para mantenerse a salvo de infortunios.

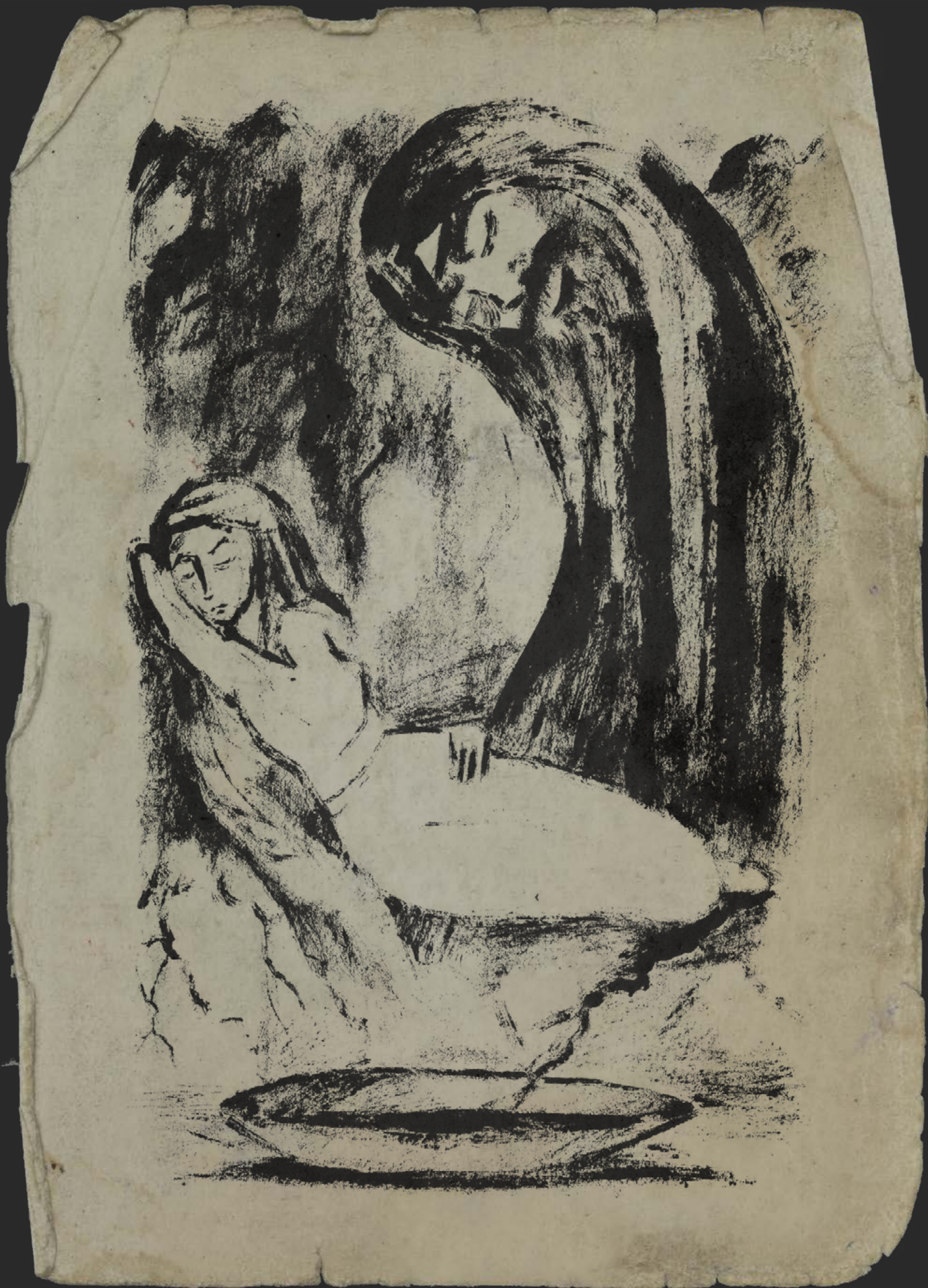


32. *Conflagración*

El fuego se alimentaba de leña y aceite, así como de cualquier cosa nacida de la Tierra y de los poderes de Veles. ¡Qué temible enemigo era para las creaciones de Veles! Magnífico y benévolo era el regalo del fuego. ¡Alabado sea Dazbog por su generosidad!

Donde se había encendido la llama, ahora las plantas se encorvaban y los animales huían, pues el fuego lo consumía todo dejando solo cenizas a su paso, y destruyendo la magia de Veles. Los humanos arrojaban al abrazo ardiente del fuego los huesos a los que llamaban hierro, extraídos de las entrañas de la Tierra, tal y como les había enseñado Dazbog, el herrero divino. Los hombres elaboraban puntas de flecha con él, para terror de los animales, y las mujeres lo llevaban en el cuerpo en adoración a Dazbog.

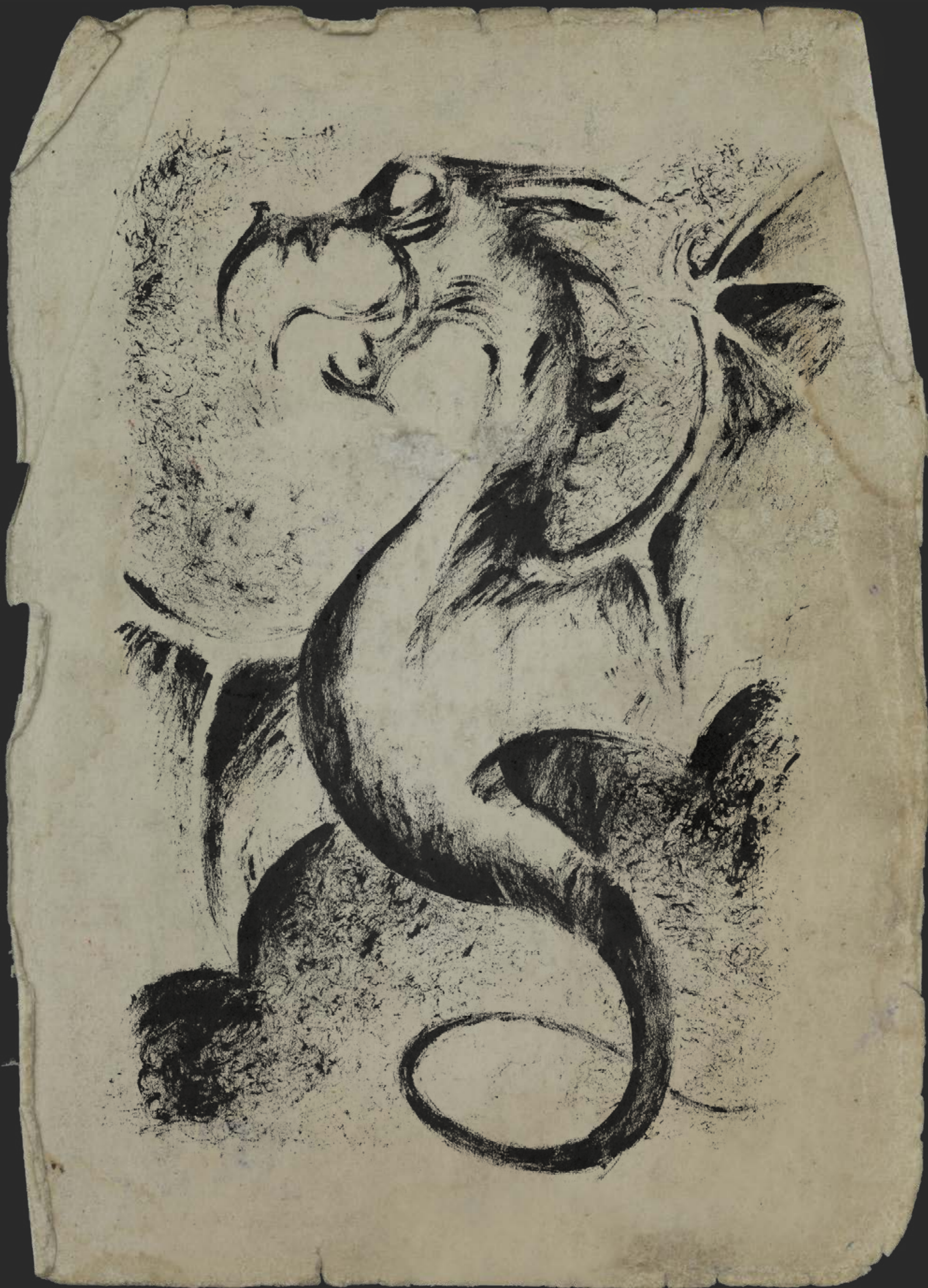
Veles observó todo esto desde su guarida subterránea, y al principio el fuego y sus estragos le asustaron. Aun así, Veles era una deidad astuta y siniestra, y todo lo que tocaba se corrompía y pudría. ¡Oh, cómo afligiría la miseria a todo aquel que escuchase sus susurros! ¡Como afligiría a todo el que osase interponerse en su camino!



33. *Conspiración*

Veles observó el fuego durante largo tiempo y se preguntó cómo podría hacerle frente para salvar a su creación de la llama, porque ahora todos los animales y plantas aclamaban a los humanos, que llevaban antorchas ardientes, e incluso los Horrores temblaban ante la visión del fuego, reacios a enfrentarse al corazón de Dazbog. Los humanos ya no eran presas tan fáciles. Ahora iban armados con garras de hierro. Por eso, muchos de los Horrores reprimieron sus ansias de cazar.

Había dos cosas que el fuego no podía conquistar: la roca y el río, el corazón de la tierra y la sangre del agua. Así, una noche en la que Mokosh dormía plácidamente, Veles se arrastró bajo el manto de la oscuridad y le arrebató la sangre, que brotó lentamente de su cuerpo. Al igual que también brota del cuerpo de todas las mujeres para que el flujo de la vida pueda continuar.

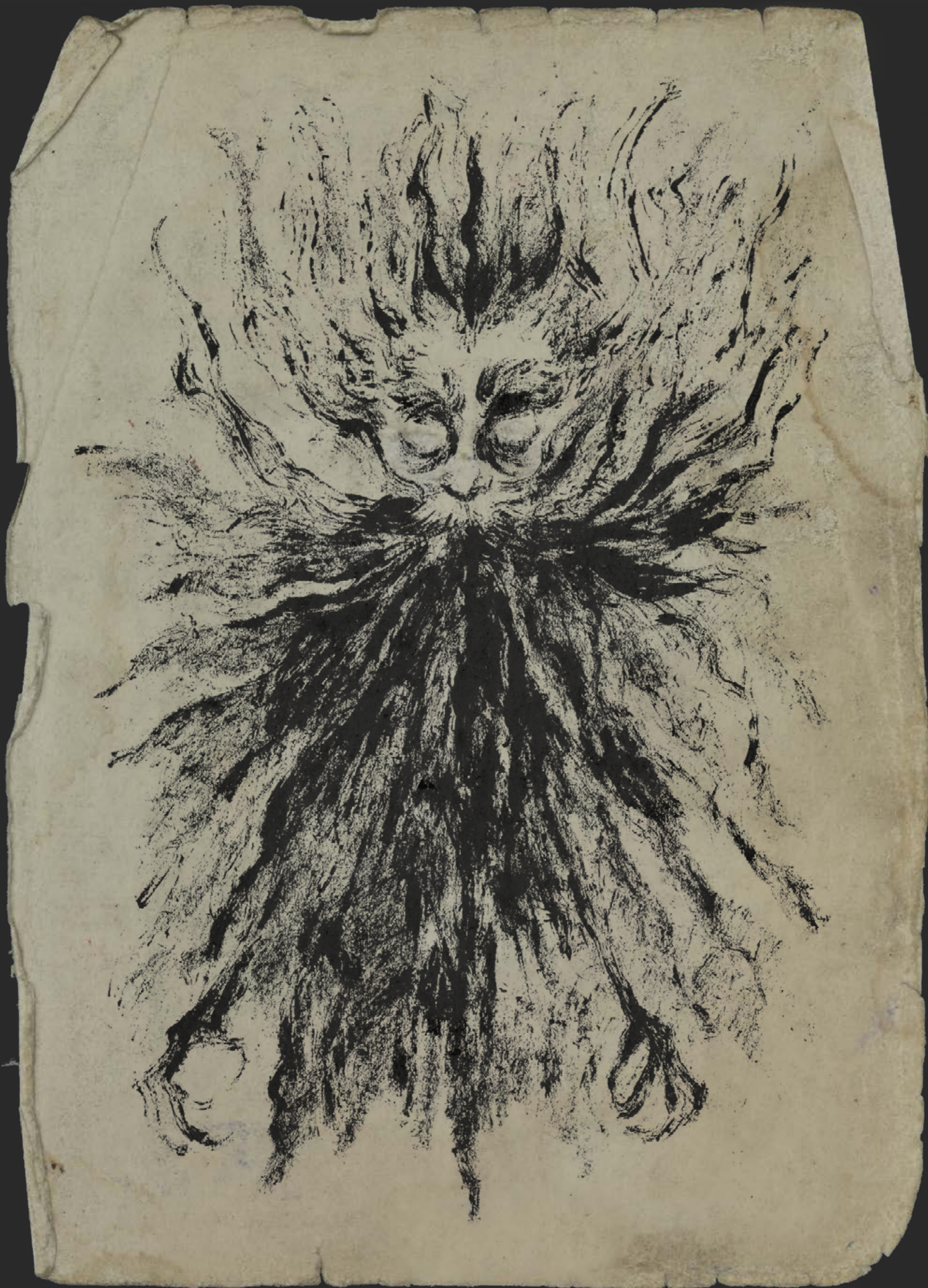


34. *El Príncipe del Inframundo*

La sangre de Mokosh brilló cuando Veles la hechizó en secreto, pues su poder fue robado de los Cielos, que antes del comienzo eran uno con el agua.

Así, Veles tomó la sangre cristalina de Mokosh y con ella creó la forma más perfecta y horrible que jamás había creado. Sin embargo, no quería darle vida con el poder del aire, porque el hálito de los Cielos solo alimentaba al fuego y lo hacía más fuerte. Por eso, Veles necesitaba un poder distinto.

Del mismo modo que Dazbog se arrancó un trozo de su corazón para salvar a los humanos, Veles se arrancó un trozo del suyo para condenarlos. Era una roca, la más dura y oscura roca del mundo, compuesta por sus pensamientos más viles y por su más extrema pasión. Una fuente de poder y voluntad para la creación más monstruosa de Veles, una creación que se rio del fuego y que recibió el nombre de Žmij, príncipe de las serpientes y los Horrores y enemigo de la humanidad.



35. *La tentación del fuego*

Todo aquel que veía a Žmij se quedaba inmóvil como si se hubiese convertido en piedra y perdido su alma presa del más profundo terror.

Los humanos utilizaron el fuego contra Žmij, rodeándolo con un círculo ardiente. Pero las lenguas de fuego no afectaban las escamas de Žmij. El Príncipe Serpiente, general de Veles, apagó el fuego con una sola sacudida de su cola, bariendo las llamas de las antorchas como el viento barre las hojas rojizas en otoño.

¡Grandiosa fue la derrota del fuego! ¡Grandiosa su humillación y su furia! Veles reconoció su codicia y su pasión, cualidades que conocía muy bien y sabía cómo alimentar. Así que visitó al fuego y empezó a susurrarle acerca de la dulzura del poder, el olor de la victoria y la dulce melodía del temor y la adoración. Y el fuego escuchó, y se volvió rojo de la emoción. La ambición le daba calor cual gallina que abriga a sus polluelos que aún no salen del huevo.

¡Mas no era una gallina la que incubaba aquel huevo! Era el Señor del Inframundo, el Padre de Žmij, y así, cuando el cascarón se quebró, de él emergió la deidad de la locura y el conflicto, y su nombre fue Svarog.



36. *Marcado por el fuego*

¡Oh, qué terrible es la Era de la Miseria! ¡La era de la sangre y la locura, de la conflagración y la oscuridad! ¡Abominables son estos tiempos de Horrores, los caminos infestados de serpientes y la sombra infame de su príncipe, que llena los corazones de miedo!

La única esperanza reside en Dazbog, el sol que brilla en lo alto y muestra el camino seguro, pues la sombra huye de él y espera a la llegada de la noche.

¡Condenados sean aquellos que se unieron a Svarog en su locura, y saltaron al fuego para venerarlo! Corrompido está por la magia de Veles y depende de ella. ¿Pues de qué podría alimentarse si no fuera del aceite y la madera creados por Veles? ¡Qué grande fue el error del buen Dazbog! El arma que creó con su propio corazón perdió el control cuando probó las dulces mieles del poder.

¿Cómo podría Svarog hacer frente a Veles, el que lo alimenta y le permite crecer? ¿Cómo podría protegernos de Žmij, quien lo estrangula como una serpiente a un polluelo?

¡Que la miseria aflija a todo aquel que se postre ante el fuego, cegado por su falsa luz!



37. *La procesión ardiente*

¡Traicionero es el dios y traidores todos los que lo adoran!

El fuego no pudo resistir la tentación de la promesa de Veles y se rindió a sus amenazas, y aquellos que eran codiciosos y faltos de valor se unieron a la procesión abrasadora. ¿Cómo podría alguien que sigue a un dios loco estar cuerdo? ¿Acaso hay valor en quienes atacan a otras tribus?

¡La fiebre los volvió locos, pero no merecían compasión! Su dios, Svarog, escuchaba los susurros de Veles y juró asesinar y robar a todo aquel que no se arrodillase ante el fuego y la tierra para ser protegido de los Horrores y de Žmij.

Así, las fuerzas del mal se volvieron contra aquellos que adoraban a los Dioses Verdaderos y la locura envenenó la mente de los hombres de bien.

Gritaban estas palabras:

¡La miseria nos lleve, la miseria nos lleve! ¡El fuego crece, alimentado por sacrificios! ¡Nosotros también deberíamos hacerlos, para alimentar a nuestros dioses! ¡Ofrendas!
¡Ofrendas! ¡Estrangulemos para recuperar el hálito de Rod!
¡Ahoguemos para restaurar la fuerza de Mokosh! ¡Golpeemos

con nuestros puños en nombre de Perú! ¡Derramemos
sangre por Dazbog, que se arrancó su corazón por nosotros!



38. *Las blasfemias de Svarog*

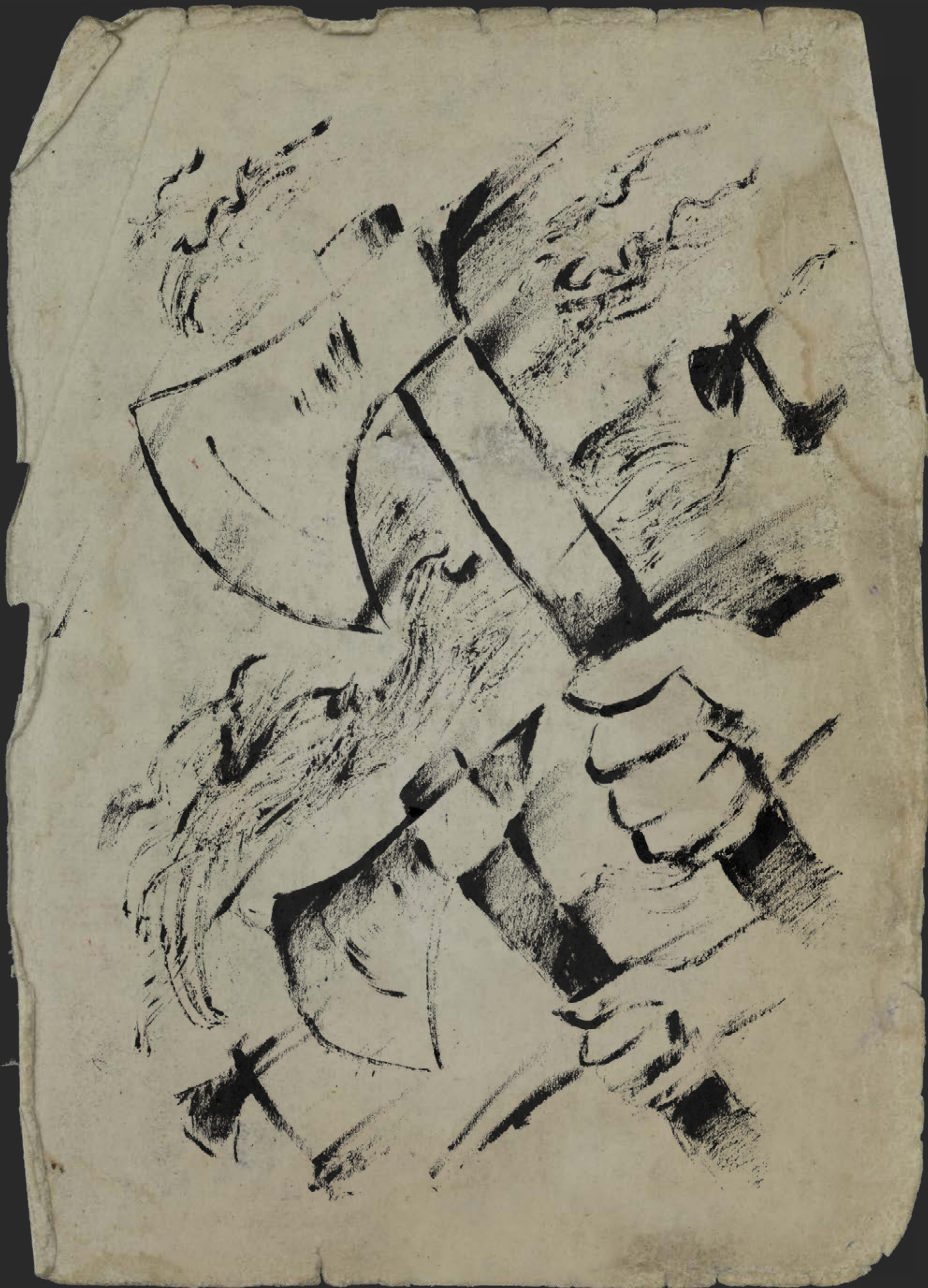
¡Que las palabras de los devotos del sacerdote del fuego sean prueba de su locura! Pues yo, Ga'al, las escuché cuando rondaba en las afueras de su gord.

Decían así:

¿Qué son los dioses? ¿Y qué son los hombres? Unos son creadores de mundos; los otros, ¡su ganado! Entonces, ¿la gente es el rebaño de los dioses, como los humanos son dioses para los animales? ¿Acaso no los crean para su propio beneficio y los gobiernan en la vida y en la muerte?

Aun así, ¡los humanos son más poderosos que los animales! Saben cómo negociar con los dioses, cómo engañarlos y hacer que teman. Fue así que el hombre se hizo con las llamas, las levantó sobre piedras y las extinguió con agua. Los humanos convirtieron el fuego en un dios, lo volvieron en contra de quienes hacían de la humanidad su rebaño, y lo aliaron con aquellos que les otorgaron los animales, las plantas y los manantiales de agua. ¡He aquí la humanidad! ¡Portando antorchas que abren nuevos caminos y calcinan a sus enemigos!

¡Alabados sean los humanos! ¡Alabado sea el fuego!



39. *El alimento del fuego*

Las palabras del sacerdote de Svarog eran terribles, y su odio me inspiró miedo al escucharle, escondido entre sus seguidores más fieles. Lo que dijo fue:

¡El miedo invade a las otras tribus! Se inclinan ante los Dioses Antiguos cual presa ante un cazador. Se inclinan ante Rod, que es translúcido como el aire y ha abandonado el mundo; ante el distante Dazbog, que desaparece en la noche, cuando las plegarias dejan de escucharse; y ante Veles, que espera ansioso almas para darse un festín.

¡Solo aquellos que alimentan el fuego y se unen a él alcanzan la perfección! Aquí se reúnen los guerreros, conquistadores y gobernadores que deciden su propio destino. ¡Nuestro es el fuego, el nuevo dios, cálido y generoso! ¡Nos dio las hogueras para que no muriésemos de hambre! ¡Nos dio vasijas de barro para almacenar nuestros bienes! ¡Nos dio la luz eterna para impedir que la noche nos venciera!

¡Dejad que los cobardes cacen en los bosques como bestias, que rumien la hierba como cabras, que cobijen cerdos viviendo entre sus hijos! ¡Reinaremos sobre ellos, y viviremos de sus cultivos y sus riquezas! Construirán gords para nosotros, y sus mujeres darán a luz a nuestros hijos.



40. *El engendro horrible*

¡Oh, cuánto desprecio emanaba el ungido por el fuego!
Y su soberbia era indescriptible. Juzgad sus palabras vosotros mismos: ¡No hay mayores cobardes que los susurradores de Veles, que viven en constante terror hasta que pierden la razón! Algunos incluso temen construir cabañas con ramas caídas, pues podría enfurecer al Señor del Inframundo, y solo comen lo que encuentran en el suelo. Tampoco hablan demasiado, para parecerse más a las bestias de Veles y por eso mismo solo se visten con pieles sin tratar. Nos llaman locos, ¡pero su locura es tal que hasta fornican con los Horrores! Sus mujeres, por tanto, ofrecidas en sacrificio, regresan embarazadas y dan luz a híbridos repugnantes llamados “monstruos”. Son detestables a la par que inútiles, pero Svarog le prometió a Veles que no los mataría. ¡Oh, cómo debe disfrutar Veles de la profanación de las criaturas de Rod! Aun así, mantiene las distancias con nosotros, pues somos los portadores del fuego: los ejecutores de Svarog.



41. El Señor de la noche

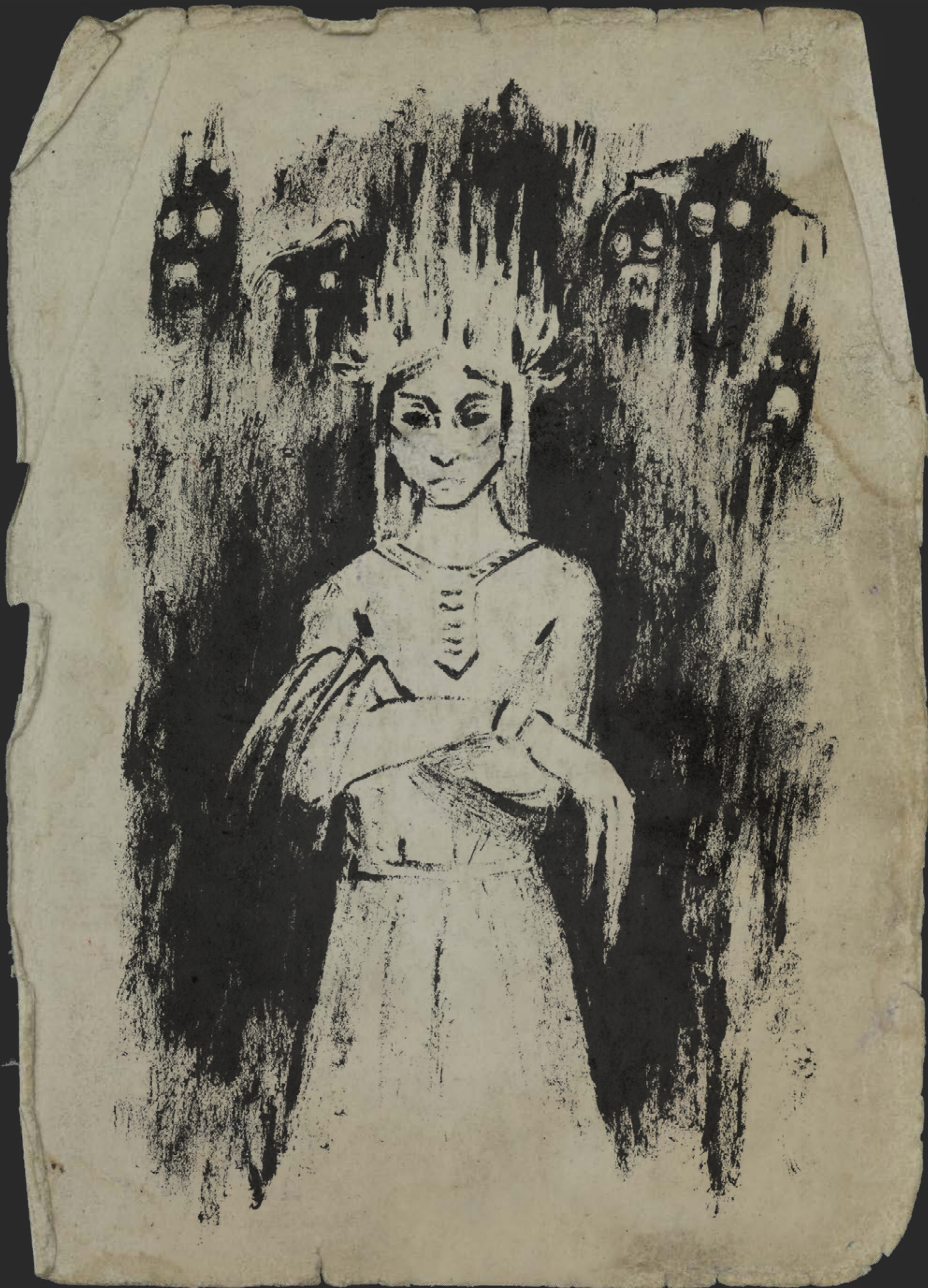
Escuché, cual ternero cubierto por la maleza entre lobos que han olido un rastro. ¡Mi miedo crecía, pues no había piedad en las palabras del sacerdote!:

La gente le teme a todo. Temen a Veles, temen a los Horrores, temen a las monstruosidades y temen a la oscuridad. ¡Y aún más! ¡Temen al hambre, al frío y a la muerte! ¡Algunos incluso temen a su propia sombra!

Así como nuestra veneración del fuego da vida a Svarog, del miedo de las tribus más indignas, ise alzó el Señor de la noche, Susurrador de los monstruos y General de los Horrores, cuyo nombre es Jors! ¡Jors, aquel que arrancará el hálito de tu pecho!

Es joven y cruel, y al igual que sus compañeros, odia a la humanidad. Se oculta durante el día, cuando el sol está en lo alto; pero cuando llega la noche con su manto de oscuridad, emerge con toda su vileza e impone su voluntad.

¡Quien se cruce en su camino no volverá a ver la luz del sol!



42. *El Susurrador de los Horrores*

Aquellos días, yo era como un ratón de campo merodeando entre los pastos bajo la atenta mirada del halcón. Y cuando llegó la hora de escapar de las abrasadoras miradas de los devotos de Svarog, las palabras del sacerdote resonaron en mí como un eco del pasado:

¡Débiles son los dioses de las tribus-rebaño, y débiles son sus devotos! ¡Su miedo es mayor que su fe, y sus sollozos llegan más alto que sus plegarias! Y de su miedo y sus quejidos nació Jors.

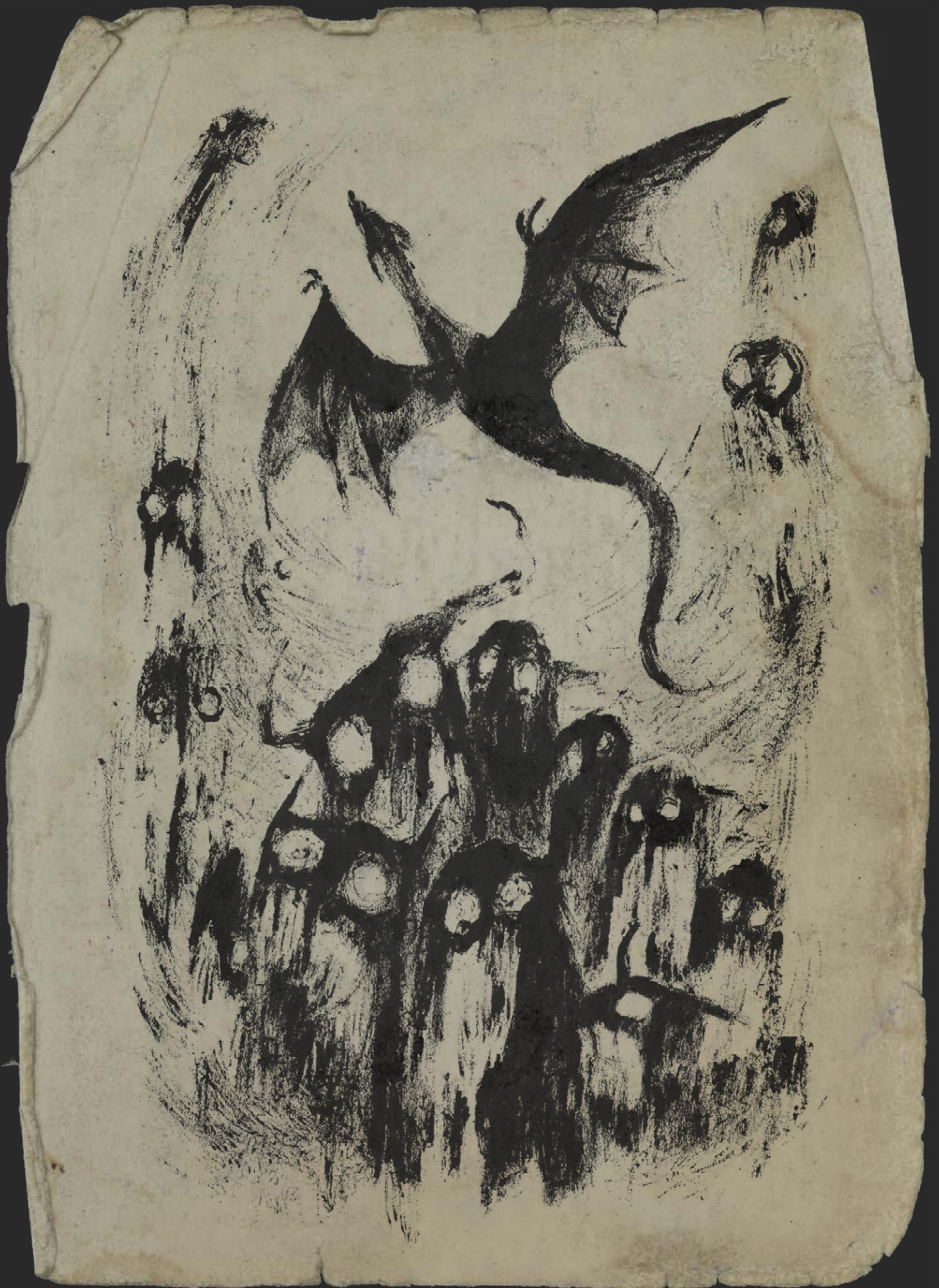
Cuando el sol se pone en el horizonte, Jors roba los últimos haces de su luz, y fabrica con ellos una corona, cuyo brillo utiliza para atraer a todas las criaturas de la noche, como los Horrores y los monstruos. Y entonces los dirige contra los hombres, para alimentarlos con terror, como si fuera el más dulce néctar.

Es hermoso y terrible, pálido como la muerte y siniestro como la noche. Tiene dos caras, como la luna, que puede ser llena o nueva. Tiene un gran encanto que atrae a las almas

hacia él como polillas, y las guía hacia su perdición.

¡Que no te engañe su brillo!

¡Este es la clase de dios que es, uno nacido del miedo
de los humanos y aliado de los monstruos!



43. *La rebelión de los Horrores*

En nombre de Dola, seguiré escribiendo estas crónicas, como hiciera el grandioso y honorable Ga'al antes que yo.

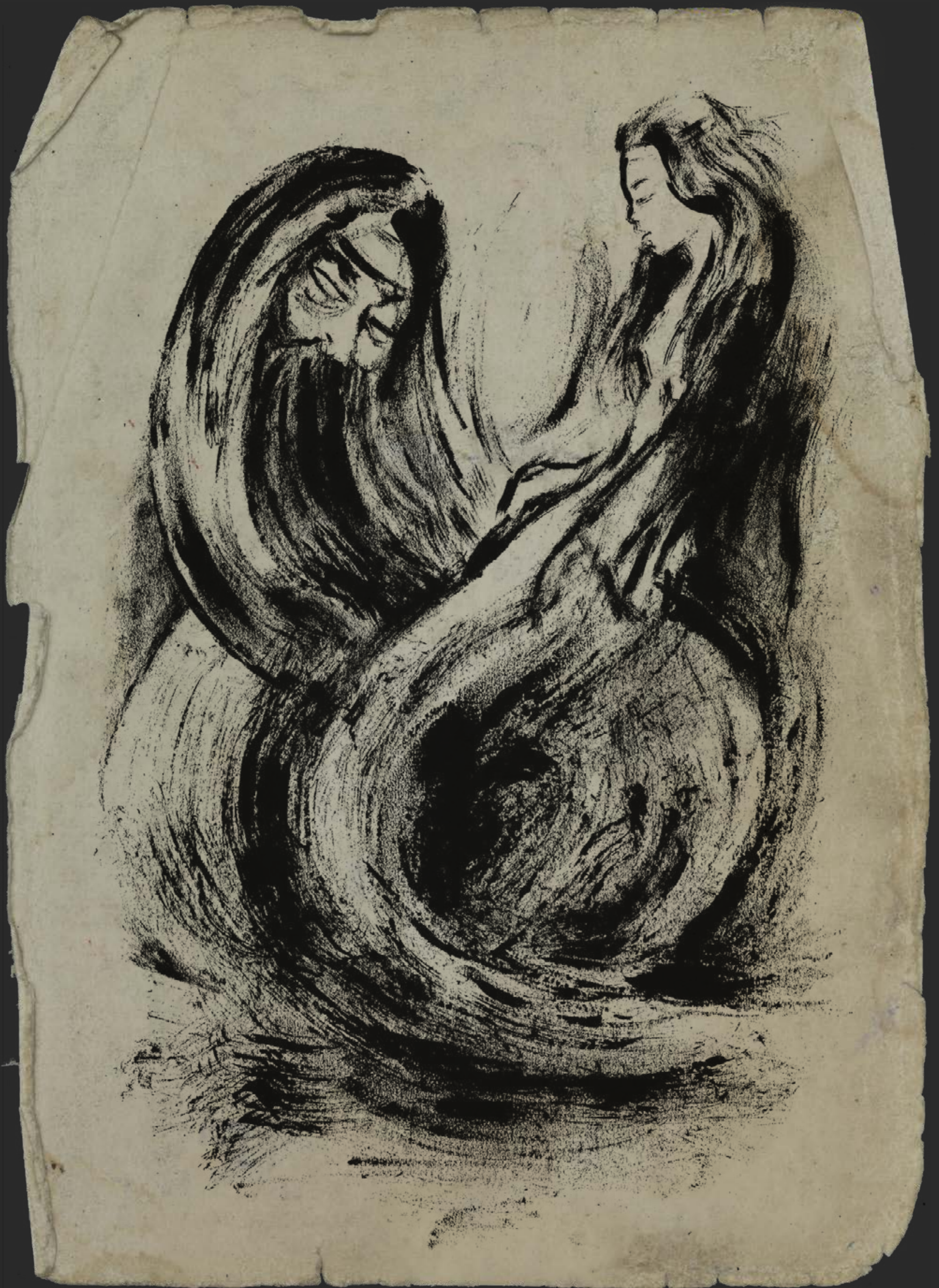
¡Alabada sea Dola! ¡Alaba sea aquella cuyo nacimiento puso fin a la Era de la Miseria y dio inicio a la Era de la Esperanza!

Cruels fueron los días previos al nacimiento de Dola. Los Horrores y los monstruos bajo el control de Jors atacaban los asentamientos humanos, rompiendo la promesa que Veles le había hecho a Mokosh. Veles había perdido el control sobre sus criaturas por completo, y ahora Jors era su rey.

No se podía negociar con Jors, pues haría oídos sordos tanto a amenazas como a súplicas: ningún arma humana podía detenerlo, ni a él ni a sus Horrores. Pero el mayor desastre lo causó Žmij, el Príncipe Serpiente, que rechazó a Veles con gran desprecio.

Todos los pactos se rompieron. Ni siquiera los devotos del fuego y de Svarog estaban a salvo de la furia ciega de los Horrores. De los cielos, llovían flechas que teñían el suelo

de sangre escarlata. Todos se preocupaban solo de los suyos, tratando de salvarlos de la aniquilación. La humanidad, marchita como una flor en descomposición, luchaba por sobrevivir mientras el pie de Jors se cernía sobre ella, a la espera del momento justo para reducirla a polvo.



44. *El sacrificio de Mokosh*

Mokosh estaba desesperada. La imagen de Rod, el hombre, y su propia imagen, la mujer, estaban siendo aniquiladas, y no había nada que pudiera hacer al respecto, pues se encontraba atrapada en el Inframundo.

Veles también sufría, pues los Horrores y Žmij le habían traicionado. Todo lo nacido de la ira y la envidia era salvaje e indomable, y por tanto solo fiel a sus propios deseos. Esa fue la amarga lección que Veles aprendió, y el precio fue innumerables vidas humanas.

Mokosh observó que la fuerza de Veles disminuía, pero no entendía el motivo, pues no sabía que se había arrancado medio corazón. Aunque sentía lástima por Veles y estaba agradecida por todos sus regalos, no lo amaba como había amado a Rod. No obstante, dado que Veles había nacido del deseo de amar, decidió intentar devolverle de nuevo su poder satisfaciendo su lujuria.

Así, yació con él y le entregó su cuerpo, y él bebió de ella como las arenas del desierto beben el agua de una furiosa tormenta.



45. *El nacimiento de una diosa*

¡Mokosh estaba encinta! ¡Había una nueva vida creciendo en el interior de la diosa de la vida, lo que hacía que su poder fuese el doble de fuerte!

¡Era un milagro! Así pues, el futuro es indescifrable, y ni siquiera los dioses son capaces de predecirlo.

Tras cuarenta y nueve días y cuarenta y nueve noches, en el momento que separa la penumbra del amanecer, Mokosh dio a luz a una verdadera hija de dioses: la primera y última diosa en ser concebida por dioses, en lugar de ser creada a partir de todas las cosas.

La diosa se parecía mucho a Mokosh, dotada de su bondad, su aura de misterio y su belleza, pero también heredó la dureza, el poderío y la serenidad de Veles.

¡Así fue como nació Dola, una diosa justa! ¡La Portadora de esperanza, la gobernadora de ambos mundos, la guardiana de la Superficie y del Inframundo! ¡Nuestra señora, Madre de Susurradores y Guardiana del equilibrio!

¡Alabada sea Dola! ¡Alabada sea la hija de dioses!



46. *La guardiana de la armonía*

Dola fue concebida por Mokosh y Veles, y por tanto, rebosaba de amor y sabiduría, empatía y prudencia, creatividad y deseo.

Amaba la naturaleza y todo a lo que su padre había otorgado vida, pero también apreciaba a los humanos, en especial a las mujeres, creadas a imagen y semejanza de su madre.

Observaba el reino de la superficie con envidia y curiosidad y, cuando conseguía escapar de la vista de Veles, escuchaba las historias del pasado que le contaban las almas humanas que vagaban por el Inframundo.

Así descubrió el oscuro pasado de los Horrores y la codicia de la gente. Debido a su entusiasmo juvenil, creía que todo estaba destinado a estar en equilibrio, y que el caos y el desorden podían aplacarse si se respetaban las leyes de la vida y la muerte.



47. *La llamada de la Superficie*

Las manos de Dola emanaban el mismo poder que recorría los dedos de Veles. Lo que antaño él podía hacer por completo, ella podía hacerlo a medias, pues había heredado de su madre la otra mitad de su poder.

Y así, su naturaleza inherente, que era muy similar a la de su madre, la llevó al túnel más lejano del Inframundo. Las raíces de los árboles le acariciaban el cabello, y caía arena sobre sus hombros cada vez que el suelo que tenía encima temblaba con las pisadas de las bestias. Nunca antes había estado tan cerca de la Superficie.

Dola apoyó las manos en el suelo húmedo y negro mientras brotaban palabras de su boca. Se dirigió a la cúpula de la Tierra, al Agua que conecta todo y a las raíces que se entrecruzaban como una red.

El suelo se derrumbó, la humedad se evaporó, las raíces se abrieron y apareció un pasadizo a la Superficie.

Dola salió del Inframundo y miró atrás una sola vez para poder sellar el pasadizo que había abierto. Luego invocó unas

hebras de su poder y con ellas tejió un manto que la ocultaría de la vista de Mokosh y Veles, para que no la molestaran.



48. *Progreso divino*

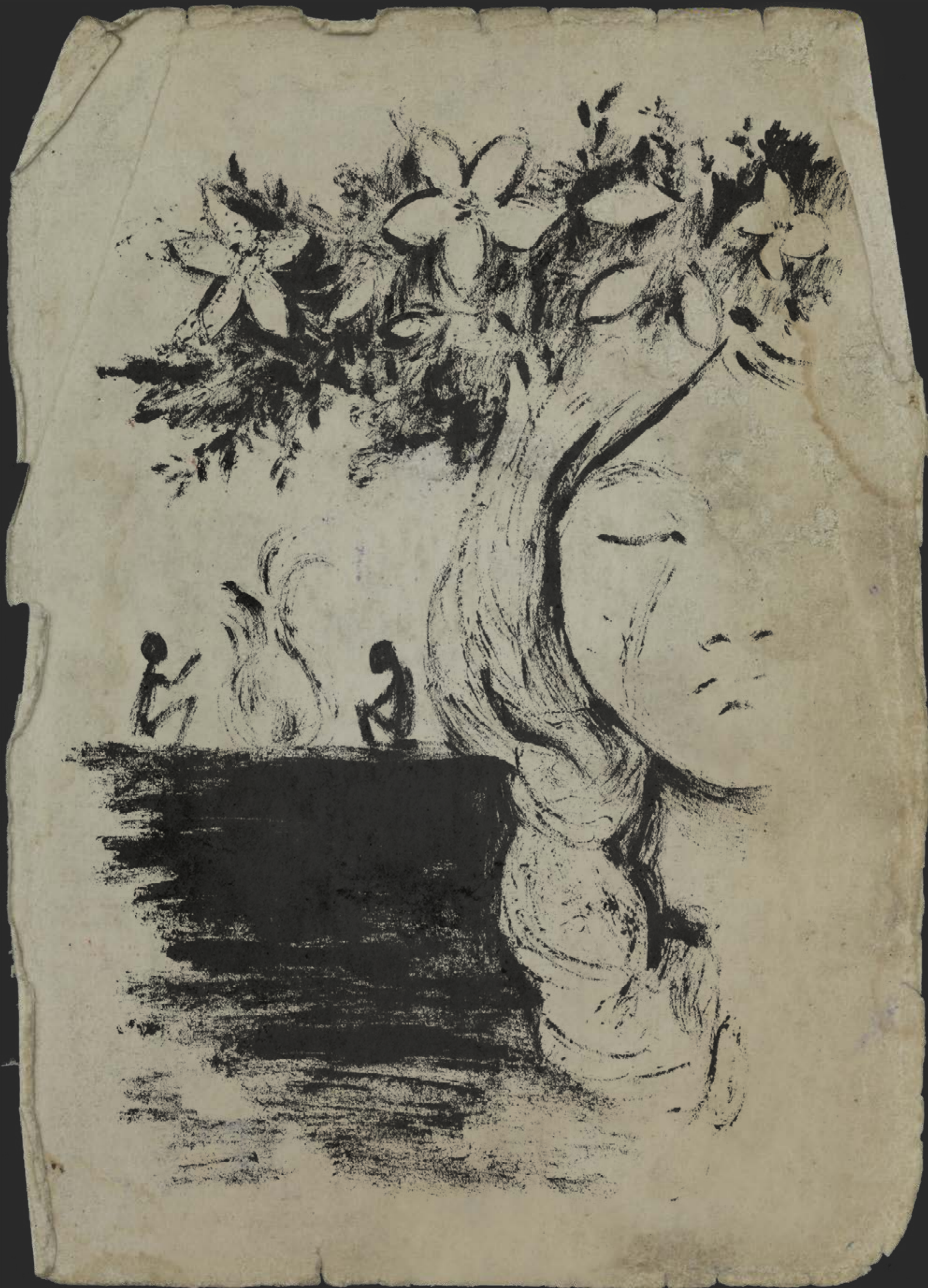
Dola deambuló a lo largo y ancho del mundo, llevando la buena fortuna consigo por donde pasaba.

Hizo muchas cosas e impartió numerosos conocimientos. Hablaba sobre las leyes de la vida y la muerte, prohibía la codicia y exigía respeto para toda creación. Enseñó a la gente a labrar la tierra para obtener cultivos abundantes y que no se marchitaran. También les mostró la forma apropiada de utilizar a las bestias, para que supieran que, además de vestir sus pieles y comer su carne, podían cuidarlas, ordeñarlas y tejer con su lana.

Explicó cómo los bebés crecían en el útero de las mujeres, cómo la fertilidad dependía de ambos sexos y cuán importante era respetarse los unos a los otros y cuidar de la salud de los demás.

Tribus enteras la escuchaban, asintiendo con la cabeza y dejando escapar gritos de entusiasmo. Y cuando se marchaba, caían de rodillas y clavaban las uñas en el suelo, apesadumbrados.

Sin embargo, en cuanto Dola desaparecía, todos los problemas volvían, y las confrontaciones se volvían aún peores debido a la abundancia de riquezas que ella misma les había ayudado a obtener.



49. *Putrefacción*

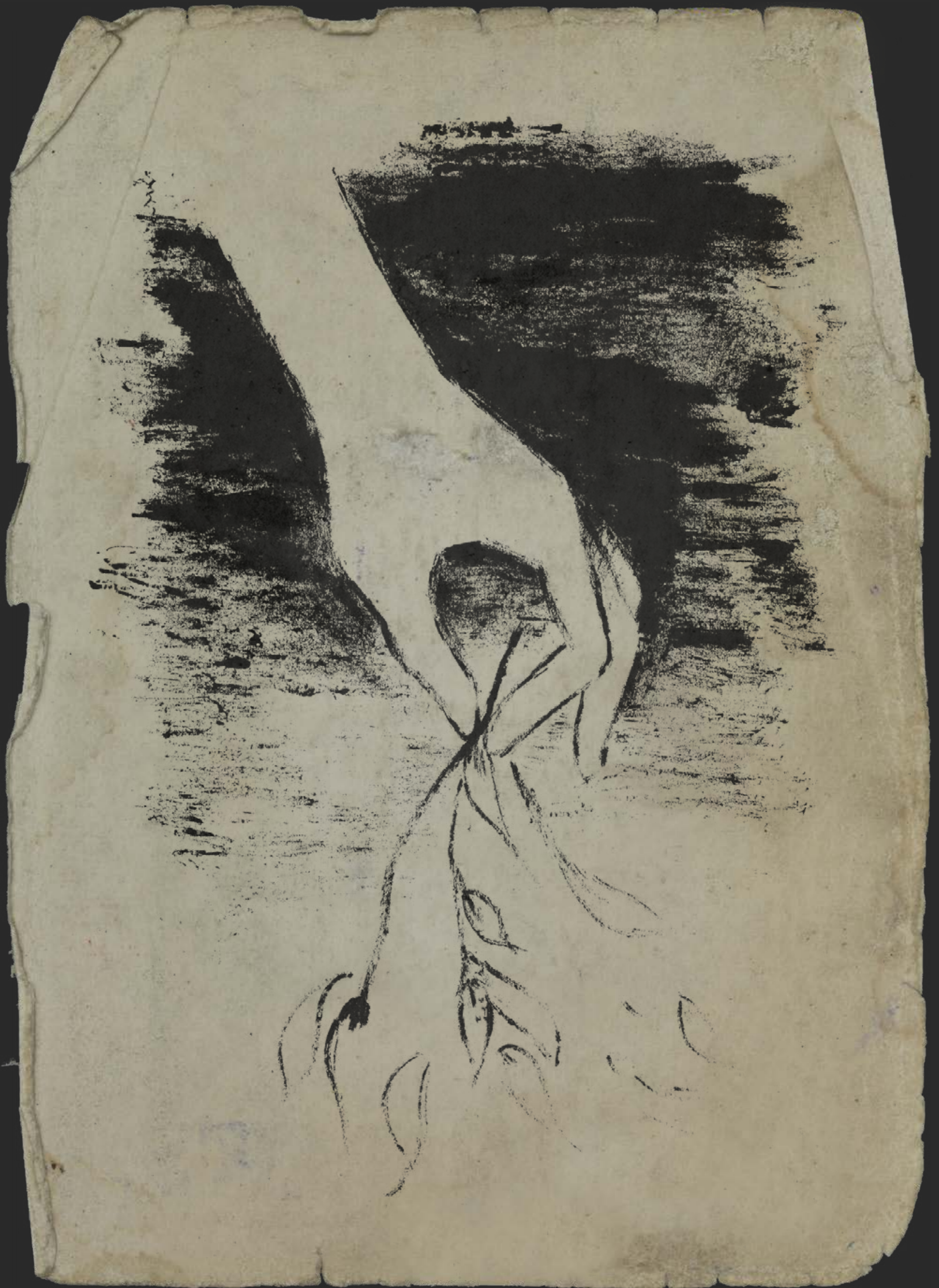
Dola disfrutaba de las historias que contaban los humanos, que le permitían entender cómo percibían el mundo. Pero lo que más deseaba saber era la diferencia entre el bien y el mal, pues era algo que los dioses no entendían, dado que habían nacido antes de que los buenos y malos actos existieran, y los dioses hacían lo que querían sin necesidad de temer a la muerte.

Los humanos, sin embargo, distinguían entre actos nobles y malvados, y los alababan o condenaban, pero ninguno los dejaba indiferentes.

Fue así como descubrió el amor divino, tanto el bueno como el malo, aunque ambos seguían siendo amor. El bueno era el que compartían Mokosh y el dios que desapareció, mientras que el malo era el que el Señor del Inframundo sentía por Mokosh.

Habiendo aprendido acerca del milagroso nacimiento de la humanidad a partir del amor y de la vil lujuria que se valía de tretas para destruir toda felicidad, el corazón de Dola se llenó de vergüenza, furia y pesar.

Pues se dio cuenta de que ella era su pútrido fruto.

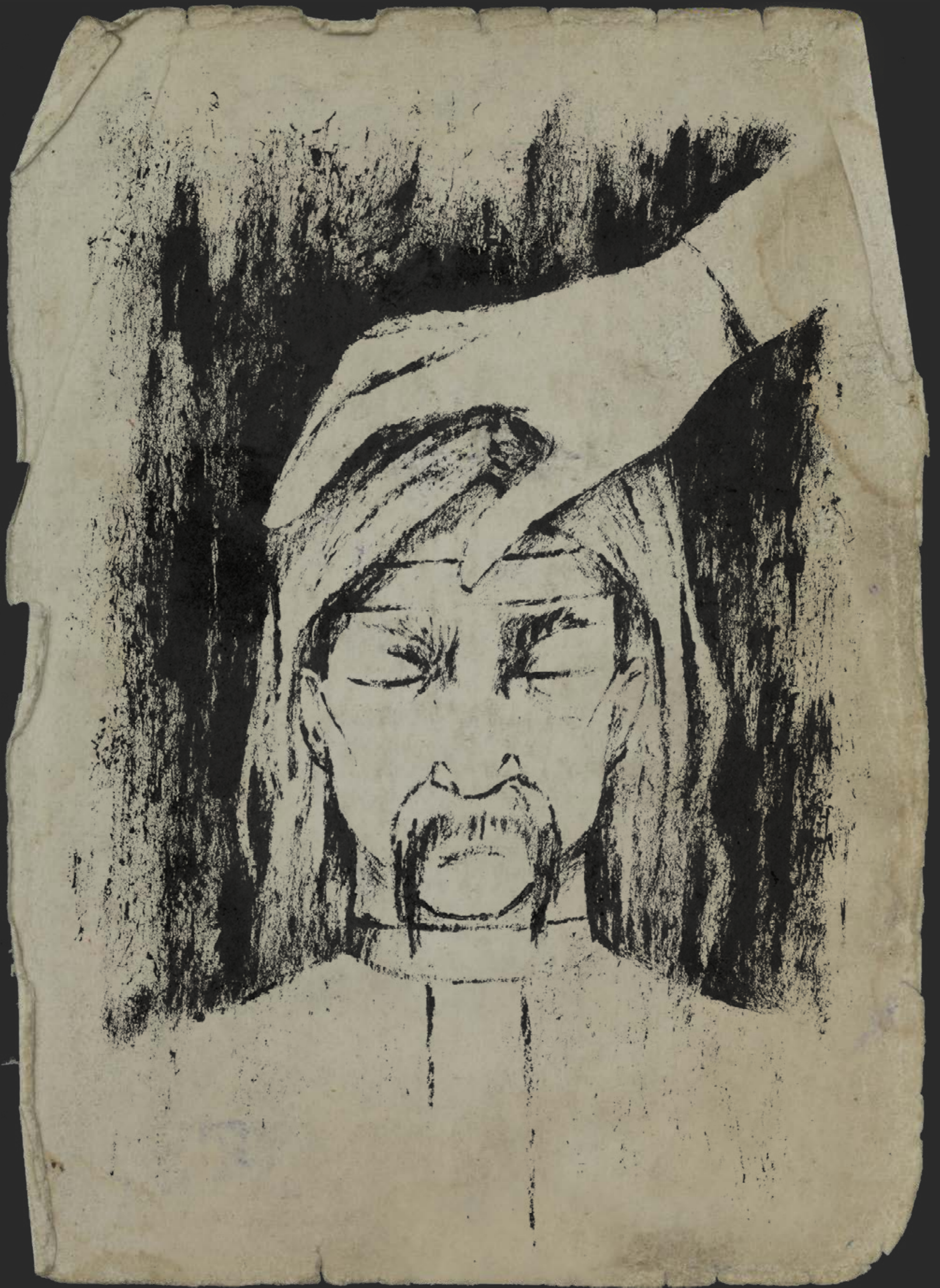


50. *El conflicto de Dola*

Dola amaba a Veles como solo una hija puede amar a su padre. Había admirado su reino desde el Inframundo, suspirado cuando él le hablaba de la creación de bestias y plantas, y fruncido el ceño con él cuando veían cómo los humanos las destruían. Confiaba en él y creía que su trabajo era bello y grandioso, y que sus intenciones no eran más que puras.

No obstante, después de escuchar las historias que los humanos le contaron, empezó a ver sus recuerdos de manera distinta. Las miradas que Veles dirigía a Mokosh, antaño dulces y gentiles, pasaron a ser maliciosas y lujuriosas. Sus disputas con los humanos ya no eran por la naturaleza, sino por conflictos con dioses rivales.

Dola despreció a su padre y sintió lástima por el destino de su madre, así como un extraño anhelo por Rod mezclado con una punzada de culpa. Sentía lástima por todos ellos, y al mismo tiempo ira, porque ellos, los creadores, habían tratado a las creaciones que ella tanto adoraba como meros juguetes y herramientas, y los habían abandonado por completo sin importarles lo más mínimo.



51. *El concilio de los Susurradores*

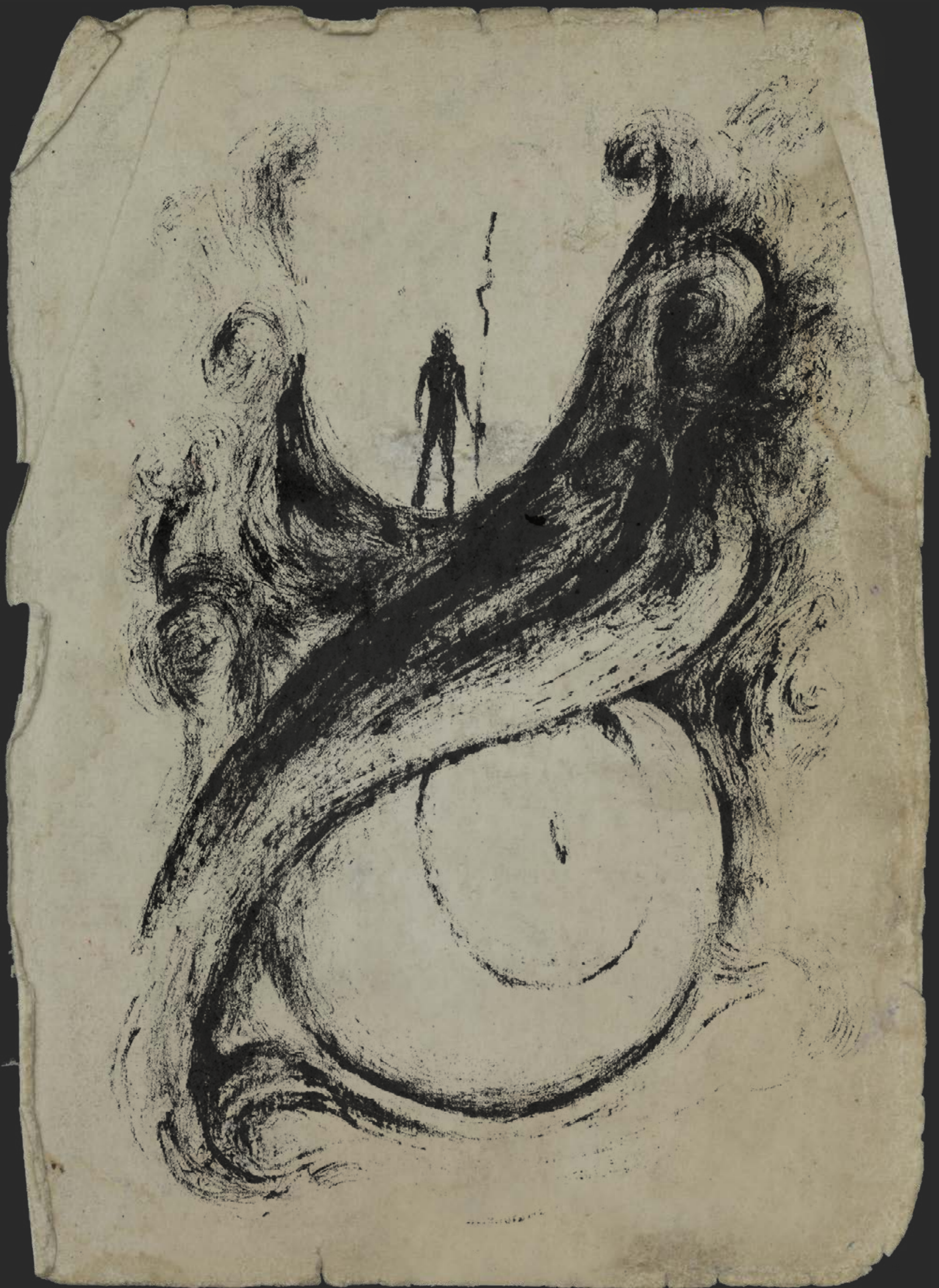
¡Dola es pura y alberga sabiduría y poder! ¡Alabada sea Dola hasta el fin de los tiempos, pues la humanidad no tiene mejor aliado que ella!

Enfurecida por los actos de los dioses, Dola escogió a sus mejores guerreros. Cuando la reconocieron, se arrodillaron a sus pies y le juraron lealtad, y ella les posó las manos en la cabeza. No obstante, la mente de los humanos es inescrutable, por lo que Dola no podía saber quién era digno de sus enseñanzas.

Por tanto, en vez de otorgarles su poder, los conectó a los dioses mediante un hilo maravilloso que se asemejaba a una raíz que se adentra en la tierra para absorber sus jugos. Así, podrían obtener poder de los dioses, y aquellos más devotos en su fe podrían conseguir más aún. Para permitirles utilizar esta bendición, Dola les enseñó la lengua de los dioses pues así podrían moldear su nuevo poder en cualquier forma que desearan.

Y como este poder era enorme, juraron mantenerlo en secreto y siempre murmuraban entre dientes sus hechizos: por eso los llamaban Susurradores.

Nosotros somos sus descendientes, y ellos nos transmitieron
la palabra sagrada de Dola. ¡Alabados sean nuestros ances-
tros!



52. *Estigma divino*

Había Susurradores en todas las tribus, pero acercarse a uno no era sencillo. Algunos vivían reclusos, otros lanzaban miradas siniestras y jamás permitían que se les acercaran, mientras que los demás se mantenían ocultos. Pues nuestros ancestros pronto entendieron que cualquiera que mostrase poder sería acosado por la muchedumbre cual turba de mosquitos, y cada uno de estos intrusos pondría sus intereses por encima de los del resto.

Los Susurradores no servían a los humanos, sino a su señora Dola. No estaban allí para complacer a la gente, sino para mantener el equilibrio del mundo.

Entonces, ¿cómo se podía reconocer a un Susurrador?

Obviamente, no por sus susurros. Sin la bendición de Dola proveniente de ella misma o de otro Susurrador, ningún hombre o mujer podía entender ni repetir los conjuros.

¿Cómo se les reconocía, pues? Buscando marcas. Cuando un Susurrador recibe la bendición, su piel queda marcada con una mancha que parece teñida por un tinte ocre sanguinolento. Esta mancha tiene la forma de unos ojos penetrantes y feroces, un cruce entre ojos humanos y de bestias, lo que representa cómo deberían ser los Susurradores: aliados de nadie.



53. *El relato de Libushka*

Los Susurradores y yo no siempre nos llevamos bien, pues no eran amigos ni enemigos de la gente y sus servicios podían ser traicioneros.

A veces, cuando un hombre moría, su mujer se ahorcaba de un árbol, para que su alma remontara vuelo como pájaro y se uniese a la de su esposo en el camino hacia la divina morada. En ocasiones, las obligaban.

Esto también sucedía en el asentamiento donde nació Libushka. Ella elegía siempre a sus amantes, y un día dio a luz a un hermoso bebé. Como era sano y fuerte, la pareja siguió unida.

Entonces Libushka empezó a tener un vástago tras otro para que siempre hubiera hombres y mujeres que trabajaran y lucharan. Había muchas batallas y su amante solía participar en ellas. Siempre había salido airoso, pero un día su caballo regresó arrastrando su cuerpo sin vida.

Todos estaban devastados por la noticia, en especial Libushka, pues no quería morir y ser presa de las serpientes de Veles.

Así que acudió a una Susurradora que vivía cerca del asentamiento. Le rogó y rogó, del ocaso al amanecer, hasta que aceptó usar su poder.

Y así Libushka se convirtió en Navka, la que llora cada noche con voz temblorosa y advierte a los hombres de la muerte.



54. *El relato de los susurros*

Aunque los Susurradores son poderosos y su función es vital, sus mayores enemigos son el estupor y la falta de atención.

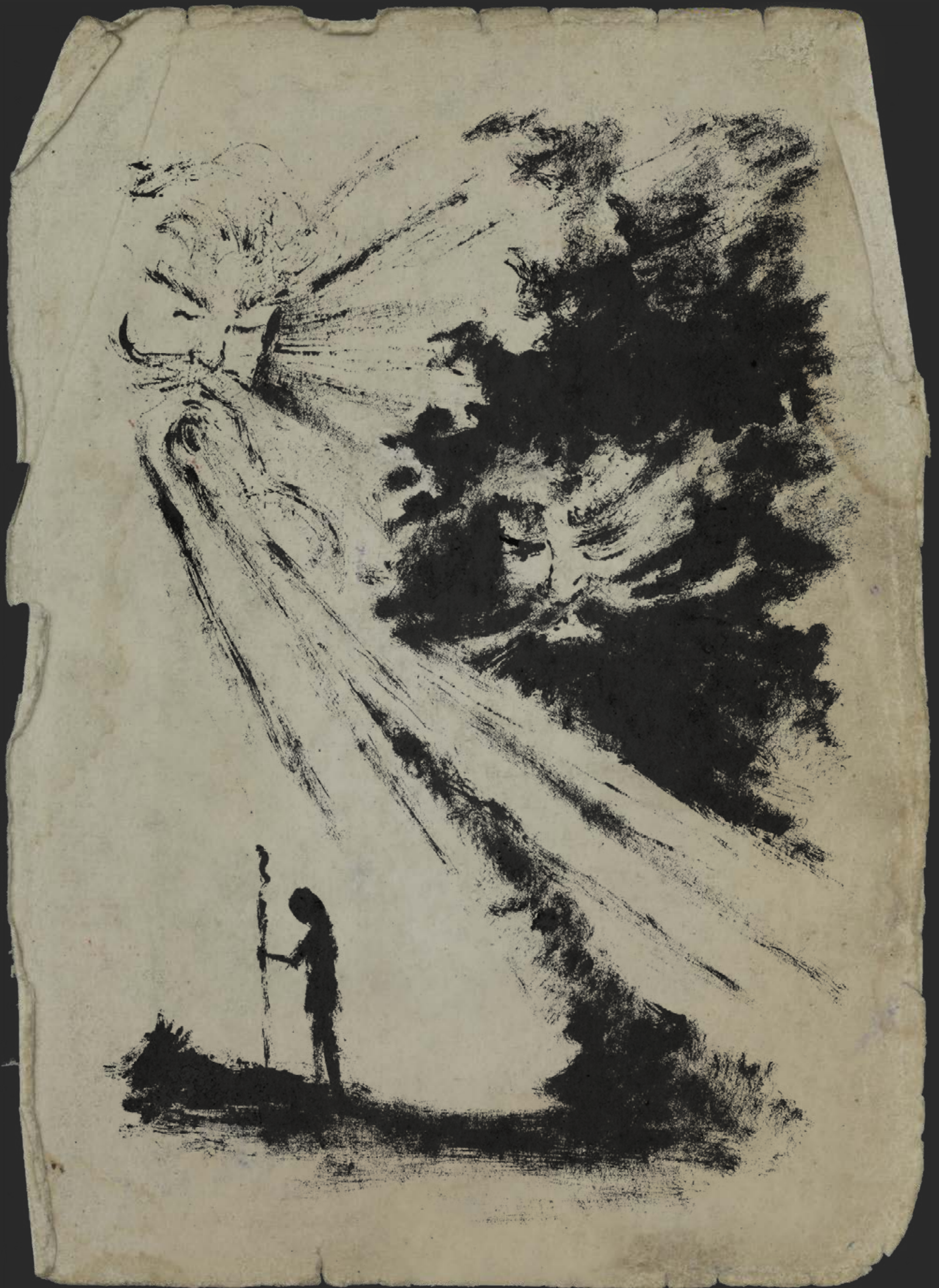
Los asentamientos son variados, y la vida en cada uno viene acompañada de diferentes problemas. Hubo un asentamiento en el que todo el mundo vivía felizmente, y hasta el Susurrador aparecía de vez en cuando, cansado de su vida de ermitaño.

Los niños revoloteaban a su alrededor como moscas y chillaban como cerditos cuando les enseñaba sus trucos.

Los años pasaban en paz, y el Susurrador eligió a uno de los niños como su aprendiz. El niño rebosaba entusiasmo y fe, y deseaba ayudar a todo el mundo.

Esperó al día especial en que el sol brilló en el cielo más tiempo y se puso a gritar los hechizos del Susurrador, pidiendo a los dioses que librasen al mundo de los Horrores. Siguió gritando hasta que uno de los Horrores lo oyó, fue a buscarlo y lo devoró, junto al Susurrador y a toda la aldea.

Pues somos solo nosotros, los Susurradores, los que podemos pronunciar los conjuros. Los plebeyos deberían conformarse con plegarias corrientes.

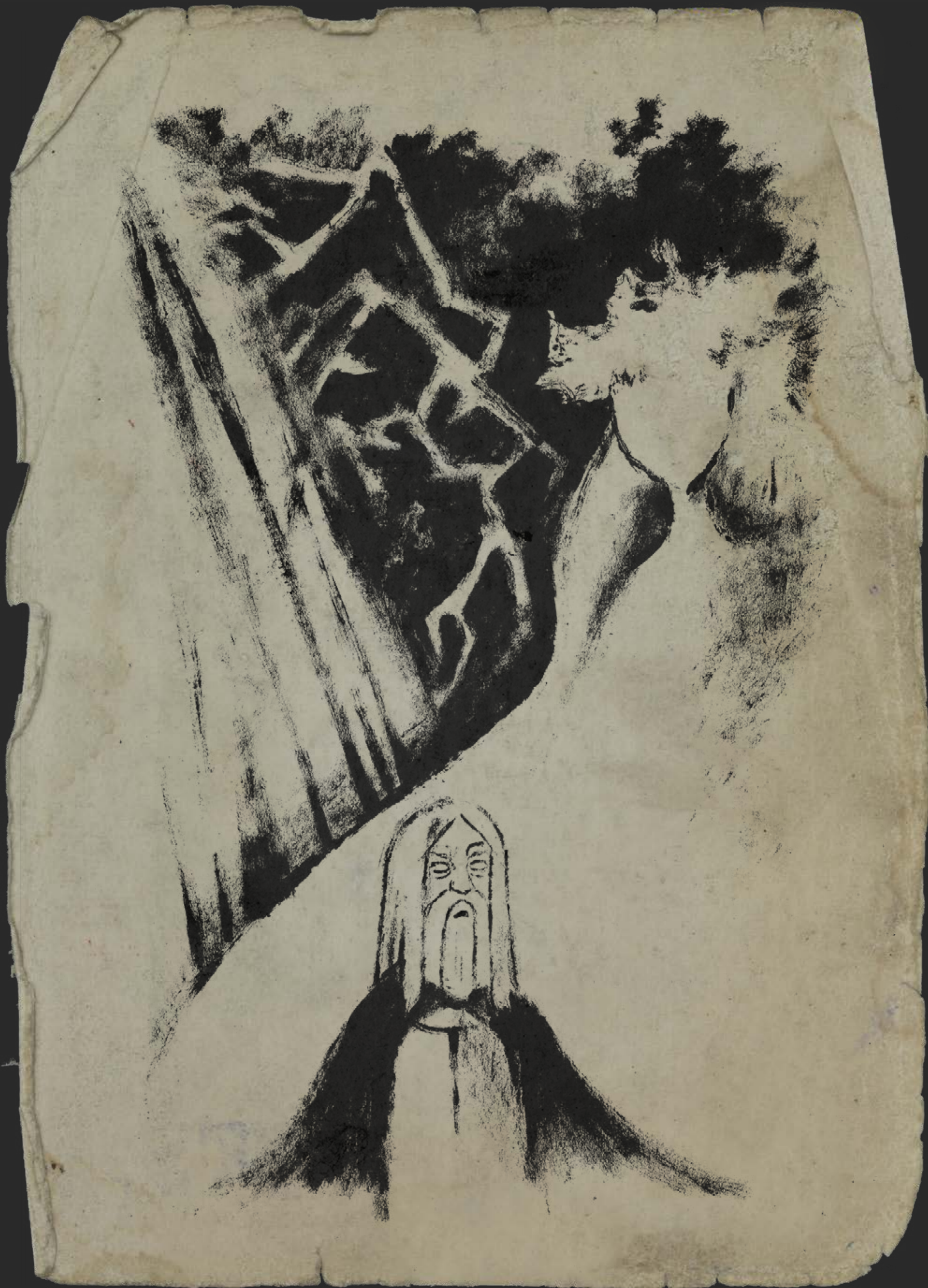


55. *Encantamientos*

Gloriosos son los actos de los dioses, e inconcebibles sus regalos. Para ellos, la plegaria más sonora de un humano es como el murmullo de un arroyo, mientras que los conjuros secretos de los Susurradores retumban en sus oídos como truenos.

¡Grande fue la sorpresa cuando Dazbog y Perún escucharon por primera vez un conjuro! Y aunque se taparan los oídos con las manos, aunque intentasen escapar o ahogar las plegarias con sus propios gritos, el sonido de los conjuros no cesaba.

Los dioses estaban airados, pues no les importaba el destino de los humanos ni sus súplicas. Tan solo deseaban encontrar la entrada al Inframundo, capturar a Veles y liberar a Mokosh para hacer feliz a Rod. No podían confiar en los hombres y mujeres, cuyo destino era ayudar en esta tarea, porque aunque plagaban el mundo como langostas, su curiosidad y su coraje ya no valían nada. Si bien los dioses disfrutaban de las plegarias de los humanos, que eran dulces como el néctar y les otorgaban poder, estos conjuros les resultaban molestos, ya que drenaban su energía como tábanos bebiendo sangre milagrosa para saciar su sed.



56. *Confrontación*

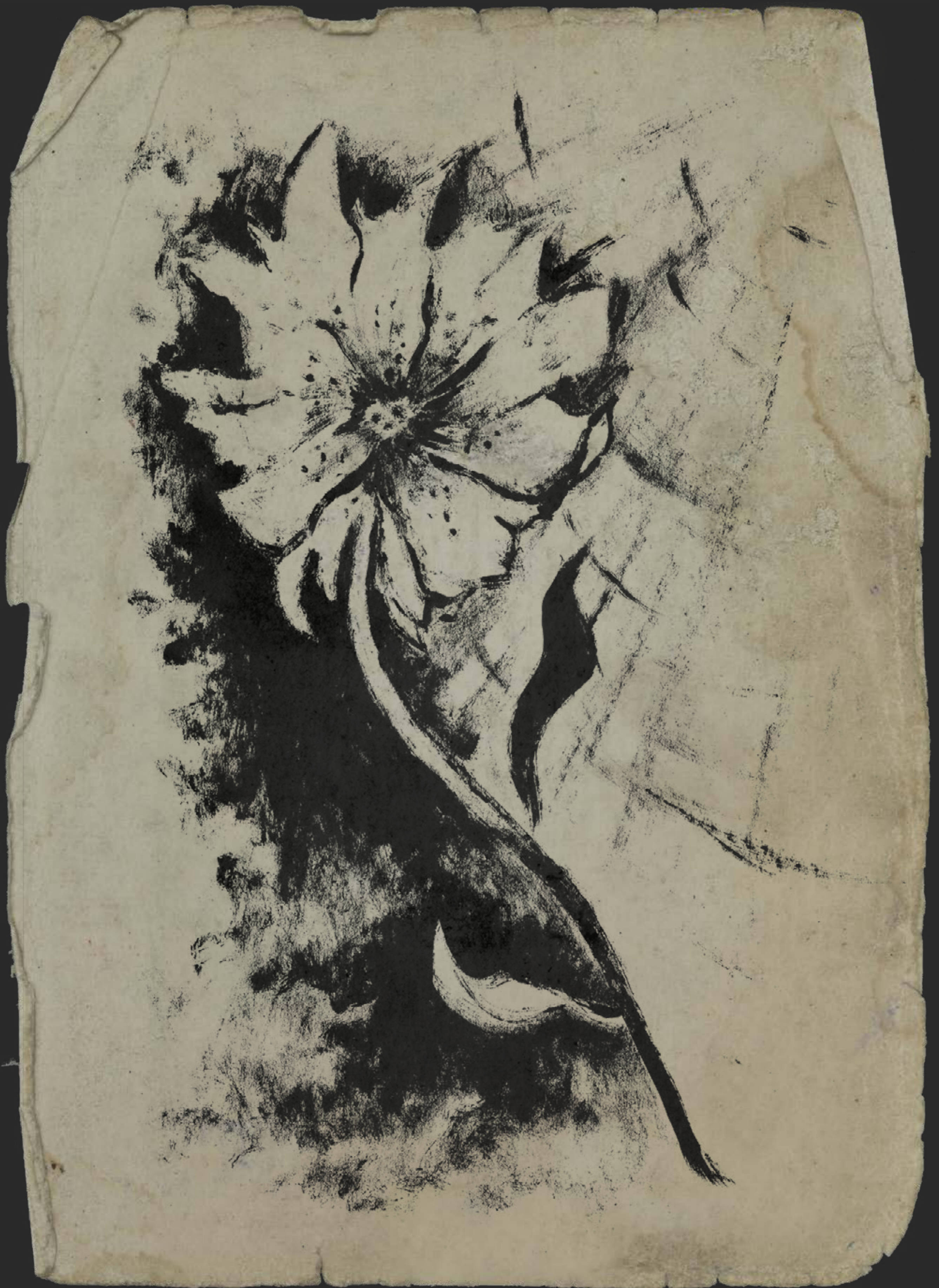
Perún y Dazbog se enfadaron con la impertinencia de los humanos. ¿Quién osaba molestar a los dioses? ¿Quién tenía el coraje de robarles su poder? ¡La humanidad estaba desenfrenada y merecía ser castigada!

Por tanto, los dioses descendieron a la Superficie, ahora pisoteada y devastada por pies humanos, y se plantaron delante del blasfemo, en cuyos labios bailaban los susurros prohibidos. Pero el resplandor de Dazbog no le cegó, y el rostro severo de Perún no le preocupó. El Susurrador miró directamente a la cara a los dioses con ojos despiadados y brutales, pensativos y ardientes. ¡Grandioso fue el valor del primero de los nuestros!

Cuando los dioses se prepararon para asestar el golpe de gracia y librarse de aquel parásito, una mujer se interpuso entre ellos. Ciegos por su pasión, la tomaron por una mortal y la azotaron con todo su poder, sin un ápice de piedad. Pero ella no vaciló ni retrocedió, y ni una fracción del poder de los dioses alcanzó al Susurrador.

Entonces reconocieron los rasgos mencionados por Rod, comprendieron que se trataba de la hija de Mokosh, que

caminaba por la superficie, y se sintieron tan avergonzados por su violencia que se arrodillaron ante ella.



57. *Desconfianza*

Ni Dazbog ni Perún habían visto nunca a Mokosh, pero conocían los relatos de añoranza de Rod y la figura de la mujer, que había creado en nombre de Mokosh, tan bella como ella. Sin embargo, había algo más en Dola, una característica que no lograban reconocer: pura como la roca y oscura como las tinieblas, distinta de Rod y del humano.

Por eso, los dioses asumieron que también debía ser hija de Veles, y se mostraron reacios a confiar en ella. Cuando le preguntaron dónde estaba su madre y cómo llegar al Inframundo, Dola entendió que no les importaba el destino del mundo y que solo se preocupaban por seguir las órdenes de Rod. Así que les dijo que si la ayudaban a llevar a cabo sus planes, a cambio les indicaría la entrada al reino de Veles.

Y como era inmune a sus poderes y no podían forzarla, le dieron su palabra y prometieron ayudar a los Susurradores.



58. *Los regalos de Dazbog*

Dazbog fue el primero en cumplir su promesa. Dado que había ofrecido una parte de su corazón a los humanos en el pasado, y ellos la habían convertido en una falsa deidad, necesitaba redimirse de su gran error.

Así pues, primero cortó un mechón de su pelo divino para fabricar una cuerda, y le otorgó aquel poderoso obsequio a Dola.

En segundo lugar, cortó un pedazo de la piel de su brazo, que entregó a Dola para usarlo como armadura mágica.

En tercer lugar, se arrancó el dedo meñique como quien rompe una ramita de un árbol y se lo dio a Dola para que lo utilizase como un poderoso báculo.

En cuarto lugar, tomó uno de sus párpados y lo arrancó cual pétalo de rosa, para que Dola lo usara como capucha para ocultarse de todas las miradas.

En quinto lugar, Dazbog... [el texto se vuelve ininteligible]



59. *Los regalos de Perún*

Cuando vio los increíbles regalos de Dazbog, Perún sintió su orgullo herido, pues no podía tolerar que nadie le superase en nada.

Tomó una nube negra que le seguía a todas partes, le dio forma de tela de araña y la guardó dentro de una bellota que entregó a Dola como un poderoso talismán.

A continuación, se arrancó una costilla inferior, brillante y elástica, la dobló y le ató un tendón de su propio brazo para formar un arco que colocó en las manos de Dola.

Aun así, Dola no estaba muy impresionada con sus regalos, y eso encendió más el orgullo de Perún. Así que alzó su mirada al cielo, donde se estaba formando una tormenta, empuñó un rayo con sus manos desnudas y lo endureció con su puño divino, forjando una espada retorcida con marcas ondulantes doradas y plateadas.

Ni siquiera eso impresionó a Dola, y él, rebosante de furia, se arrancó su propio antebrazo y lo convirtió en un garrote con el poder de pulverizar barreras y grilletes.

Dola se quedó sin palabras ante la bravura de semejante acto.



60. *Acerca de los artefactos*

Las antiguas leyendas mencionan objetos de gran poder llamados "artefactos", supuestamente de origen divino. Multitud de poderosos jefes partían en expediciones desgraciadas, seducidos por los relatos que contaban las nodrizas y las palabras pronunciadas hace mucho tiempo por sabios tan viejos como las estrellas. ¿Cuántos de estos artefactos se habían descubierto? ¿Cuántos examinado? Las páginas que contenían estos antiguos mitos no brindaban información acerca de cómo eran estos artefactos ni cuántos había; solo se limitaban a ofrecer referencias a aburridos símbolos fantasiosos. Por tanto, perseguir leyendas de antiguos relatos, por emocionante que pudiera parecer, era una aventura infructuosa.

Como Maestro de la gran fortaleza, he visto muchos supuestos artefactos, pero en ninguno de ellos he encontrado vestigios de propiedades milagrosas. Atribuyo todos los relatos de monstruos y maldiciones que he escuchado a los vapores tóxicos de los pantanos y a las mentes nubladas por el alcohol.

Aun así, como es mi deber, pretendo investigar las leyendas registradas en este tomo y llenar todos los vacíos que pueda con lo que he escuchado en mis largos y numerosos viajes.



61. *Acercas de Dola*

A pesar de sus creencias primitivas, las tribus antiguas de antes de la Gran Maldición crearon una imagen fascinante de Dola: apesadumbrada ante la dualidad de la humanidad. Es una sorprendente chispa de reflexión que muestra que entendían cómo las brutales contiendas causadas por hostilidades sin sentido habían tenido un impacto destructivo en el entorno.

Los mitos hablan de una deidad que desarrolló un gran afecto por la gente, pero luego vio que muchos deseaban el poder, perdían sus principios morales y transgredían las leyes eternas, especialmente en grupos grandes y primitivos.

¿Podría ser una señal de que estos grupos primitivos, estos bárbaros, están en camino a la misma iluminación que caracteriza a nuestra civilización? ¿Les da esto derechos plenos y vuelve injusta la conquista de sus tierras?

Por muy esperanzador que pueda ser ese razonamiento, la triste realidad es que los bárbaros no abandonaron sus métodos primitivos y, por desgracia, parece que nunca serán capaces de hacerlo.



62. *La Gran Maldición*

De acuerdo con las antiguas leyendas, Dola no confiaba ni en las deidades ni en la gente. Se creía que la Hija Divina había sellado los artefactos para protegerlos de la codicia de los humanos y la astucia de los dioses, pues podrían dotarlos de efectos no deseados. Dola infundió todo su poder en estos sellos, y así renunció a la posibilidad de abrir las puertas del Inframundo para liberar a Mokosh, pero se dice que nunca se arrepintió de este sacrificio.

Era a la vez una bendición y una desgracia, pues quien rompiera su juramento a Dola caería víctima de una terrible maldición.

Así pues, Dola entregó los artefactos a los Susurradores para que los dividieran equitativamente entre ellos, pero había más Susurradores que regalos divinos, y el mundo estaba cada vez más infestado de monstruos y Horrores. Por tanto, los Susurradores tuvieron que decidir quiénes de ellos se quedarían los artefactos, qué asentamientos merecían ser salvados y cuáles serían abandonados como alimento para las temibles bestias.

Finalmente, acordaron que todos cuidarían de los artefactos,
y que ante los rumores de un horror, correrían al rescate con
sus dones divinos.

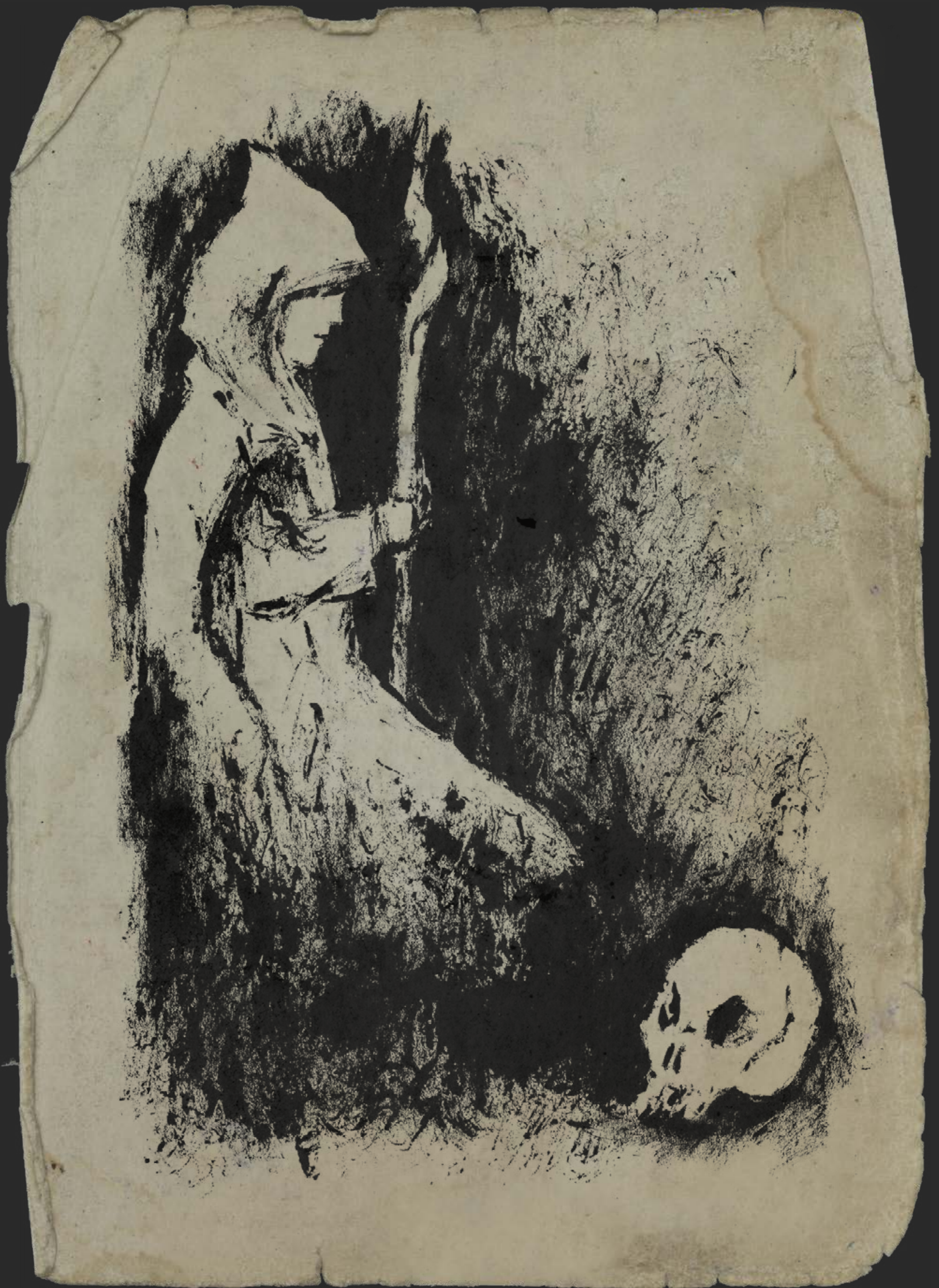


63. *Sobre la fama de los Susurradores*

Si bien es difícil determinar cómo surgieron las leyendas sobre los artefactos y los Susurradores, algo tuvo que ocurrir, pues está claro que hubo un período de la historia antigua durante el cual las cosas se estabilizaron. Fueran lo que fueran los Horrores mencionados en los mitos (desastres naturales, bestias salvajes o jefes de grandes tribus ya olvidadas), en un momento cesaron sus ataques.

Las antiguas leyendas atribuyen esto a los Susurradores, que recorrieron todo el mundo llevando los artefactos que Dola les había entregado a cambio de la promesa de que nunca harían nada que alterara el equilibrio del mundo.

Todos los Susurradores fueron venerados y glorificados en canciones. Algunas de ellas siguen pudiéndose oír a día de hoy, aunque ciertos eventos extraños han hecho que sus letras cambien.



64. *Pruebas de poder divino*

Los viajes de los Susurradores a lo largo del mundo estuvieron plagados de obstáculos. Combatieron a los Horrores y a todas aquellas plagas que no podían escapar de los ojos vigilantes de Veles o de la atención de los beligerantes seguidores de Svarog.

Pronto, los severos dioses y los no menos severos humanos empezaron a sentir celos de la fama de los Susurradores y sus poderosos artefactos, tan escasos como estrellas rojas en los cielos argénteos. Aun así, cualquiera que intentase emboscar a un Susurrador y causarle daño sucumbiría ante un golpe invisible o una enfermedad repentina. Dicen que antes de atacar, los Susurradores (como su propio nombre indica) susurraban conjuros velados. ¿Podría ser este susurro el sonido de los vapores de pociones tóxicas? ¿Quizá el zumbido de un nuevo tipo de honda? ¿Qué era esta arma que silbaba cortando el aire y propiciaba una muerte segura? Y si era tan poderosa y legendaria, ¿por qué nunca fue robada, y por qué no queda ningún rastro de ella?

¿Podían los Susurradores realmente usar poderes divinos?
Estas son las preguntas que se hacen los eruditos y maestros
de la gran fortaleza mientras estudian los fragmentos de
estas antiguas escrituras.



65. *La caída de Veles*

Según el mito, cuando al fin Veles descubrió los conjuros de los Susurradores, sufrió aún más que con los relatos de los artefactos empleados contra sus Horrores. Al fin y al cabo, la humanidad había recibido los artefactos de dioses que eran crueles con él, así que no le sorprendió. Además, los usaban contra los Horrores que le desobedecían y atacaban asentamientos humanos, violando el juramento que le había hecho a Mokosh, por lo que no mostró ningún enfado ni se opuso a ello.

Pero los susurros eran un tema distinto. Un día, Veles adoptó la forma de un oso para infiltrarse en la superficie y pasar inadvertido. Allí, escuchó a los Susurradores, y reconoció en sus hechizos los cánticos que antaño había enseñado a su hija, Dola. Su propia descendencia lo había traicionado en favor de los humanos insolentes.

Lo que quedaba de su corazón se hizo pedazos, al igual que su espíritu.



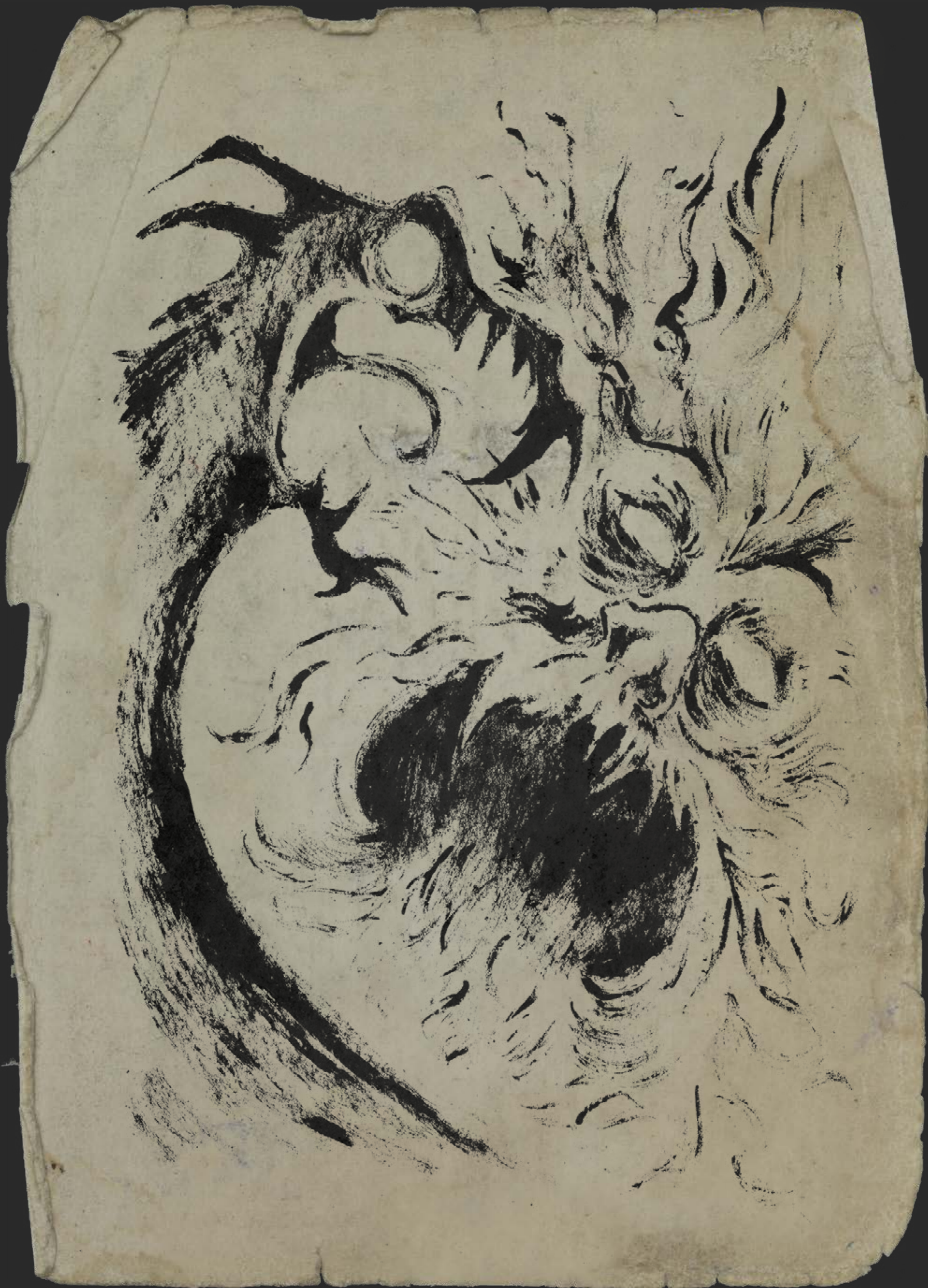
66. *El día del juicio final*

Veles perdonó a su hija porque la amaba profundamente y sabía que había elegido su camino de acuerdo con lo que consideraba justo. Aun así, desconfiaba de la humanidad. La detestaba y despreciaba, porque la había visto privada de sus cuerpos milagrosos cuando se presentaban ante él como almas: viles, retorcidas y debatiéndose entre la ingenuidad y el odio.

Y así, Veles decidió que el momento del día del juicio final había llegado, pero como su fuerza le había abandonado, necesitaba a alguien que hiciera su trabajo. No obstante, Jors anhelaba el miedo de los humanos tanto como el aire, y Svarog no podía resplandecer sin sus seguidores.

Así que Veles se dirigió a la más orgullosa de sus creaciones, Žmij, el Príncipe Serpiente y General de los Horrores, y fue recibido a carcajadas por su apariencia encorvada y afligida.

Pero Veles era astuto y conocía su propio corazón, parte del cual había entregado a Žmij. Así que cuando habló, Žmij escuchó, reflexionó y aceptó el pacto secreto.



67. *Inquietud*

Žmij abandonó a Jors y el manto de la noche, ¡y a la luz del día su aspecto era una visión espeluznante! Sus piernas eran pilares de piedra, su cuerpo roca firme y su boca una cueva sin fondo. Todo el que lo veía se desplomaba muerto y se separaba de su alma, que Žmij capturaba entre sus mandíbulas.

El Príncipe Serpiente se dirigió a Svarog, y el dios tembló porque carecía del poder necesario para derrotarlo. Sabía que Žmij ya no obedecía a Veles, y que ningún pacto podría salvarlo de su gula, pues el rey implacable, Jors, solo se preocupaba por las bestias de la noche que se postraban ante él.

Pero el propio Žmij le ofreció un pacto. Svarog pronto se dio cuenta de que tenía que haber algo que el príncipe temiese o necesitase, y que no esperaba recibir ayuda de Jors o no deseaba confiarle sus temores.

Incluso si Svarog hubiera sospechado que había una trampa, era imposible que la descubriera, pues Veles y Žmij eran muy astutos.



68. *La caída del primer Susurrador*

Y así, Svarog y Žmij acudieron a un Susurrador, y mientras caminaban codo con codo —el fuego y la roca viva— las criaturas temblaron y gimieron aterrorizadas. Solo el sirviente de Dola osó mirarlos a la cara, interponiéndose en su camino con un susurro en sus labios y un artefacto divino en sus manos.

Pero los hechizos no podían herir a Žmij, pues los susurros de Dola no tenían efecto sobre el corazón de Veles ni la sangre de Mokosh. Y como Žmij no molestaba a la gente ni amenazaba el equilibrio del mundo, el Susurrador no se atrevió a usar el artefacto contra él. Si lo hacía, rompería el juramento de Dola.

Por tanto, Žmij le arrebató el artefacto de las manos, se lo tragó y habló en la lengua humana:

“Soy la creación de Veles y Mokosh, primero entre los Horrores y príncipe de este mundo. Sucumbe a mis pies y perece, o sígueme y vivirás”.

El Susurrador aceptó esta verdad y se unió a su nuevo amo.



69. *Traición*

Svarog y Žmij viajaron de una aldea a otra, seguidos por un séquito de Susurradores infieles, reconvertidos y ataviados con máscaras monstruosas. La infame procesión quemaba casas y devoraba almas, buscando a los siervos de Dola por el camino. Cuando encontraban a uno, seguían el mismo proceso.

Sus promesas de poder, grandeza y control sobre la muerte eran magníficas.

Sus amenazas de matanzas, almas devoradas y esclavitud eterna eran terroríficas en igual medida.

Mientras que muchos temían el peligro, muchos otros sucumbieron a los relatos de Žmij, y así fue como los Susurradores fueron cayendo: unos presa de la codicia y el ansia de poder, otros para salvar sus asentamientos. Bajo la servidumbre de su nuevo amo, sus susurros se convirtieron en siseos parecidos a los de una serpiente.

Algunos tuvieron la valentía y el honor para oponerse al Príncipe Serpiente, pero fueron reducidos a cenizas, junto a todos los que habitaban sus asentamientos.



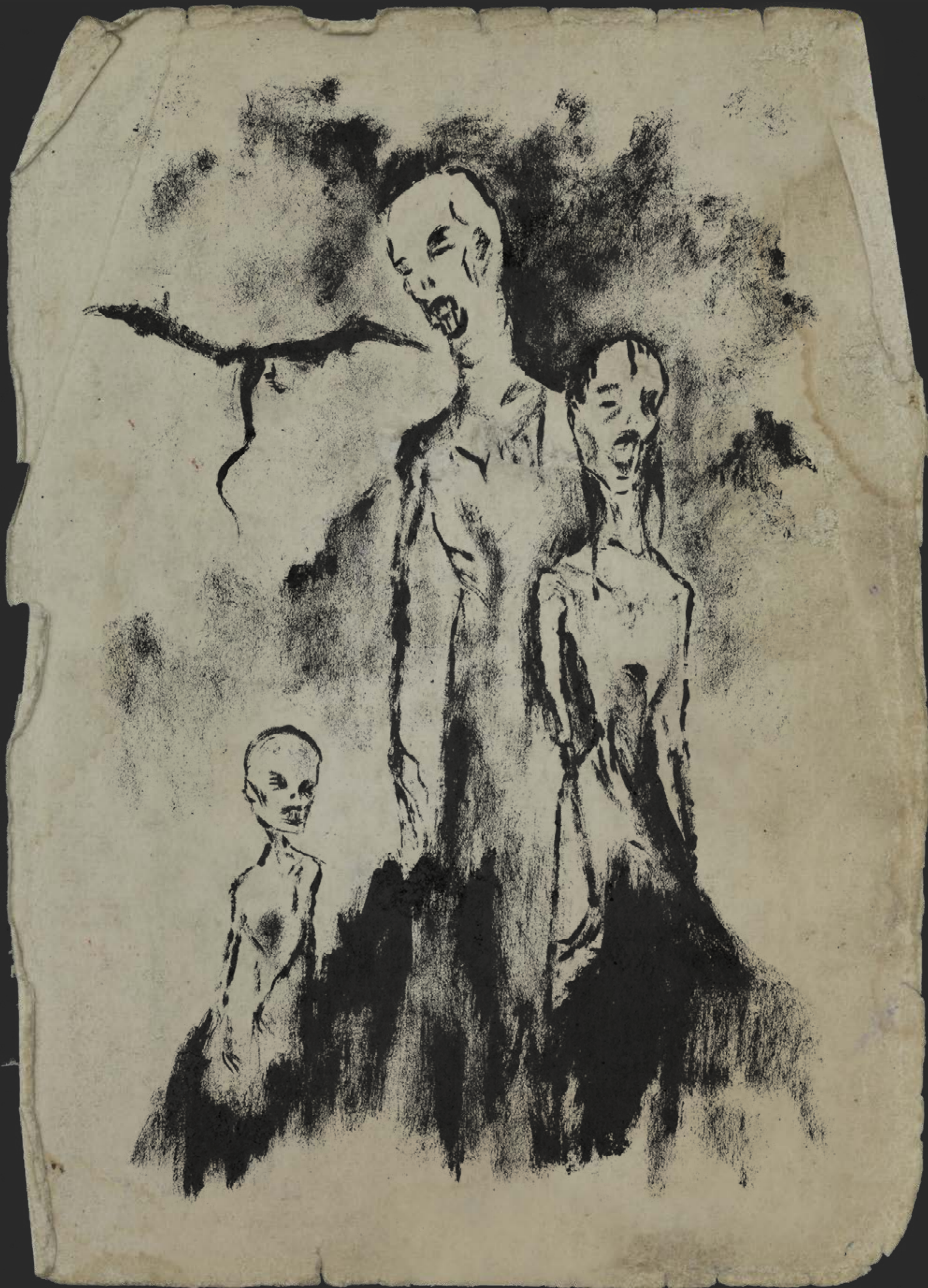
70. *Miseria*

Después de tragarse el artefacto, Žmij sintió una oleada de poder repentina, pero también algo que lo corroía por dentro. Cuando lo escupió en secreto, vio que estaba hecho a partir de un cuerpo divino y diseñado como arma contra los Horrores de Veles. Entonces quiso hacerse con todos los artefactos, y ordenó a su grupo que continuara.

Uno de los Susurradores traidores, más astuto que el resto, se separó de la comitiva y se dirigió a unos asentamientos cercanos haciéndose pasar por un mensajero aliado. Cuando encontró a un portador de artefacto, le pidió ver la reliquia, pero fue rechazado. Sin embargo, cuando el guardián del artefacto vio que Žmij se acercaba, se lo entregó al traidor.

Cuando el traidor obtuvo la reliquia, un arco maravilloso, lo apuntó a la comitiva, disparó a todo aquel que alguna vez le había perjudicado y perdonó a sus aliados. Cuando el asustado guardián vio que Žmij devoraba sus almas y su poder crecía, quiso recuperar el arco, pero el traidor le disparó también.

Entonces, la sangre del hombre justo salpicó al artefacto y rompió su sello, y los ojos de todo aquel que se encontraba cerca quedaron cubiertos con un sombrío manto de muerte eterna.



71. *Los brazos de la muerte*

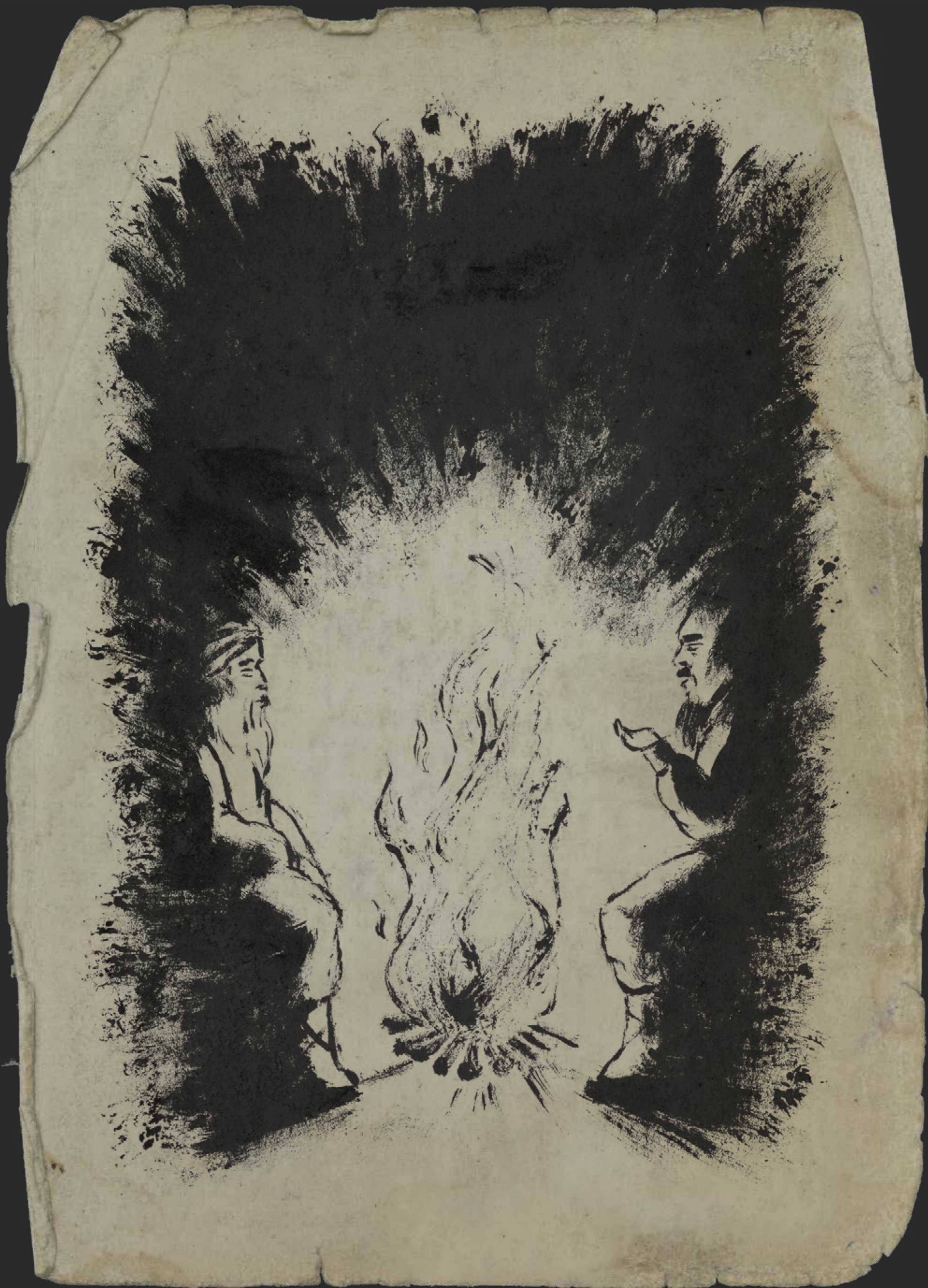
Fue un día espantoso, parecía que el sol se había marchado y era absoluta la noche. Un velo cubrió los ojos de la gente, les nubló la mente y anudó la lengua.

Todos perecieron en el asentamiento del Susurrador, pero a la vez seguían con vida. ¡Terrible fue el castigo por romper el juramento a Dola! ¡Un precio indescriptible por haber comprometido el equilibrio del mundo!

Dicen que Dola es justa y ama a la humanidad, pero no más que a la creación de su padre Veles, con sus bestias y plantas. Para protegerla, no dudaría en sacrificar las vidas de hombres y mujeres codiciosos.

Todos en el asentamiento cayeron presa de la Gran Maldición. Sus cuerpos murieron, pero sus almas quedaron atrapadas dentro y por eso agitaban los brazos frenéticamente. Como polillas frente al fuego, rodearon el artefacto, aún en manos del Susurrador, y se arrastraron por el suelo consumidos por el terrible poder.

Al ver esto, Svarog y Žmij retrocedieron asombrados por el poder del artefacto, pues temían que la maldición los alcanzara también. Tras perder varios Susurradores, el Príncipe Serpiente vio el verdadero poder de la maldición. Los dos se marcharon y dejaron la tribu maldita a merced de la eternidad.



72. *Reflexiones*

Los mensajeros transmitieron las nuevas rápidamente a los demás asentamientos. Pronto, todo el mundo supo sobre la tribu maldita y la fama de los Susurradores se desvaneció como una hoja arrastrada por el viento.

La gente empezó a hacerse preguntas y a interpelar a sus líderes: ¿por qué deberían pagar con sus almas los errores de un Susurrador? ¿Cuál sería su destino cuando la sombra de Žmij se cerniese sobre ellos y las llamas de Svarog calcinasen sus pies? ¿Deberían rendirse y morir atormentados o sucumbir a la maldición y transformarse en atrocidades carentes de juicio?

¿Y si los Susurradores usaran este miedo para hacerse con el poder? ¿Y si les hicieran jurar lealtad bajo la amenaza de utilizar los artefactos? ¿Y si los Susurradores no albergasen más que necesidad, insolencia y ansia de poder? ¿O si carecieran de valentía, perseverancia y astucia? ¿Cómo saber si el mundo estaba en equilibrio, como Dola deseaba, o si la balanza estaba inclinada hacia un lado?



73. *Exilio*

Llegó el día de la gran decisión, cuya magnitud revela la inusual existencia de un registro escrito de la discusión entre los jefes. La parte más relevante dice lo siguiente:

“Temor, incertidumbre y dos terribles opciones: dejar que los Susurradores se queden y arriesgarnos a sufrir la ira de la maldición, u obligarlos a irse y perder su protección contra los Horrores. No importa qué camino tomemos, la muerte nos espera con los brazos abiertos”.

Sin embargo, en ese entonces se creía que las almas iban con los dioses tras la muerte, y las personas no querían quedarse atrapadas para siempre en sus cuerpos muertos.

Por eso se decidió arrebatárles los artefactos a los Susurradores y expulsarlos de sus tierras con la ayuda de valientes hombres y mujeres. Pero nadie conocía los conjuros secretos, por lo que se resolvió ocultar los artefactos en los sitios más recónditos del mundo.

Desde entonces, a los Susurradores se les prohibió regresar a los asentamientos humanos, al igual que no dejas entrar en tu casa a ratas portadoras de enfermedades.

Y así los Susurradores, sirvientes de Dola, se dispersaron
condenados a vagar eternamente, derrotados por el mismo
miedo que una vez los instó a servir.



74. *Errantes*

Desde entonces, los Susurradores no pudieron volver a pisar un solo asentamiento, pues a cada recién llegado se le quitaban las ropas y se le examinaba en busca de símbolos secretos de Dola. Si sus cuerpos revelaban alguna marca parecida a unos ojos de mirada intensa, se les expulsaba inmediatamente. Tanto si aquella marca era fruto de la naturaleza gestada en el útero materno, como si era una marca secreta de los Susurradores, aquella persona era condenada, y solo el miedo a una maldición la salvaba de la ejecución. Aun así, muchos habían caído, atacados con astucia, abatidos a distancia o asesinados mientras dormían.

Así que los Susurradores vagaron, por siempre silenciosos y solitarios. Sus cuerpos eran más fuertes y por tanto más longevos, y el tiempo transcurría más lento para ellos. Su desesperación era doble, pues el mundo se marchitaba ante sus ojos, y sin el control que sus susurros y artefactos proporcionaban, los poderes del mal se hacían cada vez más fuertes.



75. *Bohan*

Aunque las vidas de los Susurradores eran largas y estaban bendecidas con poder divino, irremediablemente regresaban al abrazo de Mokosh en la muerte, y nacían otros dignos de las enseñanzas secretas de Dola. Pero la diosa no volvió para iluminarlos, y con cada generación, los susurros milagrosos fueron perdiendo poder.

No obstante, todavía quedaba un hombre que recordaba los relatos de los artefactos divinos, de cómo Dazbog y Perún se los arrancaron de sus cuerpos, de cómo los Susurradores los repartieron entre ellos por el bien de la humanidad y de cómo fueron ocultados por el mundo.

Aquel hombre sabía que solo los artefactos tenían el poder suficiente para mantener bajo control a Žmij, y estaba dispuesto a arriesgar su propia alma para derrotar al enemigo.

Su nombre era Bohan, y las canciones exigían que fuese recordado para siempre, pues ofreció la salvación a los afligidos.



76. *El renacimiento de la unidad*

El mundo estaba sumido en la decadencia. Los corazones de los humanos estaban llenos de odio y terror perpetuos, alimentados por las bestias aulladoras y el siseo de los siervos de Žmij.

Al principio, los Susurradores se evitaban unos a otros y al resto de los hombres y las mujeres, pero con el tiempo se cansaron de vivir en el exilio. ¿Cómo se suponía que iban a reconocerse? ¿Cómo iban a saber si la persona errante que se habían cruzado no era un maníaco que iba tras ellos?

Finalmente, envolvieron sus corazones de valor y orgullo, pues no podían soportar seguir observando cómo la humanidad caía aplastada bajo monstruosas garras sin hacer nada.

Fue Bohan quien habló primero, cuando tras un largo viaje se encontró a una mujer refrescándose en un riachuelo a la luz del crepúsculo. Desprendía la calma de una libélula posada en una caña, y era tan pura y liviana como un arcoíris tras una tormenta.

Sus palabras reverberaron en el agua cuando le susurró,
y cuando la mujer se volvió hacia él, el aire resplandeció
de poder.



77. *Héroes divinos*

Desde aquel día caminaron juntos. Cuando los otros exiliados los vieron, también reconocieron quiénes eran, pues sus ojos volvían a parecer salvajes y llenos de sabiduría divina.

Los Susurradores vagaron por bosques y páramos, atravesaron valles y montañas, cruzaron ríos y barrancos. Bohan los dirigió como si fuese la mismísima Dola, hasta que reunieron un gran grupo.

En su camino, se enfrentaron a Horrores y a hombres corrompidos por la maldad. No luchaban ni del lado de la humanidad ni del lado de los Horrores, sino por el equilibrio del mundo. Era necesario detener a todo el que atacase al prójimo por codicia u odio.

Los Susurradores habían sido maltratados, maldecidos, olvidados, despreciados y abandonados, hasta que llegó un punto en que estaban tan hundidos en el fango que parecía que ya no podrían salir a respirar.

Pero al fin se alzaron y le dieron la espalda al fracaso, para volver a convertirse en seres orgullosos, libres, justos e implacables, ¡como son y serán siempre los héroes divinos!



78. *El Aquelarre*

Las acciones de los Susurradores eran nobles, aunque no les otorgaban fama ni les valían aliados.

Los pájaros que sobrevolaban los cielos se marchaban lejos solo para volver de nuevo. Las flores crecían atravesando el suelo, y luego agachaban la cabeza con pesar. Los árboles daban frutos y luego perdían sus hojas, y la nieve se derretía solo para volver a caer. El tiempo pasaba sin piedad, y la única constante era el sufrimiento, que había anidado en los corazones humanos cual gusano en carne putrefacta.

Los Susurradores también envejecían. Algunos fallecían en silencio, sus fuerzas agotadas, mientras que otros morían de manera más repentina en las garras de algún horror. Aunque habían buscado por todo el mundo, no pudieron encontrar rastro de los grandes artefactos.

Así que se sentaron juntos, unieron sus corazones en silencio, y a eso lo llamaron el Aquelarre. Todos pronunciaron juramentos, renovando los votos que antaño sus ancestros ofrecieron a Dola, y otra vez vinculados por este pacto, se dispersaron por el mundo para encontrar a sus sucesores.



79. *La caída del mundo*

Los relatos de los bárbaros están llenos de amargura, la desesperación asoma en sus ojos cuando miran a los invasores. ¿Qué puede hacer un puñado de hombres valientes contra una horda cegada por la locura? ¿Cómo puede un hombre sentenciado oponerse al juicio del destino?

Los esfuerzos de los míticos Susurradores eran en vano, y su sacrificio inútil. Las plagas azotaban a la humanidad una tras otra. Los Horrores cayeron bajo el hechizo de Jors, y solo unos pocos permanecieron leales a Veles. Las tribus, inmersas en guerras interminables, abandonaron su fe en los Dioses Antiguos, y los culparon de su mala fortuna.

A ojos de los humanos, Dola era la deidad más terrible de todas, porque los había convertido en espectros y había atrapado sus almas para que no pudieran huir hacia los cielos.

Los artefactos se desvanecieron de la faz de la Tierra, expulsados de los asentamientos junto con los Susurradores. Los devoraron las bestias, se hundieron en el fango o quedaron escondidos de los humanos.

Así pereció la esperanza de una salvación milagrosa.

La era de las alabanzas, la fe, los relatos y los hechizos había acabado.

Llegaron los tiempos del hierro, las armas, la escritura y la intriga.



80. *Impíos*

La humanidad estaba sumida en la lucha por la supervivencia. Los que no morían por la espada, morían por pestilencias, hambrunas, veneno o demencia.

¿Eran los Horrores el origen de estas plagas? ¿O eran los propios humanos los responsables por derramar sangre en enfrentamientos tribales, destruir sus propios asentamientos en arrebatos de codicia y adorar a falsas deidades que los llevaban a la locura?

Aun así, los Horrores no desaparecieron. Por el contrario, propagaban el miedo más que nunca, no solo para complacer a Jors, sino por su propia voluntad, y así asesinaban o exigían ofrendas a cambio de paz.

Los Dioses Antiguos callaron y apartaron la mirada de la Superficie; los sacerdotes divinos murieron y los reemplazaron charlatanes, que conjuraban pociones traicioneras y daban falsos consejos.

Los jefes surgían y caían, cada vez más crueles. Primero, aseguraban ser elegidos por los dioses, luego hijos de los dioses, y finalmente afirmaban que ellos mismos eran dioses.

¡Estos son los cimientos de las nuevas civilizaciones, y esta la patria de sus dirigentes! Cualquiera que esté bajo su mando está condenado.

¡Alabada sea nuestra gente! ¡Alabada sea la civilización del gran gord!



81. *El crepúsculo de los Susurradores*

Las leyendas se desvanecieron, al igual que el espíritu de los bardos. Pocos héroes del pasado siguen con vida y es poco probable que la sangre noble de Bohan corra por las venas de alguno de ellos. Ya no se escuchan relatos de guerreros como él, una persona que recibió el poder divino y que daría su vida en batalla para salvar al mundo. ¡Las leyendas han caído! Los mitos son despreciados, al igual que los ídolos de los dioses olvidados.

Si quedase tan solo uno, ¡podría suplicar a Dola que vuelva a confiar en ellos y elimine las escamas que se formaron en los ojos de los mortales y les impiden ver dónde se encuentran ocultos los grandes artefactos!

Pero ¿quién le reza aún a Dola?

¿Queda aún algún Susurrador entre los bárbaros?

¿Queda alguien que aún entienda la lengua divina?

¿Quién jura dar la vida por una promesa?

Los héroes ya no existen, dicen los bárbaros. Ya no hay personas honradas. No hay una sola persona digna de la

divina unción. ¡Roguemos a los dioses! ¡Lloremos y supliquemos! Que sientan lástima por nosotros y manden a sus hijos, con ojos hambrientos como los de los lobos, nítidos y llenos de poder como los lagos de las montañas.



82. *La caída de Rod*

El mundo de Rod se derrumbó como un montón de piedras, desperdigado como una duna de arena, arrancado como un árbol azotado por un vendaval.

Nada quedaba del amor que trajo vida a la existencia, ni de la sabiduría que llenaba los cielos y los corazones humanos. La Tierra, destinada a ser el lugar de reunión de los dioses y el valle de la alegría, estaba cubierta de sangre y lágrimas; y la envidia y la violencia se convirtieron en su sal.

Las lágrimas divinas se han secado y ya no se oye la divina llamada. Rod se sentía solo y desgraciado, y lo abrumaba el arrepentimiento. Acobardado y olvidado, tan solo la pena impulsaba su ser.

Deseó esconderse en el lugar más recóndito de los cielos y, como estos eran infinitos, no encontraría la paz en toda la eternidad.

Nadie siente lástima por él y nadie lo recuerda. El primero de los dioses cayó, por siempre marginado. Su nombre fue olvidado, y ahora se lo conoce como el dios antiguo.

Es un triste final para una leyenda: ¡hasta a mí me entristece pensar en ello!

¡Que todo aquel que aún tenga algo de humanidad en su corazón derrame una lágrima por Rod!

Fin